

*JOSE PABLO FEINMANN*

*Últimos días de la víctima*

**Sinopsis**

Mendizábal —un profesional del crimen, metódico, implacable— recibe una orden: debe cometer un asesinato. La víctima se llama Rodolfo Külpe, tiene entre treinta y treinta cinco años, vive en el barrio de Belgrano y debe ser eliminado. Eso es todo. Al menos, todo cuanto se le informa a Mendizábal. Esa misma noche, oculto entre las sombras, éste espera a Külpe durante varias horas, hasta que finalmente lo ve llegar. Pero no lo mata.

Insidiosa y tenaz, surge en él la necesidad de averiguar mayores datos sobre su víctima. ¿Quién es? ¿Por qué hay que matarlo? ¿Qué personas y qué ambientes frecuenta? A partir de este hecho, la historia transita por carriles alucinantes y sorprendidos, no sólo para sus protagonistas, sino —muy especialmente— para el lector.

Elogiada por la crítica argentina y extranjera, la novela ha sido llevada al cine en tres oportunidades: la primera, dirigida por Adolfo Aristarain en 1982; la segunda, por Héctor Olivera en 1988; y, finalmente, por Bruno Gantillon, con la actuación de Assumpta Serna y Niels Arestrup, en 1994.

Autor: Feinmann, Jose Pablo

©1978, El Aleph

ISBN: 9788415325215

Generado con: QualityEbook v0.73

JOSÉ PABLO Feinmann, 1979

*Estaba parado en el umbral del living-room, con un revólver en la mano.*

HAMMETT

*Después, muy cuidadosamente, hizo fuego.*

BORGES

## PRIMERA      PARTE      SIGUIENDO      A      KÜLPE

ERA un hombre importante, soberbio, con negocios turbios y no pocos enemigos. Mendizábal, sin embargo, no necesitó su autorización para sentarse en la silla de terciopelo que había frente al escritorio. También él valía lo suyo —se dijo—, y nadie podía dejar de reconocerlo, ni siquiera el hombre importante. De modo que se sentó, y hasta cruzó las piernas.

Algo estaba claro: él, Mendizábal, no era como los otros. Es decir: como los otros que iban a ese escritorio y permanecían allí, de pie, tiesos y asustados, respetuosos hasta la humillación, esperando una orden como quien necesita permiso para, apenas, respirar. No: Mendizábal hablaba de igual a igual. No recibía órdenes sino que concertaba negocios. Y fue por eso —precisamente por eso— que el hombre importante dijo:

—Hay un trabajo para usted, Mendizábal —entrelazando sus dedos bajo el mentón lo dijo. Pausadamente, eligiendo las palabras.

Mendizábal no contestó en seguida, se tomó su tiempo. La frase que terminaba de escuchar le había gustado tanto, que no pudo sino admirar secretamente al hombre que, desde el otro lado del escritorio, expectante pero sereno, acababa de pronunciarla.

*Hay un trabajo para usted*, había dicho, en lugar de *tengo un trabajo para usted*. La diferencia era enorme. A Mendizábal nadie le daba un trabajo: la realidad, secreta y pacientemente, los urdía para él.

—Está bien —contestó—. Me está sobrando el tiempo en estos días.

El hombre importante sonrió. Sin duda le había sonado pedante la respuesta de Mendizábal. Aunque no pareció afectarlo demasiado.

Sacó un cigarro largo y fino de una caja tallada en madera. No estaba solo. (En realidad, nunca lo estaba. Por lo de los negocios turbios y los enemigos, seguramente por eso.) Detrás de su silla, de pie, con la mirada fija en algún impreciso lugar de la habitación, había un hombre alto y robusto. Llevaba una corbata roja y una camisa increíblemente amarilla. También —era imposible dejar de notarlo— algún objeto amenazante le abultaba el saco.

Hubo un silencio. El hombre importante encendió su cigarro y dijo:

—Vea, Mendizábal, no me parece mal que le esté sobrando el tiempo. Qué

cosa. Siempre coincidimos usted y yo. Porque, tiempo, justamente eso, es lo que necesita este trabajo. Por eso le pertenece, Mendizábal. Para nosotros, cómo decirle, se trata de una cuestión preventiva. No sabemos si el peligro es inminente, pero sabemos que existe.

Mendizábal asintió con un blando movimiento de cabeza. Era agradable escucharlo hablar en plural al hombre importante, saberlo apenas un elemento más de una inextricable red de poderes y sub poderes, quizá más cercana al vértigo que a la organicidad.

—Voy a demorar todo lo que sea necesario —contestó.

—Está bien —dijo el otro—. Pero que quede claro también esto: *no más de lo necesario*.

—No más de lo necesario —repitió Mendizábal, y sonrió.

El hombre importante le alargó un sobre.

—Para sus gastos —dijo—. También para sus placeres. Es la misma suma que le entregamos para el último trabajo, triplicada. Pienso que estaremos de acuerdo.

—De acuerdo —dijo Mendizábal—. Solamente una cosa: al terminar el trabajo, quiero otro sobre como éste, con el mismo importe.

El hombre importante apagó su cigarro. Vaciló antes de contestar:

—Está bien. Nos gusta su modo de trabajar, Mendizábal, y veo que usted lo sabe. Nos gusta, digamos, su pulcritud. Y no nos importa pagarla por lo que vale.

Señalando al hombre de la camisa increíblemente amarilla, agregó:

—El amigo Peña va a ser su contacto. Puede confiar en él. Nada más, Mendizábal. Mucha suerte.

Hubo un apretón de manos. Después, el hombre llamado Peña indicó a Mendizábal que lo siguiera. Atravesaron un largo pasillo y entraron en una habitación mal iluminada, estrecha, cubierta por ficheros metálicos. El hombre llamado Peña extrajo una ficha copiosamente escrita a máquina. Dijo:

—Este es su hombre. Tiene que matarlo, nada más.

A Mendizábal le sorprendió el matiz despectivo de la frase. No lo esperaba de alguien capaz de ponerse una camisa semejante. Confundido aún, sepultó en uno de sus bolsillos la ficha que acababa de recibir y salió a la calle.

Afuera había árboles, pájaros y un sol implacable. Era verano. Mendizábal, bruscamente, recordó que estaba por cumplir cincuenta años.

Vivía en Saavedra, solo, en un escuálido pero prolijo chalecito de la calle Lugones. Era un hombre casi previsible, de conducta ordenada, amante de la música, la fotografía y las series de televisión. Solamente los sábados por la tarde

—en el fondo de una casa de los suburbios donde habían vivido sus padres—, se entregaba a los artificios violentos de las armas de fuego. Solamente entonces.

Subió al pequeño altillo en el que había instalado su laboratorio fotográfico. Colocó sobre una mesa bien iluminada la ficha que le había entregado el hombre llamado Peña, y comenzó a leer.

Su hombre —es decir: aquel a quien tenía que matar— se llamaba Rodolfo Külpe. Un nombre extraño. Era argentino, como también sus padres y hasta sus abuelos. Tenía entre treinta y treinta y cinco años. Cabellos rubios. Era alto: un metro ochenta. Estaba viviendo solo, en un departamento de la calle Zapiola, entre Echeverría y Sucre, en el tercer piso, al frente. Sabía cosas, podía ser peligroso y había que matarlo. Eso era todo. Todo lo que le importó a Mendizábal, al menos.

Pegado al dorso de la ficha había un pequeño sobre con una foto adentro. Mendizábal la observó con fascinada atención. Era un rostro interesante el de Rodolfo Külpe. Esos cabellos (se sorprendió Mendizábal al pensarlo) debían brillar intensamente bajo el sol del mediodía. Los ojos le produjeron una especie de náusea o de vértigo. La boca, de labios delgados pero sensuales, se arqueaba en un gesto de leve soberbia.

Mendizábal rompió la foto en cinco pedazos, los apiló sobre el mármol de la pileta y los encendió con un fósforo que sostuvo en su mano hasta quemarse los dedos. Permaneció abstraído, fija en las llamas su mirada, como oficiando un rito secreto y condenado.

—No —dijo después en voz alta—. No.

Durmió una larga siesta, atravesada por sueños quizá premonitorios que olvidó con el primer café que tomó al despertar. Anochecía cuando volvió al altillo. Abrió de par en par la ventana, y observó —con minuciosa pasión— todos los fugaces destellos del crepúsculo. Después, ya saciado, sereno, fue en busca de Külpe.

Conocía las calles en que su víctima había instalado su —él lo sabía— última morada. Coincidencia o no, había vivido en ellas durante algunos años de su infancia. Ahora, estremecido por los recuerdos, las atravesó una a una: Washington, Martínez, Melián, Superí, Freire y, finalmente Zapiola. Detuvo la marcha de su coche —un Renault 12— y descendió.

Quienes conocen este paraje del barrio de Belgrano, no ignoran que Zapiola, al cruzarse con Pampa, se vertebra en dos mitades, quedando una al oeste de las vías del ferrocarril, y al este la otra. Tampoco ignoran que hay allí un viejo residencial, un bazar de nombre *Europa* y muchos árboles de follaje intenso. Aunque, seguramente, lo que menos ignoran es la imprevista soledad que invade esas calles durante la noche, el silencio quebrado por los grillos, las sombras espectrales de los altos árboles.

Allí, ahora, vivía Külpe.

No había luz en las ventanas que daban al balcón del tercer piso. Mendizábal encendió un cigarrillo, observó detenidamente el edificio y después fue a sentarse en uno de los bancos de la estación Belgrano R. Desde allí podía vigilar la cuadra entera. Decidió que no le importaría esperar y aceptó el riesgo de que lo vieran. Decidió también (y no habría podido explicar por qué) que esta vez, más que nunca, no iban a existir distancias entre él y su víctima. Mataría a Külpe de cerca, mirándole los ojos.

Pasó casi una hora —o quizá mucho más— sin que nadie apareciera. La noche era total, sofocante. Fumó varios cigarrillos. Después, un viejo calvo y seco atravesó la cuadra paseando su perro. Ya era cerca de medianoche. ¿En qué trabajaría Külpe? No lo había preguntado ni se lo habían dicho. Además, ¿qué importancia tenía? De Külpe, sólo necesitaba saber horarios. A qué hora salía, a qué hora almorzaba, a qué hora volvía. Sólo eso para saber a qué hora matarlo.

Apagó su cigarrillo. *Ahora sí.* Un hombre rubio, delgado y alto acababa de aparecer por la esquina. Era Külpe. Caminaba lentamente, con un leve movimiento pendular y los largos brazos flojos junto al cuerpo. Mendizábal sintió una intensa y extraña excitación. Se ubicó en la parte más oscura del banco y observó desde allí, agazapado. Külpe arrojó su cigarrillo y sacó un llavero de un bolsillo del saco. No miró atrás ni siquiera a un costado, nada. Parecía un hombre seguro, ajeno a toda posibilidad de peligro. Mendizábal, divertido casi, sonrió en silencio. Qué poca cosa saben los humanos de su destino. ¿Quién iba a decirle a Rodolfo Külpe, en ese sereno instante de esa serena noche, mientras abría la puerta de su casa y disfrutaba ya la cercanía del sueño, que acababa de cruzarse con la muerte? Una idea feroz acosó a Mendizábal: ¿ignoraría él también, hasta tal punto, su propio destino?

Las ventanas del tercer piso no tardaron en iluminarse. La sombra de Külpe, espigada y fantasmal, se recortó en ellas. Mendizábal encendió otro cigarrillo y permaneció allí hasta que las luces se apagaron. Eran casi las dos de la mañana. Estremecido aún pero agotado, regresó a su casa. Sólo pensaba en dormir.

A la mañana siguiente entró en acción.

Lo primero era resolver el problema de la distancia. Quería estar junto a Külpe, entregarse a esa fiesta excitante y secreta de conocer lo que él ignoraba, de observarlo, sentirlo vivir, y saberse a la vez dueño absoluto de su destino.

Intuyó que desde las habitaciones posteriores del residencial de la calle Zapiola sería posible observar los ventanales de Külpe, pues no recordó árboles ni nada semejante que perturbara la visión entre los dos edificios.

De modo que hacia allí fue.

La propietaria del residencial, una esmirriada dama inglesa de apellido Garland, no le solicitó mayores datos. Tampoco Mendizábal pensaba dárselos. Le dijo, apenas, que quería alquilar una de las habitaciones posteriores por un período

no mayor de un mes. La señora Garland dijo que sí, y agregó que no había mucha gente en esa época del año (era febrero), pues hacía calor y todo el mundo estaba de vacaciones. Mendizábal comentó que, pese al calor, febrero era un excelente mes para estar en Buenos Aires: la ciudad quedaba solitaria y, en consecuencia, tranquila. Eso fue todo.

Subieron por una maciza escalera hasta el piso en que estaba la habitación (el segundo), Mendizábal colocó sobre la cama la valija que había llevado y la señora Garland se despidió con una sonrisa apenas insinuada. Una vez solo, Mendizábal, presuroso, abrió las ventanas de par en par. Allí, a poco más de cincuenta metros, estaba el departamento de Külpe. La visión era perfecta.

Cerró las persianas y las ventanas y corrió las cortinas. La habitación quedó apenas iluminada por la mortecina luz de un velador. Así le gustaba a Mendizábal. Siempre había aborrecido ese estallido irritante y despiadado que los demás llaman «luz natural». Abrió la valija y extrajo una pistola que, cuidadosamente, colocó sobre la cama. Era una Luger. Mendizábal, experto en armas, acostumbraba siempre a imaginarla en manos de algún joven e implacable oficial prusiano. ¿Cuántas vidas habría eliminado ya? ¿Cuántos quejidos, imprecaciones o súplicas inútiles habría escuchado? ¿Cuántos hombres solitarios, derrotados, en habitaciones estrechas y oscuras (quizá ese mismo oficial prusiano una vez terminada la guerra), habrían acabado sus días sintiendo en la sien su frialdad impiadosa?

Sin prisa, lustró y limpió el arma antes de guardarla en su funda. Con ella, mataría a Külpe. Había otros medios, es cierto. Incluso otras armas, más modernas y precisas. No lo ignoraba. En su casa de la calle Lugones atesoraba poderosos rifles de certeras miras telescópicas. Prefería, sin embargo, su vieja Luger. Y no porque desconociera las ventajas de las otras armas (esa aséptica lejanía ante el objetivo, esa plena sensación de infalibilidad), sino porque, conociéndolas, abominaba de ellas con total convicción. No quería armas que mataran solas. No aceptaba que nada ni nadie le arrebatara la magnífica sensación de ser el artífice de las muertes que provocaba. Estaba, sí, dispuesto a admitir que no era el causante de los incontables hechos que habían sentenciado a las personas que se le indicaba matar. Pero en el final, exactamente allí, estaba él.

Eran ahora las once de la mañana. Mendizábal colocó el teleobjetivo de su Pentax (casi tan imprescindible en sus trabajos como la Luger) y tomó varias fotografías del departamento de Külpe. Las persianas estaban casi cerradas. ¿Tan tarde iniciaba el día su víctima?

Esperó pacientemente. A las once y cuarenta las persianas se levantaron y Külpe apareció en el pequeño balcón. Aún se lo veía somnoliento. Arrojó un cigarrillo a la calle y observó los árboles y el cielo. Mendizábal lo enfocó con su teleobjetivo. Ahí estaba, ahí lo tenía finalmente. Los ojos grises, los labios delgados y entreabiertos, los cabellos rubios. Tuvo la certeza de poder tocarlo si estiraba su



mano. Gatilló el disparador de la Pentax. Ahora sí, era suyo.

Salió presuroso de la habitación, buscó su automóvil y lo estacionó a media cuadra de la vivienda de Külpe. Allí esperó. Llevaba, en un bolsillo del saco, una máquina fotográfica increíblemente pequeña pero no menos inexorable que su Pentax.

Külpe no demoró en salir. Caminó hasta la esquina de Pampa y Zapiola y tomó el colectivo 113. Mendizábal lo siguió. El día era húmedo, caluroso, más aún que el anterior. No demoraría en llover.

Külpe bajó en Barrancas de Belgrano. Mendizábal estacionó su coche y bajó también. Allí le tomó otra fotografía: subiendo las escalinatas en dirección a la glorieta. Külpe se encontró con una mujer, la besó —casi imperceptiblemente— en una mejilla y se sentó junto a ella en un espacioso banco de madera. Mendizábal compró un diario y se consagró a observarlos. Luego apareció un niño: rubio, delgado, entre cinco y seis años, montado en un triciclo, alegre. Külpe abrió los brazos y el chico se le colgó del cuello. Mendizábal no dudó un instante: era hijo suyo. ¿Sería esa mujer la madre? Y si lo era, ¿por qué no vivían juntos?

El chico continuó con su triciclo y Külpe comenzó a hablar con la mujer. Ella era joven, de largos cabellos oscuros y algo robusta. Hablaba moviendo las manos, nerviosa, como si en esa conversación se jugara una parte nada desdeñable de su destino. Una y otra vez, con imprecisos manotazos, apartaba de su rostro sus cabellos insidiosos. Külpe la escuchaba en silencio. ¿Qué sentimientos le provocaba esa mujer? ¿Odio, hastío, desprecio? Cualquier cosa —decidió Mendizábal—, pero no amor. Pues aunque nunca había participado profundamente de este tipo de experiencias, podía adivinar si dos personas se amaban o no. Külpe apenas si la había besado, y ahora, lejos de intentar tomarle las manos o acercársele, se mantenía apartado, como si le repeliera la mera posibilidad de un contacto físico con ella. ¿Por qué? ¿Tan profundo había sido el deterioro entre esas dos personas?

Mendizábal los fotografió repetidas veces. También al chico. Külpe, finalmente, se puso de pie con movimientos torpes e hizo ademán de irse. Mendizábal creyó ver lágrimas en el rostro de la mujer. Ella intentó tomarle las manos, pero se detuvo al advertir la cercanía del chico. Fue un ademán lastimoso. Külpe besó cariñosamente al niño, volvió a alzarlo colgado de su cuello y se despidió. La mujer, rabiosamente ahora, apartó una vez más sus cabellos y secó sus lágrimas. Había sido una escena desagradable, casi violenta.

Lo vio subir a un colectivo y alejarse en dirección al centro. Decidió, entonces, dejar de seguirle los pasos por ese día: la escena junto a la glorieta de las Barrancas había sido más que suficiente. Külpe tenía un hijo al que amaba y una mujer a la que aborrecía. Y resultaba absurdo y patético verlo entregarse con tal plenitud a esas pasiones cuando apenas le restaban unos días de vida.

Mendizábal volvió a su coche y se dirigió ahora hacia el chalecito de la calle Lugones. Eran ya las primeras horas de una tarde sofocante. Subió a su laboratorio del altillo, cargó en el coche todo cuanto pudiera necesitar para revelar y ampliar

las fotografías que había tomado y se trasladó nuevamente al residencial. La señora Garland, luego de ofrecerle un té que Mendizábal rechazó, le preguntó para qué necesitaba todos esos aparatos. Mendizábal le habló de su pasión por la fotografía y le pidió autorización para instalar un pequeño laboratorio en el cuarto de baño. La señora Garland, no sin cierta vacilación, accedió.

Eran las cuatro de la tarde cuando comenzó a llover. Mendizábal había revelado y ampliado ya varias fotografías: Külpe arrojando un cigarrillo desde la ventana de su departamento; Külpe tomando un colectivo; Külpe subiendo las escalinatas de las Barrancas de Belgrano; Külpe alzando al niño del triciclo; Külpe discutiendo con la mujer de los cabellos enmarañados; Külpe volviendo a trepar a un colectivo.

Llovió durante toda la tarde, hubo relámpagos y truenos con ruido a catástrofe. A medida que transcurrieron las horas, la tarea de Mendizábal fue volviéndose más minuciosa, casi obsesiva. Abandonó toda imagen que no fuera la del rostro de Külpe. No le importó más el niño, ni la mujer claudicante, ni las escalinatas o la glorieta de las Barrancas. Sólo Külpe. Su rostro, primero, y después, separadamente, cada una de sus partes: los labios, la frente, la nariz, los ojos. Sobre todo los ojos. Trabajó hasta el agotamiento, perpetrando una ampliación tras otra, dominado por un profundo sentimiento de poder y de victoria. Ese rostro se le sometía.

Concluyó su tarea con las primeras sombras de la noche. La lluvia había cesado y una brisa fresca entraba por entre las rendijas de la persiana. Mendizábal fue fijando con chinchas las ampliaciones a las paredes de la habitación hasta cubrirlas por completo. Sólo Külpe lo rodeaba ahora. Sus ojos —había hecho nueve ampliaciones de ellos— lo miraban desde todos los ángulos posibles. Lentamente, sin comprender la causa, advirtió que comenzaba a abandonarlo esa primera sensación de poder. Ahora, lejos de sometérsele, los ojos de Külpe volvían a hundirlo en esa vertiginosa náusea que había conocido ya en el altillo de Lugones al observarlos por primera vez.

Entonces arrancó una a una las ampliaciones, y las sepultó bajo la cama.

Descansó durante dos horas. Eran las nueve de la noche cuando se acercó a la ventana y miró hacia afuera: unos nubarrones densos y oscuros cubrían el cielo. Había vuelto a hacer calor, seguiría lloviendo aún. Observó las ventanas de Külpe y las vio sin luz: no había regresado todavía. Se ajustó la funda con la Luger, se puso el saco y extrajo de su valija un manojo de llaves.

Había decidido visitar el departamento de Külpe.

No necesitó utilizar más que un bolígrafo para abrir la puerta de entrada del edificio. Subió hasta el tercer piso por las escaleras. Nadie lo vio. Llegó hasta el departamento de Külpe y observó con atención la cerradura. Era de las comunes, por suerte, aunque tampoco habría demorado mucho en abrir alguna de las otras.

Probó con tres o cuatro llaves y la puerta cedió inmediatamente. Entró y encendió la luz.

Comprendió que era bastante arriesgado lo que estaba haciendo. Pero era así como deseaba manejar su trabajo. Quizá el hombre importante (y sin duda también su lacayo, el hombre llamado Peña) habría desaprobado una acción semejante. Pero en esto lo único que importaba era su propio juicio. Además, ¿qué otra cosa podía ocurrir aparte de que Külpe se presentara inesperadamente y él tuviera que matarlo allí mismo?

El departamento tenía dos ambientes amplios y estaba escasamente amoblado. Mendizábal no dejó nada sin revisar: el living, el baño, el dormitorio, las mesas de luz, los placares. No encontró armas, no encontró drogas, no encontró documentos de significado incierto. Nada. Lo único que llamó su atención fue una foto que había sobre una de las mesas de luz.

Era de una mujer joven (veinte años quizá), casi hermosa, sonriente, de cabellos cortos y platinados. A Mendizábal le pareció muy llamativa. Conjeturó que debía ser una modelo o una actriz. ¿Qué otro tipo de mujer podría teñirse los cabellos de ese modo? Por otra parte, ¿quién era? ¿Qué papel desempeñaba en la vida de Külpe? Muy joven para ser la madre del niño del triciclo, sólo podía tratarse de una amante circunstancial. ¿Pero puede ser circunstancial para un hombre una mujer cuya foto éste coloca sobre su mesa de luz?

Mendizábal tomó el retrato y lo observó con mayor detenimiento. Tenía una dedicatoria escrita con letra pequeña, casi ilegible a primera vista: *A Rodolfo, con amor, Cecilia*. De modo que así se llamaba: *Cecilia*. En diversos cajones buscó luego una foto de la mujer de las Barrancas, pero no encontró ninguna. Ni tampoco del chico del triciclo.

Como un rayo, lo atravesó la idea de dejar algún rastro de su visita. Una marca en la pared, algún objeto cambiado de lugar o un simple botón de su camisa mágicamente ubicado en el baño junto al tubo del dentífrico. *Se dijo, con excitante lógica, que cualquier signo destinado a alertar la atención de Külpe otorgaría a su trabajo un mérito superior*. Miró su reloj: ¿tendría tiempo de hacerlo? De todas maneras, ya no le quedaba otra posibilidad: la idea se había apoderado por completo de él y su cuerpo ardía de emoción.

Revisó nuevamente todo el departamento. No era sencillo decidir cuál debía ser la señal apropiada. ¿Cambiar de lugar las fotografías del dormitorio? Demasiado evidente. ¿Dejar sobre la cama alguna prenda del placard? También. ¿Cerrar una puerta que había encontrado abierta al entrar? Menos todavía: Külpe podría atribuir el hecho a una simple corriente de aire. No. Era necesario algo más tenue, pero que a la vez denunciara la alarmante irrupción de una persona en ese recinto solitario.

Permaneció en el living. ¿Un pequeño dibujo labrado en alguna de las sillas o en la superficie de la mesa? Algo así —se dijo—, pero más imperceptible aún.

Fue entonces cuando sus ojos se detuvieron en la cortina de la ventana principal, aquella justamente en que se recortaba la sombra de Külpe cuando él la observaba desde el banco de la estación de trenes; aquélla también que Külpe había abierto esa mañana antes de salir al pequeño balcón y someterse a la codicia de su Pentax.

Sí, ya no tuvo dudas: la cortina, ése era el lugar.

Encendió un cigarrillo y dio tres profundas pitadas. No le disgustó la idea de arrojar ceniza sobre la superficie pulcra de la mesa, pero la abandonó también. Fue hacia la ventana y se arrodilló junto a un extremo de la cortina, el izquierdo. Allí, exactamente en el borde, practicó con la punta ardiente de su cigarrillo un milimétrico orificio. Eso fue todo. ¿Lo vería Külpe? Y en caso de verlo, ¿lo atribuiría a alguna causa sin trascendencia (un olvidado descuido suyo, una torpeza más de alguna efímera encargada de limpieza) o adivinaría en él, tal como Mendizábal lo quería, la terrible advertencia del peligro que lo acechaba?

Abandonó el departamento y fue a sentarse nuevamente en el banco de la estación. No había vuelto a llover, y la tormenta de la tarde, como ocurría siempre en febrero, sólo había servido para hacer más sofocante el calor. Mendizábal aflojó el cuello de su camisa y se pasó un pañuelo por la cara: estaba bañado en sudor. Comprendió entonces, semiahogado, envuelto por las sombras en ese banco solitario, hasta qué punto lo había excitado la visita al departamento de Külpe. Se dijo, sin asombro, que debía tener fiebre.

Pasaron así dos horas. Había decidido esperar el regreso de Külpe. Durante ese tiempo, no pudo sino pensar en nuevos métodos para cercar y controlar a su víctima. Entre otros: colocarle micrófonos en el departamento. La idea lo fascinaba no sólo por la posibilidad de escuchar hasta los más imperceptibles ruidos que produjera Külpe, o asimismo sus diálogos secretos (¿quién, aun solo, no habla alguna vez en voz alta?), sino también porque tenía la certeza de que alguna de las personas relacionadas con Külpe habría de visitar su departamento. En ese decisivo instante, no tendría ya necesidad de imaginar —por ejemplo— los diálogos entre Külpe y la mujer de las Barrancas: se limitaría a escucharlos.

Sabía también que no demoraría en aparecer la mujer joven y platinada de la foto del dormitorio. ¿Cómo sería la voz de Cecilia? Aunque, de ella, descubrió que no era su voz aquello que mayor curiosidad le despertaba, pues no podía sino imaginarla haciendo el amor con Külpe. ¿A qué otra cosa podría ir al departamento de un hombre una mujer de tal belleza? Escucharía entonces sus jadeos, sus risas incitantes, sus gritos ahogados de placer o dolor.

No era mala —decidió— la idea de poner micrófonos.

Pero tenía sus riesgos. Y no eran pocos. Porque más allá de la posibilidad de que Külpe descubriera los micrófonos (algo que podía ocurrir del modo más impremeditado y trivial), lo cierto es que para colocarlos iba a ser necesaria la

colaboración de un tercero, pues Mendizábal debió confesarse que nada sabía sobre el tema. Quedaba entonces, como única posibilidad, la de recurrir a algún conocido eficiente y discreto para realizar el trabajo. Mendizábal no tenía ninguno que reuniera esas condiciones. Además, se confesó, todo ese asunto de los micrófonos y los poderes fabulosos de la electrónica se emparentaba demasiado con los rifles de mira telescópica, las drogas, las computadoras y demás basuras que ahora se utilizaban para la tarea personal y solitaria de matar a un individuo. Sintiendo la calidez de la Luger contra su flanco izquierdo, decidió que nada de eso lo atraía.

Cerca de medianoche, una vez más, comenzó a llover. Mendizábal sintió un frío húmedo y penetrante a través de sus ropas. ¿Por qué demoraría Külpe? Sonrió ante la ingenuidad de su pregunta. ¿Cómo saber si se estaba demorando? Quizá, simplemente, lo que para él constituía una demora, no era sino el desarrollo estricto y rutinario de los actos de su víctima. Pues apenas si había comenzado a saber algo de los horarios de Külpe. No había averiguado aún —por ejemplo— cuál era su trabajo, información que (recordaba) le había parecido por completo superflua la noche anterior, y que ahora aguijoneaba su curiosidad con insospechado poder. Tampoco había averiguado por qué se deseaba que lo matara. Aunque, esto sí, le importaba poco.

Finalmente apareció. Mendizábal miró su reloj: la una de la mañana. Külpe, pese a la lluvia, caminaba sin prisa. Llevaba un paraguas y no estaba solo. Mendizábal no necesitó ver la cabellera platinada para adivinar que era Cecilia quien estaba con él. A pesar de las sombras, pudo ver su rostro con cierta precisión. No era tan joven como le había parecido en la foto del dormitorio: o la foto era antigua (cosa que tendría que haber advertido) o él se había equivocado por completo en su juicio. Ahora podía verla bien: no tenía más de treinta años, pero tampoco mucho menos. Era alta (llegaba hasta el mentón de Külpe), y su cuerpo y su rostro eran totalmente incitantes.

Mendizábal se sintió satisfecho: Cecilia no había demorado en hacer su aparición, no había sido necesario buscarla ni averiguar sobre ella. Ahora estaba allí y ya nada podía apartarla de lo que estaba ocurriendo.

La vio entonces apretar su cuerpo contra el de Külpe y besarlo en la boca. Sintió un malestar intenso. ¿Por qué había hecho eso? Por oscura que estuviera la calle, ¿era necesario hacerlo allí? Paralizado y aturdido, la vio después deslizar sus manos por los cabellos y el cuerpo de Külpe hasta detenerse entre sus piernas. Entonces la escuchó reír.

¿Estaba ocurriendo realmente todo eso? ¿Qué clase de mujer era Cecilia? ¿Y qué clase de hombre era Külpe para aceptar ser utilizado, vejado, agredido en tal forma? Los vio entrar en el edificio. Ardientes e insultantes, así entraron.

No tardó en iluminarse la ventana del tercer piso. Ahora, seguramente, Külpe acababa de cerrar la puerta y ella, sedienta, lo miraba. Era posible que él intentara ofrecerle una bebida, pero ella habría de rechazarla con un gesto burlón y hasta ofensivo. No tardaría en quitarse la blusa y entregarle la desnudez de unos

pechos que Külpe acariciaría fugazmente para después, claudicante, inclinarse y besarlos. ¿Qué hacer ante una mujer como ésa, cómo saciarla, cómo detenerla?

Se abrió la ventana y Cecilia apareció en el balcón. Dejó que la lluvia le mojara el rostro. Mendizábal se sorprendió al comprobar que no se había quitado las ropas. Después apareció Külpe y le alcanzó alguna bebida que ella aceptó y bebió en silencio. Permanecieron allí, bajo la llovizna ahora tenue, hasta que volvieron a abrazarse y besarse. Entonces entraron, cerraron la ventana y bajaron también la persiana.

Ahora acababa de iluminarse la ventana del dormitorio. Las cortinas estaban corridas y sólo se adivinaban las sombras fugaces de los dos amantes. Pero, ahora sí, Mendizábal no tuvo dudas: no solamente ella sino también Külpe, ambos, estaban desnudos. Y cuando vio apagarse la luz supo que estaban en la cama, anudados y hambrientos.

Volvió caminando lentamente al residencial. Subió a su habitación y se quitó las ropas mojadas. Apagó la luz. Aterido aún y casi humillado, se acostó desnudo en la cama. Imaginó entonces a Cecilia sobre el cuerpo ahora agotado de Külpe, besándolo, mordiénolo, acariciándolo, exigiéndole una vez más que la penetrara.

—Putá —se escuchó decir en la oscuridad de la habitación—. Puta.

Tuvo que masturbarse para poder dormir.

Eran las once de la mañana cuando se despertó. Encendió un cigarrillo y trató de poner orden en su cabeza. Habían pasado ya dos días (había sido un lunes, y por la mañana) desde su entrevista con el hombre importante. Hoy, entonces, era miércoles. Estaba viviendo en un residencial cuya propietaria se llamaba Garland y tenía que matar a un hombre de apellido Külpe. Eso era todo. Y también estaba la mujer de las Barrancas y el chico con el triciclo. Y Cecilia, también Cecilia.

Se levantó de la cama y tuvo un sobresalto cuando vio en el espejo su cuerpo desnudo. ¿Qué tenía que ver él con la imagen allí reflejada? Observó sus brazos, su vientre, las piernas. De modo que así había dormido, completamente desnudo. Volvió a pensar en Cecilia. ¿Estaría aún con Külpe o ya se habría ido? Decidió que no le importaba.

Acercó aún más su rostro al espejo y miró sus ojos. Así era él. Después miró sus cabellos (cada vez más escasos y menos oscuros), su nariz, las arrugas junto a su boca. Y nuevamente su cuerpo, su vientre, los vellos blancos que habían comenzado a crecerle en el pecho, su sexo adormecido y sus piernas cortas. *Eso* era él. Se sintió menos duro, menos fuerte que antes. Volvió a recordar que estaba por cumplir cincuenta años. Y le parecieron muchos.

Se vistió velozmente y fue hasta la planta baja. Pidió autorización a la señora Garland para utilizar el teléfono. Acababa de recordar que (con el de hoy, miércoles) llevaba ya tres días encargándose de su trabajo y aún no había

establecido comunicación con el hombre llamado Peña. La señora Garland le alcanzó el aparato y lo dejó solo en la recepción. Discó un número que ya le habían entregado en trabajos anteriores y esperó largamente. Una voz le preguntó con quién quería hablar y contestó que con Peña.

—Soy Peña —dijo la voz.

—Soy Mendizábal —dijo él.

—Lo estaba esperando —dijo Peña—. Tendría que haber llamado ayer.

—No pude —dijo Mendizábal—. Pero no se queje de vicio que tanto no tardé. Ahora tengo que verlo.

—Está bien —dijo Peña—. Diga dónde.

—Cerca de donde está usted —dijo Mendizábal—. En Lacroze y Cabildo. Hay un grill allí, se llama *Albor*.

—Está bien —dijo Peña—. Lo conozco. En una hora estoy.

Colgó.

Una hora. Mendizábal permaneció en silencio sosteniendo todavía el auricular. Una hora. Después colgó. Había pensado tener antes o después esa entrevista, pero no así, casi en seguida. Volvió a su habitación. Una hora, ¿qué hacer hasta entonces?

Miró hacia las persianas de Külpe y las encontró entreabiertas. Seguramente habría salido ya. Abandonó su habitación y fue en busca de su auto.

Eran las doce. Recordó que, el día anterior, Külpe y la mujer con el chico del triciclo se habían encontrado bajo el sol perpendicular de las Barrancas. ¿Ocurriría lo mismo hoy? Averiguarlo era la mejor manera de cubrir esa hora que lo separaba de su encuentro con Peña.

No demoró en llegar. Estacionó el Renault frente a la placita con el busto de Belgrano y comenzó a caminar lentamente hacia la glorieta. ¿Por qué estaba tan seguro de encontrarlos? No lo tenía claro. Pero sospechaba que Külpe y la mujer de los cabellos insidiosos tenían muchas cuentas que arreglar entre ellos, un montón de canalladas puntualmente cometidas durante años. Y de las cuales el chico del triciclo era apenas una más.

Allí estaban: en el mismo y amplio banco de madera. Ella había recogido mejor su pelo, dejaba reposar sus manos sobre la falda y parecía más firme y serena que el día anterior. Mendizábal debió confesarse que eso le gustaba. Ya no se la veía, por ejemplo, claudicante y menesterosa. Ahora parecía decidida a defender lo suyo, a vender caros los restos de su honor.

Les tomó varias fotografías. Estaban tan embebidos en su conversación que no existía la menor posibilidad de que lo vieran. El chico, que había atado un globo rojo al manubrio de su triciclo, se acercó a Külpe y le señaló la presencia de un heladero. Külpe asintió con la cabeza y compró helados para los tres.

Había muchos pájaros y el cielo estaba claro. Seguía haciendo calor. Külpe tomó ahora una de las manos de la mujer y la retuvo entre las suyas. Mendizábal los vio mirarse durante un largo momento. Algo continuaba vivo entre ellos.

¿Conocería esa mujer la existencia de Cecilia? Quizá de ella habían comenzado a hablar ahora, pues Mendizábal los vio separar sus manos y enfrentarse nuevamente, erizados. Dedujo que Külpe le estaba confesando su pasión por Cecilia. Dedujo también que la mujer no iba a aceptar que las cosas fueran de ese modo, que su orgullo maltratado superaría totalmente a su pasión por ese hombre.

Así fue. Cuando él intentó volver a tomar sus manos, ella las retiró como quien teme contaminarse. Estaba herida, pero entera. Külpe repitió su gesto y ella volvió a rechazarlo. Quedaba claro que se sabía la mujer fundamental de su vida, y que no estaba dispuesta a recibir limosnas.

Permanecieron en silencio. Todo, sin embargo, había sido distinto hoy entre ellos. Quizá terminaran por separarse para siempre, pero todo ocurría ahora como si hubieran aprendido a enfrentarse como dos personas, sin que ninguno abandonara su dignidad ante el otro.

Külpe acababa de extraer su billetera y le estaba entregando dinero. Ella lo aceptó con naturalidad. El la besó en la mejilla (casi junto a la boca, le pareció a Mendizábal), se puso de pie y llamó al niño.

—¡Sergio! —se escuchó la voz de Külpe.

Mendizábal dio un respingo. *Así era la voz de su víctima*: no muy potente, pero clara y penetrante. Y ése era el nombre del chico: *Sergio*. Después, Külpe se despidió haciendo un gesto con la mano y Mendizábal lo vio tomar el mismo colectivo del día anterior.

La mujer quedó sola. Mendizábal se dedicó a observarla con total detenimiento. Llevaba poca pintura en el rostro y vestía con sencillez. No era bella, pero en modo alguno fea. Se preguntó cómo sería en la cama y la imaginó sensual, estridente.

¿Por qué no acercársele?

La idea le pareció atinada. La circunstancia, además, era perfecta: ella estaba sola, herida en su orgullo, viviendo como madre y no como mujer. ¿Podía sucederle algo mejor que encontrarse con alguien dispuesto a aliviar su soledad?

Por otra parte, él no corría ningún riesgo. Era altamente improbable que ella le confesase a Külpe una relación con algún hombre. Para irritarlo, quizá, para provocarle celos o vengar su orgullo. Pero no. Más le importaba —dedujo Mendizábal— torturarlo con su papel de madre doliente, de hembra abandonada pero digna.

Miró su reloj. Faltaban apenas quince minutos para la cita con Peña. Hoy no iba a ser posible, pero la decisión ya estaba tomada: habría de convertirse en el



cálido amigo de esa mujer, en su confidente y, por supuesto, en su amante.

Sería otra manera de atrapar a Külpe.

Peña lo esperaba en la esquina del *Albor*. No llevaba esta vez la camisa amarilla y vestía, en general, con mayor prolijidad.

—Venga —dijo después de estrechar la mano de Mendizábal—, vamos a comer algo. —Se detuvo, preguntó:— ¿Quiere comer pizza o alguna otra cosa?

Mendizábal contestó que estaba bien con una pizza. Entraron. Peña eligió una mesa del centro, alejada de las ventanas.

—Usted sabe por qué —dijo como quien no necesita explicar nada.

—Está bien —asintió Mendizábal.

Llamaron al mozo. Encargaron una pizza grande de jamón y morrones y vino de la casa. «Un pingüino con tinto», así pidió Peña. Mendizábal hubiera preferido otra cosa, pero lo dejó hacer.

Estaba atento, rígido. No podía dejar de preguntarse qué buscaba Peña con esa invitación. Era cierto que había sido él, Mendizábal, quien había propuesto la cita, pero no con otro fin que el de informar la dirección y el teléfono del residencial donde estaba viviendo. Tan sencillo trámite hubiera podido desarrollarse en la esquina del grill, en no más de un minuto, entre el anonimato de las personas despreocupadas o presurosas que atravesaban el lugar. Pero no. Peña había preferido un almuerzo, con el riesgo que implicaba exhibirse allí —lejos o cerca de las ventanas, poco importaba—, juntos, durante por lo menos una hora.

Mendizábal no pudo sino preguntarse qué buscaba ese hombre, qué necesidad —al parecer incontrolable— lo llevaba a actuar de ese modo.

El mozo trajo el pingüino con tinto de la casa. «La pizza marcha», dijo y se fue. Peña sirvió dos generosos vasos de vino y elevó el suyo.

—A su salud, Mendizábal —dijo. Y también:— Por el éxito de su trabajo.

Con bastante ironía, así lo dijo.

Mendizábal bebió apenas. No le gustaba tomar alcohol antes de comer. Encendió un cigarrillo y dijo:

—Vea, Peña, a mí me gusta ir al grano. Puede que le amargue la pizza con lo que le voy a decir, o que le caigan mal los morrones, o que este vino de mierda le arruine el hígado. Pero la verdad es lo primero.

—Es cierto —lo frenó Peña, veloz—. La verdad es lo primero. Por eso lo invité aquí. Porque a mí también me gusta ir al grano, Mendizábal. Hay cosas que si no las digo se me quedan adentro, y entonces sí, como usted dice, se me hace pelota el hígado.

Era rápido, advirtió Mendizábal. Era, en todo sentido, mucho más de lo que

había esperado que fuese. Ese hombre volvía a sorprenderlo. Sería necesario ahora permanecer atento, no cometer otra vez el error de menospreciarlo. Y sobre todo: no cederle terreno. Dijo:

—A mí no me preocupa su hígado, ni las cosas que usted tenga que decirme. Espere, hablo yo ahora. Hay un trabajo que cumplir, usted lo sabe, y el que lo tiene que hacer soy yo. Por eso está de más que estemos aquí sentados, hablando como dos huevones aburridos. Lo único que usted tiene que saber hoy es la dirección y el teléfono del lugar donde estoy parando. Apenas si lo llamé para eso.

Peña no contestó. Se sirvió más vino y miró por encima del hombro de Mendizábal, como queriendo averiguar si el mozo traía o no de una buena vez esa pizza. Mendizábal siguió hablando, pero apenas lo hizo advirtió con rabia que era el otro, con la tensión que provocaba su silencio, quien lo obligaba. Se escuchó decir:

—Yo sé que a usted, y a otros como usted, no les gusta mi manera de hacer las cosas. Yo sé que andan diciendo por ahí que lo complico todo, que soy medio raro, o hasta peligroso. Pero entiéndalo bien: lo que digan usted y los tipos como usted a mí me importa un carajo. ¿Está claro?

Peña seguía calmo, inexpresivo.

—Así que se fue a vivir a otro lado —confirmó—. Esas cosas tuyas, Mendizábal —lo dijo moviendo la cabeza, con aire resignado—. ¿En serio hace falta mudarse para liquidar a un tipo?

Mendizábal tomó una servilleta de papel y escribió allí la dirección y el teléfono del residencial de la señora Garland. Se la pasó a Peña.

—Aquí tiene —dijo—. Cuando me quiera avisar algo, algo importante —subrayó esta frase—, me llama aquí. Puede preguntar por mi nombre, porque no di otro.

—De acuerdo —dijo Peña. Y leyendo la dirección anotada en la servilleta—: Zapiola, linda calle. Justo la misma donde vive el tipo que usted tiene que reventar. Qué casualidad, no.

Mendizábal sintió deseos de saltarle encima.

—No se haga el boludo, Peña —dijo, agresivo—. No es casualidad. Usted sabe bien cómo hago yo las cosas. Y porque las hago así, entienda bien, soy yo y no usted el que tiene este trabajo. Soy yo el que se lleva la gaita. Soy yo el que llaman todos cuando necesitan algo, algo bueno, no una carnicería barata de las que le gustan a los tipos como usted. —Más firme ahora, señaló a Peña con el índice.— Porque aunque a usted le queme las tripas admitirlo, yo soy el mejor. —E insistió:— El mejor de todos.

Peña no contestó. Se lo quedó mirando en silencio, con el cigarrillo entre los labios y la línea ondulante del humo dividiéndole la cara. Una vaga sensación de impotencia invadió a Mendizábal, tuvo deseos de seguir hablando pero

comprendió que ni mil palabras iban a convencer a ese hombre.

Además, y era esto lo que más rabia le provocaba, ¿por qué tenía que importarle tanto la opinión de Peña?

Apareció el mozo con la pizza, ya cortada. Mendizábal se sirvió una porción en el plato. Peña utilizó una servilleta de papel para agarrar la suya con la mano. Sonriendo, dijo:

—Espero que no le moleste, pero la pizza me gusta comerla así. Es una costumbre que tengo de cuando trabajaba en el frigorífico. Hace unos años ya, pero son cosas que no se olvidan. Todos los mediodías, cuando terminaba el primer turno, nos íbamos con los compañeros a un bolichón de allí cerca y comíamos la pizza así, con la mano, pero parados junto al mostrador. Después nos tomábamos un moscato y vuelta al laburo, a meterle hasta la noche. Era una mierda todo eso. Pero de ahí me quedó esta costumbre, no le siento el gusto a la pizza si no la como con la mano.

Mendizábal no contestó. Le importaba poco la historia de Peña. Lo oyó seguir hablando:

—Después fui cambiando trabajos, sin mucha suerte. Hasta que me enganché en los fierros y me llamó el patrón.

—¿Qué patrón? —preguntó Mendizábal.

—El patrón —confirmó sencillamente Peña.

Mendizábal asintió; así llamaba Peña al hombre importante. No podía ser de otro modo.

—Y claro —siguió Peña—, yo empecé así, de abajo. No sé cómo habrán sido las cosas para usted, pero debe haber tenido más suerte que yo.

Mendizábal, con fastidio, soltó los cubiertos.

—Escuche —dijo—, no se haga el infeliz conmigo. Ni me cuente la historia de su vida porque no me importa. Si va a hablarme de algo, prefiero que me diga la verdad: que no me traga, que le revienta que su patrón me llame a mí y no a otros, o a usted mismo, que le gustaría que las cosas me salieran como el culo. Vamos, animesé, cuentemé algo de todo eso y no las gansadas de cuando trabajaba en el frigorífico.

Peña no perdió la calma. Una vez más, movió su cabeza con aire resignado.

—Usted exagera todo, Mendizábal —dijo—. De cualquier cosa arma un lío. Yo no le tengo tanta bronca, ni quiero que las cosas le salgan mal. Al fin y al cabo, usted trabaja para el mismo patrón que yo.

—No es mi patrón —corrigió Mendizábal.

—Bueno, como quiera. Pero si le voy a ser sincero, tengo que decirle que usted es un tipo de suerte. —Vaciló un momento; después dijo:— Aunque, claro,

algún mérito debe tener, algo bueno habrá hecho, porque es cierto que mucha gente lo busca y le da trabajo. Y eso es siempre por algo, qué joder. —Se sirvió otro vaso de vino y continuó:— Mire, hasta una vez le pregunté al patrón. Por qué lo llaman siempre a ese Mendizábal, le pregunté. ¿Sabe qué me contestó? Que lo llamaba a usted porque usted es un arma anónima. Así dijo, anónima. Me acuerdo de la palabra porque, aunque más o menos sabía lo que quería decir, igual la busqué en el diccionario. Anónima, qué le parece. «En cambio, si vos reventás a alguien, me dijo, todos saben que te mandé yo.» Claro, se comprende.

Mendizábal sonrió, satisfecho.

—Así es —dijo—. Yo tengo un prestigio, es cierto, y por eso me llaman de distintas partes. Pero usted no se queje, Peña. Por lo menos tiene un empleo seguro, y eso nunca está mal. Yo, en cambio, dependo de la demanda.

La mirada de Peña se endureció. Había dejado de comer y estaba tenso.

—Para usted siempre hay demanda— dijo—. Y ahora, aunque no le guste, le voy a dar un consejo: *cuídese*. Usted es un tipo orgulloso y le gusta su prestigio. Está bien, haga como quiera. Pero en este trabajo nuestro a nadie le conviene tener prestigio. Usted tendría que saberlo.

Mendizábal terminó su vaso de vino. Dijo:

—Guárdese sus consejos. A mí me conocen únicamente los que tienen que conocerme, a eso llamo yo mi prestigio. Y puede que sea orgulloso, no se lo niego, pero me sobran motivos.

Hizo ademán de levantarse. Peña lo atajó.

—Espere —dijo—. No se vaya tan rápido. Usted quería que le dijera toda la verdad. Bueno, se la voy a decir. Escuche: es cierto que no lo trago, es cierto que me revienta su manera de trabajar, sus mariconerías y sus vueltas para liquidar a un tipo. —Sonrió con desprecio, pero resentido:— *Su pulcritud*, como dice siempre el patrón. Eso sí que me revienta: su podrida pulcritud. Y más me revienta todavía que lo prefieran a usted, que le den los mejores trabajos, los más caros.

Mendizábal se puso de pie. Peña también. Se miraron en silencio, enfrentados.

—Ahora ya lo sabe —dijo después Peña—. Yo soy su enemigo, le tengo tanta bronca que podría matarlo. No diga que no le avisé.

Mendizábal no pudo hablar. Salió del grill y caminó varias cuerdas con la mente en blanco. Una angustia dolorosa le apretaba el pecho. Por primera vez, en muchos años, se sintió en peligro.

Regresó al residencial. Se tiró en la cama y fijó la mirada en el techo de la habitación, confuso. *Así era Peña entonces*. Pero ¿era realmente así? ¿No había cambiado acaso varias veces durante la conversación?

Hizo memoria. Sólo iba a poder tranquilizarse si ponía orden en todo ese asunto. Había sido él, era cierto, el primero en agredir. Y ahí estaba lo sorprendente: Peña, con rara habilidad, había eludido el choque frontal, utilizando como armas el silencio y la ironía. Y después, esa historia del frigorífico, la pizza y el moscato al terminar el primer turno. ¿Qué se había propuesto con eso?

Pero no, tampoco. Nada de esto le preocupaba realmente, era otra cosa. Era el odio, ese odio feroz que había aparecido de golpe, unos segundos antes de la amenaza final. ¿Tanta bronca provocaba en los demás, tanto resentimiento, tan distinto lo sentían? *No diga que no le avisé.* Bueno, estaba avisado.

Se levantó, encendió un cigarrillo y fue hasta la ventana. Miró hacia afuera: eran las tres de la tarde y el calor volvía a ser sofocante. No lejos de las vías, en un pequeño baldío con flores amarillas y mariposas, unos chicos jugaban a la pelota. Se aflojó la corbata: sí, faltaba el aire. Seguramente volvería a llover.

¿Estaba haciendo las cosas bien? La pregunta lo sorprendió: nunca antes se la había hecho. Nunca antes, es cierto, le habían dicho algo semejante a lo de Peña. Eso de las vueltas y las mariconerías para reventar a un tipo. Carajo, no era poco.

Le dio una última pitada al cigarrillo y lo arrojó lejos. Pero no —se dijo—, no valía la pena preocuparse. Un resentido, un envidioso de mierda, eso era Peña. Un tipo sin calidad, por más ganas que pusiera, sin jerarquía. Él, en cambio, tenía un estilo, por eso era quien era y estaba donde estaba.

Las persianas de Külpe seguían entreabiertas, igual que al mediodía: no había regresado aún. ¿Lo haría solo o con Cecilia? Era imposible saberlo, o aun conjeturarlo. Sin embargo, lo excitó la posibilidad de observar nuevamente a esa mujer.

*Pero ella ya había estado allí.* No era necesario, entonces, esperar la noche para sentir otra vez su tibia cercanía. Sin duda habrían quedado, en el departamento, vestigios de su presencia, pequeñas señales, su perfume en una almohada, un objeto abandonado por descuido, o algo todavía menos tangible pero no menos esencial.

Decidió visitar nuevamente la vivienda de Külpe.

Llegó a la estación y bajó por el pasaje subterráneo que conducía de un andén a otro. Hacía años que no lo atravesaba. Miró los azulejos blancos, viejos, la mayoría rotos, cubiertos por leyendas triviales, obscenas o políticas. Contra un rincón, un perro sucio y flaco dormía, o agonizaba.

Subió los tres pisos por la escalera, utilizó la misma llave de su primera visita y entró en el departamento. Sintió entonces un cosquilleo en la palma de las manos, una especie de urgencia. *Estaba en territorio enemigo.* Si lo sorprendían, no podría aducir ninguna razón que justificara su presencia en ese lugar. Y esto, no le costó admitirlo, le gustaba.

Había menos orden que el día anterior: algunos almohadones caídos, un par

de vasos a medio llenar sobre un aparador, una botella de whisky, otra de gin y un cenicero desbordante sobre la mesa.

Uno de los vasos estaba manchado con rouge. Pero no solamente en esto, sino en el mismo aire que se respiraba era notorio que allí había estado una mujer. Mendizábal tomó el vaso y le acarició suavemente el borde. Lo tuvo así, entre sus manos, durante un prolongado momento. Después se puso de rodillas, colocó sus labios sobre la mancha de rouge, y comenzó, lentamente, a pasarle la lengua. Lo hizo con los ojos cerrados, transpirando.

Se concentró, se dejó penetrar por las sensaciones que recibía: el gusto dulzón, la consistencia leve y cremosa del rouge, la humedad de su mano contra el vidrio del vaso, la cabeza blanda, las rodillas firmes contra el piso, sosteniéndolo, esa calidez entre las piernas. Todo le confirmaba la existencia de su propio cuerpo. Podría haber permanecido así durante mucho tiempo.

Sobresaltado, casi con vergüenza, comprobó entonces su erección.

Abandonó el vaso como quien espanta un demonio. Lo vio rodar con violencia sobre la alfombra. Intentando fijar su atención en algún nuevo objeto, se puso de pie, se acercó a la mesa y observó el cenicero: estaba cargado con restos de cigarrillos, y varios de ellos, también, tenían manchas de rouge. Guardó no menos de tres en su bolsillo. Después fue hasta la cortina: allí estaba la minúscula quemadura que había practicado la noche anterior. *¿La habría visto Külpe?*

Caminó hacia el dormitorio. Se detuvo antes de entrar, como temiendo algo. Volvía a sentir ahora el cosquilleo en las manos, y también una palpitación ardiente en las sienes. Tenía la boca seca. Entró.

Las sábanas estaban revueltas, las almohadas y la colcha caídas junto a la cama. También allí había un par de vasos con restos de alcohol, otra botella de whisky, e incluso otro cenicero atiborrado de cigarrillos consumidos casi hasta el filtro.

*Ese era el lugar, allí habían estado.*

Claramente, se distinguían en una de las sábanas dos manchas amarillentas, una grande, otra más pequeña. Mendizábal, fascinado, las observó durante largo rato. Después se sentó en la cama, estiró lentamente su brazo y colocó sobre ellas su mano derecha. Permaneció así, conteniendo la respiración, hasta que, con repentina furia, estrujó tan fuertemente la sábana que los nudillos se le pusieron blancos.

Fue entonces cuando oyó el ruido de la puerta. Como un cañonazo, así le sonó. Alguien —¿Külpe?— acababa de entrar.

Sacó la Luger, se apoyó contra la pared del dormitorio y trató de mirar hacia el living. Lo primero que vio fue un balde con un trapo de piso colgando de uno de sus bordes, y también una escoba apoyada contra la mesa. Comenzó a tranquilizarse: era improbable que Külpe anduviera con todo eso encima. Debía

tratarse, sin duda, de algún encargado de limpieza.

Escuchó unos pasos firmes, desinhibidos: quien había entrado daba por seguro que el departamento estaba vacío. Si no era Külpe, entonces, era alguien que conocía bien sus horarios. Tenso, tratando de estar preparado para reaccionar, Mendizábal volvió a mirar el living.

Era una mujer fuerte, robusta, con ruleros y delantal. La esposa del portero, probablemente, o alguna doméstica del barrio. La cuestión era que ahora estaba allí. Mendizábal puteó bajito. Tendría que haberlo supuesto. Külpe permanecía en su departamento hasta el mediodía y recién regresaba a la noche, ¿qué otra hora sino la de la siesta era la más adecuada para la limpieza? Era lógico, entonces, que hubiera encontrado tan prolijo el departamento en su visita del día anterior: la mujer ya lo había limpiado.

La vio recoger los vasos, los ceniceros, guardar la botella de whisky y la de gin en el modular, y desaparecer en dirección de la cocina. Era el momento. ¿Qué hacer si lo descubría? Ni siquiera pudo pensar una respuesta, un mínimo plan de acción. *Su único objetivo era no ser descubierto.* Cualquier otra posibilidad (lo sabía) lo condenaba al fracaso.

Casi sin respirar, salió del dormitorio. La mujer había abierto una canilla, y ahora, seguramente, estaba lavando los vasos y los ceniceros. Mendizábal la escuchó cantar: *el beso, el beso en España, lo lleva la hembra, muy dentro del alma.* Mejor, cuanto más ruido hiciera, mejor.

Llegó a la puerta, la abrió y la cerró con infinito cuidado. Ahora ya estaba, había tenido suerte. Guardó la Luger y comenzó a bajar las escaleras. Todavía alcanzó a oír: *la española cuando besa, es que besa de verdad, y a ninguna le...*

Volvió a utilizar el túnel para cruzar la estación. Agitado, con el corazón golpeándole el pecho, llegó al residencial. Estaba confundido. Peor aún: desconocía por completo las sensaciones que lo recorrían. Subió a su habitación y cerró con violencia la puerta, como quien se protege.

Con desagrado o con placer, no pudo saberlo bien, saboreó entonces su saliva espesa, dulzona: era Cecilia, o apenas lo que él había conseguido de ella. Fue hasta el baño y se lavó los dientes con furia. Hizo furiosas gárgaras, escupió violentamente contra la pileta, hasta que por fin se sintió mejor, más sereno, casi purificado.

Bien, era cierto: había tenido suerte. En su descargo, no obstante, se dijo que no era *tan previsible* que una encargada de limpieza tuviera las llaves del departamento de Külpe, y entrara así, a su antojo, en cualquier momento. ¿Tan seguro se sentía Külpe? ¿Tan poco tenía que ocultar? Porque siempre, aunque no lo quiera, uno deja rastros de sus cosas.

Y, sin embargo, no. Con Külpe ocurría distinto. No había colocado una cerradura de seguridad, dejaba un duplicado de su llave a una doméstica bochinchera, abandonaba su casa durante todo el día. O sus secretos estaban en

otra parte, o no los tenía.

Además, Cecilia. Menos le interesaba ocultar sus relaciones con ella. Porque allí habían quedado los vasos, los cigarrillos, las manchas en la sábana, todo cuanto delataba la presencia de esa mujer en el departamento. ¿No le importaba, acaso, que la doméstica, con esa tendencia al chismorreó propia de su condición, comentara todo eso a otras personas?

Era difícil entenderlo. Entonces, ¿quién era Külpe? Si su vida era tan transparente, si tenía tan pocas cosas que ocultar, ¿por qué había que matarlo? Pensó en la posibilidad de un error, quizá de una injusticia. Pero se detuvo, no era él quien tenía que decidir eso. Además, se dijo, algo debía haber hecho Külpe, algo secreto sin duda, pero real y definitivo.

Su experiencia en el oficio había dejado a Mendizábal una enseñanza: ningún condenado era inocente. Y no porque hubiera hecho algo malo, pues nada tenían que ver con el bien o el mal estas cuestiones, sino simplemente porque había actuado. *Así era de simple*: todo hombre actuaba contra otro; todo hombre, entonces, acababa por convertirse en un condenado para ese otro, como éste lo era también para él. Sólo era posible escapar a ese juego transformándose en un instrumento mortífero ubicado *en el final* de las acciones de los demás. Pero, para esto, era necesario antes no actuar, no interferir. Si no se hacía nada contra nadie, ¿quién iba a poder condenarlo a uno?

La clave estaba en saber ubicarse en el momento justo, cuando la partida ya estaba jugada, y el perdedor señalado. Entonces había que matar a éste, no a otro.

*Un instrumento*, a Mendizábal le gustaba definirse así. Lo hacía sentirse puro, incontaminado, ajeno a las pasiones de los demás. Y eficaz. Si alguna idea de la justicia había en él, estaba dictada por su orgullo: quien lo llamaba merecía ganar, porque había elegido lo mejor.

Lo sacudió la súbita estridencia de un trueno. Llovía, otra vez. Cerró las persianas y encendió las luces de la habitación. Se quitó el saco, la corbata y dejó la Luger en su funda colgando de una silla. Recordó entonces las fotos que había tomado esa mañana en las Barrancas. Se encerró en el baño, las reveló, las amplió. Después regresó a la habitación, buscó las otras fotografías y volvió a colocarlas contra la pared hasta cubrirla por completo.

Las observó nuevamente: Külpe corriendo hacia un colectivo; Külpe en el balcón de su departamento; Külpe en las Barrancas de Belgrano, junto a la glorieta, hablando con la madre de su hijo, o levantando a éste en brazos, o haciéndolo girar colgado de su cuello.

Külpe. Era poco aún lo que sabía de él. Por ejemplo: ¿qué hacía después de encontrarse con la mujer y su hijo en las Barrancas? Lo había visto, por dos veces, tomar un colectivo en dirección al centro. Bien, ¿qué buscaba allí? Sería necesario seguirlo, averiguarlo. Después, lo tenía bien presente, iba a comenzar a ocuparse de la mujer.



Se quitó las ropas, apagó la luz y se acostó. Sintió la placidez de su cuerpo. Se dijo: un velero navegando después de una tormenta, y se durmió.

Despertó cuando anochecía. Encendió la luz, fue hasta el baño y se lavó la cara. Pensó que, después de todo, algo bueno había tenido la aparición de la encargada de limpieza: si no hubiera lavado ella los vasos, ¿a qué (*o a quién*) habría atribuido Külpe la desaparición de la mancha de rouge? Porque *eso sí* había sido una imprudencia. O en todo caso: un rastro, si no evidente, al menos innecesario de la presencia de un extraño en ese departamento, pues con la ínfima quemadura de la cortina alcanzaba y sobraba para cumplir ese cometido. Prometió dominarse, actuar con mayor cautela.

Salió del baño, retiró las fotografías y las guardó con llave en su valija. Tuvo que doblar algunas pero no le importó. Eran su mayor secreto y quería que estuvieran seguras.

Cenó en un *Munich* instalado a un par de cuadras del residencial. Había parado de llover, estaba fresco. Pensó ir al cine, pero aún se sentía cansado, con ganas de seguir durmiendo. Encendió un cigarrillo y regresó al residencial.

Sentada en uno de los sillones de la recepción, con unos minúsculos anteojos en la punta de su nariz, la señora Garland leía el *Buenos Aires Herald*. Dio las buenas noches a Mendizábal después de alcanzarle, solícita, su llave. Mendizábal la saludó y comenzó a subir a su habitación.

—¿Quiere que lo despierte a alguna hora en especial? —la escuchó preguntar.

Se detuvo y miró hacia abajo. Ella estaba al pie de la escalera, se había quitado los anteojos y sonreía.

—No —contestó Mendizábal—, no hace falta. —Y añadió:— Gracias.

Entró en la habitación. Sin encender las luces, levantó la persiana y miró hacia afuera. Había luz en el departamento de Külpe. Sus horarios, entonces, no eran tan uniformes: había regresado más temprano esta noche. Miró su reloj: eran las diez y cuarto. Y otra cosa: estaba solo. Ninguna otra sombra sino la suya se adivinaba contra las cortinas. Sólo con largas intermitencias, muy fugazmente, era posible verlo. Mendizábal dedujo que estaría en la cocina —cenando o tomando un café y leyendo el diario—, alejado de la ventana del living.

Pero eso sí: estaba solo. Es decir, sin Cecilia.

Bajó las persianas y se quitó las ropas. Era suficiente por hoy. Habían surgido algunos contratiempos, era cierto, pero no podía decirse que las cosas estuvieran saliendo mal. *Todo se mantenía bajo control*. Mañana entonces, sería necesario seguir a Külpe hasta el centro, averiguar sus ocupaciones. Y también estaba la mujer de las Barrancas. Pero después.

Encendió el velador. Extrajo del bolsillo de su saco los cigarrillos fumados por Cecilia y los colocó sobre la mesa de luz: eran cuatro, casi consumidos por

completo. Pero casi, no totalmente aún. Lo recorrió la misma excitación que esa tarde al apoderarse de ellos.

Apagó el velador. Se acostó desnudo en la cama, los encendió y los fumó uno a uno, ensimismado, hasta quemarse los dedos.

Después se durmió.

Jueves. Mendizábal tomó un café con una tostada en la pequeña sala donde la señora Garland ofrecía desayuno y merienda a sus pensionistas. Eran las nueve de la mañana. Regresó a su habitación, colocó una silla junto a la ventana y esperó los primeros movimientos de Külpe.

Un temor lo inquietó: ¿y si ya hubiera salido? Porque era cierto que las persianas estaban en la exacta posición en que habían quedado la noche anterior. Pero esto no garantizaba nada. Igualmente Külpe podría haber abandonado el departamento sin el rito matinal de levantar las persianas, abrir las ventanas y salir al balconcito para recibir el sol del nuevo día. ¿Qué hacer en este caso? Siempre estaba, por supuesto, la posibilidad de ir directamente a las Barrancas, tal como lo había hecho el día anterior. ¿Pero era tan absolutamente inamovible esa cita? Bien podía ocurrir que, justamente hoy, Külpe y la mujer de los cabellos oscuros hubiesen decidido no reunirse en las Barrancas sino en otro lugar, o en ninguno. Y entonces sí, le habría perdido el rastro.

Seguía sumergido en estas cavilaciones cuando vio aparecer a Külpe, pero no a través de la ventana del living o en el pequeño balcón, sino saliendo por la puerta del edificio. *Ya estaba en la calle.* Lo vio caminar hacia Pampa, en dirección sin duda del colectivo 113.

Abandonó su habitación, bajó velozmente las escaleras y buscó su coche. ¿Iría hacia las Barrancas? Era lo más probable, pues allí terminaba su recorrido el 113. Pero claro, tampoco era seguro. Subió al Renault, tiró al máximo el cebador e hizo girar la llave de contacto. Nada.

—Carajo —dijo.

Le pareció increíble, un chiste de verdadero mal gusto, pero era así: el motor no encendía. Cerró la puerta con furia y caminó hasta la parada del 113. Külpe no estaba, seguramente había tomado ya el colectivo anterior. Su única posibilidad de encontrarlo consistía ahora en que se repitiera, también hoy, la cita de las Barrancas. De lo contrario, habría perdido el día.

El siguiente colectivo no demoró en llegar. Estaba casi vacío. Buscó uno de los asientos del fondo y se sentó. Trató de distraerse mirando por la ventanilla. Debía tranquilizarse, se dijo, mantener la cabeza fría. Pero era difícil: deseaba intensamente no perderle el rastro a Külpe ese día. Eran todavía demasiadas las cosas que ignoraba de él, y quería averiguarlas cuanto antes.

El corazón le dio un vuelco cuando comprobó que no estaban en la glorieta.

¿Era posible tanta mala suerte? Y sin embargo, no había motivos para esperar que las cosas fueran de otro modo: nadie repite exactamente sus acciones todos los días. Había perdido esta vez.

Pero, aún no. Las Barrancas no eran solamente la glorieta, había otros lugares, y no eran pocos. Además, pensándolo bien, era bastante normal que un hombre y una mujer, en un momento fundamental de su relación, eligieran un mismo lugar, una misma hora y hasta una inalterable continuidad para tratar sus problemas. Estaba claro que lograban así mayor concentración, evitando cuestiones secundarias (por ejemplo: ponerse cada día de acuerdo sobre un nuevo lugar o un nuevo horario para sus citas) que pudieran distraerlos. Nada de eso: un mismo lugar, una misma hora, todos los días, así parecían haberlo resuelto. Además, estaba el chico, Sergio. Nada mejor que las Barrancas para mantenerlo, simultáneamente, a la vista y alejado, en libertad.

Finalmente los encontró. Estaban en la parte llana de las Barrancas, sentados sobre el césped. A unos metros apenas, el chico intentaba remontar un barrilete de color verde, con una larga cola confeccionada con varios pedazos de trapos anudados. Por eso no se habían reunido en la glorieta: Sergio y su barrilete necesitaban espacio.

Se tranquilizó. Encendió un cigarrillo, buscó un banco y los observó desde allí. Desde lo alto de la barranca: era como si los dominara.

La reunión, sin embargo, fue breve. Külpe se puso de pie, la mujer también y se besaron. Fugazmente, en la mejilla, ni con mayor ni con menor afecto que en los dos días anteriores.

Külpe llamó al chico, lo abrazó, lo besó, y se fue. Sergio no había conseguido remontar el barrilete.

Mendizábal arrojó su cigarrillo y comenzó a seguir a Külpe. Cuidadosamente, desde lejos. ¿Tomaría esta vez el mismo colectivo? Todo indicaba que sí: lo vio bajar las escalinatas y dirigirse a la parada de los días anteriores. Caminaba velozmente.

Para no perder su rastro entre el gentío, observó —con mayor detenimiento que otras veces— sus ropas. Llevaba un saco sport azul oscuro, con botones plateados, un pantalón claro (beige, crema, o algo así), y una camisa blanca con rayas azules, sin corbata, con el cuello ampliamente abierto.

Mendizábal se acercó a la parada de taxis: tomaría uno apenas Külpe subiera a su colectivo. Lo vio ubicarse en la fila, encender un cigarrillo y esperar. ¿En qué estaría pensando ahora? La entrevista con la mujer había sido breve, la más breve de todas las que había presenciado. ¿Indicaba esto la inminencia de una ruptura? Era imposible saberlo. Quizá estuviera ocurriendo todo lo contrario, quizá ya no necesitaban hablar porque habían llegado a un acuerdo, quizá habían resuelto unir nuevamente sus vidas.

Llegó el colectivo, Külpe esperó su turno y subió. Mendizábal lo vio pasar,

todavía parado en el estribo. Buscó un taxi.

—Escuche —le dijo al conductor, antes de subir—, ¿ve ese colectivo? Bueno, necesito que lo siga.

—Está bien —contestó el taxista—. Dele, suba.

Mendizábal subió. Dijo:

—No se ponga nervioso y haga las cosas bien. No lo siga de muy cerca. Cuando vea que llega a alguna parada, baja la velocidad y se arrima a la vereda. Si yo no le digo nada, sigue. ¿Está claro?

—Clarísimo, jefe —dijo el taxista—. ¿Es policía usted?

—No —dijo Mendizábal, seco—, soy cornudo. Estoy siguiendo a mi mujer.

El taxista lo miró por el espejito.

—Ah —dijo—, disculpe.

—Ahora deje de hablar y haga lo que le dije. Le aviso que no quiero errores.

Todavía perplejo, el taxista asintió con un brusco movimiento de cabeza y se concentró en su tarea. El colectivo de Külpe tomó por Libertador, llegó hasta Plaza Francia, giró a la izquierda, pasó frente al *Ital Park* y entró a la derecha por Callao.

—Siga así —dijo entonces Mendizábal—, vamos bien.

El taxista no contestó. Iba rígido, la mirada fija en el colectivo, agarrando fuertemente el volante con las dos manos. Subieron por Callao.

—Atento en las paradas —recordó Mendizábal—, quiero ver bien a los que bajan.

Atravesaron Santa Fe, Córdoba, también Corrientes.

—Se hace difícil por acá —habló por fin el taxista—. Muchos coches. El centro está cada día peor.

—No se preocupe —lo tranquilizó Mendizábal—, lo está haciendo bien. Ya sé que no es fácil. Ahora escuche: no quiero maniobras bruscas. Cuando yo se lo ordene, usted va frenando tranquilo, de a poco. Como si nada, ¿entendió?

El otro dijo sí. Sí, jefe. Siguieron por Entre Ríos, llegaron a Independencia. Allí —sorpresivamente, casi de un salto— descendió Külpe.

—Cruce Independencia y pare en la esquina —ordenó Mendizábal, veloz—. Pero tranquilo, eh. Ojo con el semáforo. Dele, ahora.

Le pagó el doble de lo que marcaba la tarifa.

—Gracias, jefe —lo escuchó decir mientras abría la puerta y descendía—. Que no sea nada lo de su señora.

Külpe había comenzado a caminar por Independencia, hacia arriba. A casi media cuadra de distancia, desde la vereda de enfrente, Mendizábal lo fue

siguiendo. Sospechaba que algo estaba por ocurrir, algo nuevo, que le permitiría conocer más profundamente a su víctima. Lo vio entrar en una agencia de Prode y Lotería. Se detuvo, esperó.

Pasaron varios minutos. Se acercó a un kiosco, compró cigarrillos, encendió uno. Külpe seguía sin aparecer. Había un bar en la esquina. Fue hasta allí, se sentó junto a la ventana. Pidió un café.

*Una agencia de Prode y Lotería.* ¿Qué buscaría allí Külpe? Pasaron cuarenta minutos más. Eran casi las cuatro. Ya no cabían dudas: algo importante se decidía para Külpe en ese lugar. Sonrió, satisfecho. El departamento de Zapiola, la glorieta de las Barrancas, y ahora este pequeño local en Independencia: *los escenarios de Külpe*. Porque así son las cosas: un hombre se define, ante todo, por los espacios que habita: un hombre, en mayor o menor medida, es siempre un mapa, y no hay más que saber trazar su geografía para dominarlo.

Külpe, finalmente, salió. No estaba solo. Un individuo de escasa estatura, grueso, con bigotes y anteojos negros lo acompañaba. Parecían mantener un diálogo intenso, quizá una discusión. Mendizábal llamó al mozo y pagó el café. Después los siguió observando.

El interlocutor de Külpe le hizo recordar a uno de esos saxofonistas que acostumbraba a ver en ciertos programas de televisión, apenas visibles entre los restantes músicos de la orquesta, tocando abstraídos su instrumento, levemente encorvados, con los invariables anteojos negros colocados allí para proteger sus ojos —siempre enrojecidos, agotados— de la violencia de los focos o aun de la claridad del día. Sí, habría sido difícil no advertirlo: ése era un hombre de la noche. ¿Qué intereses lo unirían a Külpe?

Ocurrió con tanta rapidez que no alcanzó a reaccionar. O en todo caso, era tarde cuando lo hizo. Külpe estrechó la mano de su acompañante, corrió un colectivo y desapareció en su interior. Mendizábal abandonó el bar. Era imposible (además de peligroso, o hasta insensato) alcanzar el mismo colectivo. Tampoco se veía venir ningún otro de la misma línea. Un taxi entonces. Pero dónde. Miró, con desesperación, en ambas direcciones de la avenida. Nada. Pasaron dos, ocupados. Se resignó. Ya casi no alcanzaba a ver el colectivo en que viajaba Külpe.

Pero aún estaba el hombre de bigotes y anteojos negros. Había quedado allí, en el mismo lugar en que despidió a Külpe, y ahora anotaba algo en una pequeña libreta. Se lo veía tranquilo, como si la conversación que acaba de sostener hubiese conseguido, finalmente, satisfacerlo. Luego de guardar la libreta en un bolsillo del saco, comenzó a caminar hacia la esquina. Mendizábal, sin apuro, cruzó la calle y lo siguió. Lo vio detenerse en la parada del colectivo (el mismo que había tomado Külpe a la carrera), ubicarse en la breve cola que se había formado, y esperar. Entonces se le fue acercando lentamente, hasta colocarse a su espalda, a no más de dos pasos de distancia.

Ahora podía hasta olerlo, o verle esa verruga que tenía en la nuca, o aspirar el humo del cigarrillo que acaba de encender. Iba a tomar el mismo colectivo que Külpe. ¿Por qué no lo habían hecho juntos entonces? ¿Por qué se había adelantado Külpe, y, encima, de ese modo, como si huyera? Pero cuidado: del hecho de que tomaran el mismo colectivo, no se desprendía necesariamente que fueran al mismo sitio. Y en cuanto al apuro de Külpe, mil motivos podrían explicarlo. O al menos, para hacerlo, no había por qué recurrir a la hipótesis —sin duda dramática y exagerada— de una huida.

Llegó el colectivo. El hombre de los anteojos negros subió y consiguió un asiento libre en la fila izquierda. Los restantes, salvo dos de los cinco del fondo, estaban ocupados. Mendizábal permaneció de pie, fuertemente agarrado del pasamanos. El colectivo se sacudía con violencia en los baches y en las bocacalles.

Molesto, casi resentido, se preguntó cuántas cosas que él desconocía sabría de Külpe ese hombre. Y estaba allí, al alcance de su mano. Y no había nada, en realidad, que impidiera que en ese exacto momento se le acercara y le preguntase, por ejemplo, su nombre, o su profesión, o mejor aún: si era cierto que tocaba por las noches el saxo en una orquesta de jazz. O quién era Külpe, de qué habían hablado recién en la puerta de la agencia de Prode y Lotería, cuándo iban a volver a encontrarse, qué relación los unía. Todo eso.

Parecía tan sencillo, todo un mundo, un complicadísimo encadenamiento de sucesos, se desmoronaría como por encanto apenas él colocara su mano sobre el hombro de ese individuo, y —después— comenzara a hablarle.

Pero claro: qué decirle entonces.

Y aquí terminaba todo. Porque no era ésta la primera vez que se le ocurría una idea semejante. Ya antes lo había subyugado la posibilidad de trastrocarlo todo con un solo gesto. Qué burla, realmente. Maravillaba pensar, por ejemplo, que el infalible funcionamiento de la maquinaria manejada por el hombre importante (y también el de las otras maquinarias que controlaban a ésta, manejadas por hombres aun más importantes y soberbios) dependía sencillamente de que él, Mendizábal, colocara ahora —o no— su mano sobre el hombro de ese personaje algo robusto, con anteojos y bigotes negros, que estaba allí sentado. Porque, si se lo pensaba bien, nada lo impedía. Como nada impedía tampoco que esa misma noche esperase a Külpe en su departamento y, en lugar de matarlo, le contase todo.

O quizá sí, algo lo impedía, solamente una cosa: *qué hacer después*. Mendizábal nunca había encontrado una respuesta a esta pregunta.

El colectivo subió por Independencia hasta Alberti, dobló a la derecha, desembocó en Pueyrredón, atravesó Corrientes, Córdoba, Santa Fe y tomó finalmente Las Heras hacia Plaza Italia. Un viaje largo. Mendizábal, cansado, acabó por sentarse en uno de los asientos libres del fondo.

El hombre de los anteojos negros bajó en Las Heras y República de la India. Mendizábal lo hizo media cuadra después, por la puerta delantera, con el colectivo

en movimiento.

—No hay parada aquí —fue el reproche tardío del colectivero.

Mendizábal lo escuchó apenas: se dirigía ya hacia Lafinur, siguiendo los movimientos de su hombre. ¿Iría a encontrarse con Külpe? Desechó, por absurdo, la idea. ¿Qué sentido podía tener una nueva cita cuando acababan de separarse?

Lo vio detenerse al llegar al bar de Lafinur y Las Heras. Lo vio quitarse los anteojos, humedecerlos con el aliento y limpiarlos con un pañuelo que extrajo de un bolsillo del pantalón. Lo vio, también, mirar a su alrededor, especialmente hacia el Botánico. ¿Sospecharía algo? Difícil. Pues si bien lo había seguido en el mismo colectivo (situación que con Külpe habría sido imprudente, pero que no lo era con este hombre a quien seguía por primera vez y a quien, sin duda, seguiría poco, o nada, en el futuro), actuó en todo momento con gran cautela.

Aceleró el paso: el hombre de los anteojos negros acababa de ponerse nuevamente en movimiento. Lo vio doblar por Lafinur y, cuando pudo observarlo desde la esquina, alcanzó a verlo desaparecer en una casa, media cuadra más adelante.

Cruzó la vereda y comenzó a caminar lentamente. Quería observar el lugar en que había entrado su hombre. Sentía, además, que estaba por descubrir otro punto clave —otro escenario— de la geografía de Külpe, acentuando así su dominio sobre él.

Se detuvo, sorprendido. Nunca había visto antes ese lugar. Y si bien hacía tiempo que no caminaba por Lafinur, tampoco hubiera esperado encontrarlo allí. Era un local de diversión nocturna. De dudoso aspecto exterior, no muy pintarrajeado, pero convencional. Algo que uno espera encontrar por el bajo, en 25 de Mayo, o apenas en uno o dos lugares más de la capital.

Allí estaba, sin embargo. Un cartel, que debía iluminarse durante la noche, indicaba su nombre: *Annie Malone*. Y abajo, en letras más chicas: *dancing. Annie Malone-dancing*. ¿Qué tendría que ver Külpe con eso?

Mendizábal cruzó la calle. El local ocupaba la planta baja de un edificio de tres pisos. Tenía una sólida puerta de madera y una vitrina con fotografías y botellas de whisky importado. Las fotografías eran de dos mujeres con nombres totalmente previsibles: Lupe Quintana, Teresita Velasco. Mendizábal las observó. Comprendió entonces que era la foto de Cecilia la que hubiera deseado descubrir allí. Pero no. Eran otras esas mujeres. En algunas fotos estaban cantando, con vestidos largos y brillantes, de indudable mal gusto. En otras se quitaban la ropa, haciendo un número de strip-tease. ¿*Annie Malone* sería el nombre de una tercera mujer o simplemente el del local? Se inclinó por esta última posibilidad, pues no había otras fotos en la vitrina. Sólo las de Lupe y Teresita prometiendo la calidez de sus voces y sus cuerpos.

Sonrió. No se había equivocado. El hombre de bigotes y anteojos negros era, efectivamente, un personaje de la noche. ¿Tocaría el saxo en ese dancing? Era poco

probable, seguramente habrían de arreglarse con discos en un lugar así.

Volvió a Las Heras, entró en el bar de la esquina y pidió un café con leche con medias lunas. Se sentía satisfecho, había realizado un buen trabajo. Ahora podía aflojarse, descansar. Pagó la cuenta, buscó un taxi y regresó al residencial de la señora Garland.

Esa noche cenó en *El Ciervo de Oro*, a menos de una cuadra y media de la casa de Külpe, en Echeverría y Freire. Después, una vez más, fue a sentarse en el banco de la estación Belgrano R. Eran las diez de la noche. Encendió un cigarrillo y decidió esperar a Külpe.

¿No habría llegado ya el momento de eliminar a su víctima? Nuevamente lo invadió la sensación de estar demorando el trabajo, de estar —incluso— arriesgándose inútilmente. Aunque no. Lo del riesgo era absurdo. Al margen del episodio con la encargada de limpieza, su conducta había estado siempre determinada por una permanente cautela. La profesionalidad, la *seriedad* de su trabajo, seguía intacta.

Aunque, sin embargo, había algo. Un miedo quizá indefinible, pero sin duda referido a la posibilidad de perderlo a Külpe. Y era aquí, exactamente aquí, cuando lo asaltaba una especie de desesperación por matarlo, como si solamente a partir de este hecho pudiera tenerlo, por fin, seguro para siempre.

Aunque tampoco esto conseguía tranquilizarlo. *Porque aún no había llegado el momento.* ¿Qué iba a poder asegurarse de Külpe si lo mataba ahora, cuando todavía desconocía casi todo sobre él? Era inútil: había que esperar, seguir averiguando, aun a riesgo de perderlo.

Media hora más tarde, lo vio llegar. Reconoció su saco azul, con botones plateados, y el pantalón claro. Venía solo. ¿Qué habría hecho durante el resto del día, después de haberse separado del hombre de los anteojos negros? Era una incógnita, como tantas otras.

Sí, faltaba, faltaba mucho todavía para dominarlo.

Külpe abrió la puerta del edificio y entró. Se lo veía tranquilo, tan tranquilo y seguro como en las noches anteriores. ¿Era posible que no sospechara nada, que no lo recorriera la más mínima sensación de intranquilidad? *Nunca miraba hacia atrás.* Todo ocurría como si no les concediera a las sombras la menor posibilidad de ocultar una presencia enemiga.

Ahora acababa de iluminarse la ventana del tercer piso. Ya estaba allí. Fue entonces cuando una decisión que, oscuramente, había tomado desde un comienzo, surgió nítida ante Mendizábal: *iba a matar a Külpe en su departamento.* Y algo más: las únicas palabras que le diría serían pronunciadas en ese momento, segundos antes de matarlo. Iba a ser necesario, entonces, elaborarlas con infinito cuidado, obsesivamente quizá, pues debían decir todo lo que había que decir, y solamente



eso. Y si bien aún había tiempo, era conveniente ya ir tomando conciencia de la dificultad y de la necesidad de esa tarea. Apagó su cigarrillo y regresó al residencial.

Mañana (se dijo) trabaría relación con la mujer de las Barrancas.

Durante las primeras horas del día siguiente (viernes) se dedicó a arreglar su coche. Una basura en el carburador: eso había sido, por supuesto. Limpió lo que había que limpiar, dio un par de vueltas a la manzana y estacionó nuevamente frente al residencial. Asunto concluido, funcionaba bien.

Iba a regresar a su habitación y vigilar la salida de Külpe, cuando cambió de idea. ¿Por qué no adelantarse? Si de todos modos era casi seguro que Külpe habría de dirigirse a las Barrancas, ¿qué inconveniente podía existir en que fuese él quien llegase primero? Ninguno. Al contrario: en caso de que la mujer de los cabellos oscuros ya estuviera allí, iba a poder entonces observarla, por primera vez, sola.

No demoró en llegar. También esta vez dejó el Renault frente a la plazoleta con el busto de Belgrano y comenzó a caminar, sin apuro, hacia las Barrancas. Por entre las copas de los árboles de mayor altura, libre y casi vertiginoso, alcanzó a ver el barrilete de Sergio, con sus flecos verdes y su larga cola anudada. Se acercó. Allí estaban: en la parte llana de las Barrancas, igual que el día anterior. Era evidente que la aparición del barrilete de Sergio había determinado la inutilidad de la glorieta como lugar de reunión.

La mujer había extendido un pulóver sobre el césped y estaba sentada allí. Se entretenía tejiendo. Espaciadamente, sin demostrar ansiedad o preocupación, observaba al chico. Era como si no necesitara más que verificar su presencia para estar tranquila. Después, volvía a su tejido. El día era caluroso, aunque menos que los anteriores. Mendizábal se sentó en un banco de piedra, junto a dos jubilados aburridos, y esperó allí.

Se propuso entonces elaborar algún plan para acercarse a la mujer. ¿Cómo hacerlo? No era fácil, ni tampoco tenía experiencia en situaciones de este tipo. Su timidez, disfrazada de orgullo, lo había obligado siempre a aborrecer a los hombres que seguían mujeres por la calle. Ahora, sin embargo, iba a tener que adoptar una actitud semejante. Pero claro, se sentía desarmado. Como teniendo que representar un papel que no solamente nunca había ensayado, sino para el cual no tenía condiciones.

Le sudaban las manos, casi con temor lo comprobó. ¿Tan difícil le resultaba?

Pero, un momento: tranquilidad. Había, por lo menos, un par de cosas ciertas: su aspecto no podía molestarle a ninguna mujer. Era un poco bajo, aunque solamente un poco, algo robusto también, pero vestía con corrección y no le faltaban palabras. Y ella (no olvidarlo) estaba en un momento especial, seguramente predispuesta a aceptar cualquier compañía que aliviara su soledad. Sí, todo iría bien. Pero ¿cómo empezar? ¿Con qué pretexto acercarse y hablarle?

¿Cómo evitar ser confundido con alguno de esos imbéciles donjuanes callejeros? No era fácil.

En ese momento apareció Külpe. Llevaba el mismo saco azul con botones plateados de la tarde anterior, y también el mismo pantalón. Se acercó a la mujer y la besó en la boca. Mendizábal se sorprendió: era la primera vez que la besaba de ese modo. Nada del otro mundo, es cierto. Pero sin duda algo más que un beso rutinario o aun amistoso. Volvió a sentir que, dificultosamente pero sin pausa, algo renacía entre ellos. Los vio tomarse de las manos, hablar mirándose a los ojos, sonreír.

Y, sin embargo, no. Ahora comenzaba a ocurrir lo mismo que durante los encuentros anteriores. Volvían a encrespase, discutían. Ella apartaba con gesto violento los cabellos de su rostro. Él, evasivo, se alejaba, y comenzaba a darle indicaciones al chico para mantener en alto el barrilete. Entonces ella se le acercaba, lo tomaba de un brazo, y otra vez discutían. Era como si hubiera un punto —una especie de abismo sombrío y caótico— a partir del cual dejara de existir toda posibilidad de entendimiento entre los dos. No demoraron en despedirse, esta vez con un beso fugaz, casi imperceptible. Él tomó el colectivo de siempre, y ella quedó sola.

Fue entonces cuando lo vio llorar a Sergio. Había corrido junto a la mujer, y con su brazo extendido señalaba hacia lo alto, hacia la copa de los árboles. Allí, endiabladamente enganchado, estaba el barrilete.

Mendizábal arrojó el cigarrillo que estaba fumando y, casi de un salto, se puso de pie. La suerte lo favorecía. *Ese barrilete allí enganchado: no hubiera podido ocurrirle algo mejor.* Comenzó entonces a descender lentamente por la barranca, como quien tiene cuatro ases de mano y no tiene apuro de pedir cartas.

Cuando llegó junto a ellos, el chico repetía incesantemente, llorando, que quería el barrilete, el barrilete, el barrilete. La mujer lo sujetaba por los hombros, le acariciaba la cabeza y le prometía, sin demasiada convicción, que ya se iba a solucionar todo, pero que se tranquilizara, por favor. Petición por demás inútil pues el chico lloraba cada vez con más fuerza.

—Perdón, veo que tienen un problemita —dijo Mendizábal, y se sintió un perfecto estúpido aun antes de pronunciar la última palabra. Pero se rehízo y preguntó—: ¿Puedo ayudarlos?

Entonces ella lo miró. Sus ojos eran también oscuros, pero mucho más que sus cabellos, y decididamente hermosos. Así, al menos, los vio Mendizábal esa tarde, mientras el barrilete seguía enganchado allí en lo alto, y el chico no paraba de llorar.

—Sí, por favor —contestó ella—. Porque no creo que yo pueda. —Y moviendo la cabeza con pesadumbre, agregó—: Qué cosa, ya sabía que iba a pasar esto.

Hubo angustia en su voz. Pero también algo más: una especie de desmesura. Porque un barrilete inocentemente enredado en la copa de un árbol no alcanzaba para justificar tanta tristeza. Existían, sin duda, otros motivos por los cuales todo hecho, aun el más trivial, era asumido por ella con gravedad y hasta con dramatismo.

—No se preocupe —le dijo Mendizábal—. Quédese tranquila. Algún arreglo tendrá esto.

Ella no contestó: ahora miraba hacia lo alto y le brillaban los ojos. Mendizábal se acercó a Sergio, quien había vuelto a agarrar el hilo y daba violentos tirones, como si no solamente quisiera desenganchar el barrilete sino también, en venganza, derribar el árbol. Había reemplazado, bruscamente, el llanto por la furia.

—No vas a conseguir nada así —le dijo Mendizábal, con tono amistoso—. Al contrario. Se va a romper el hilo.

Sergio, como si no lo hubiese escuchado, dio un último y empecinado tirón. Algunas ramas del árbol se sacudieron con violencia, pero el barrilete siguió allí, impávido. Mendizábal esperó. Sergio suspiró con enojo pero también con resignación. Entonces arrojó contra el césped el ovillo del hilo y miró a Mendizábal.

—¿Vos sabés algo de barriletes? —preguntó.

A Mendizábal le sorprendió que lo tuteara. Pero (alcanzó a pensar) así debían ser las cosas ahora. Y recordó una frase que había escuchado a menudo: los pibes vienen cada vez más vivos. Entonces: atención, a manejarse con cuidado. Además —no olvidarlo—, Sergio era un instrumento fundamental para relacionarse con la mujer. Dijo:

—Todo el mundo sabe algo de barriletes. No debe haber una persona que no haya hecho uno alguna vez.

Sergio chasqueó la lengua, seguía enojado.

—Entonces cada vez los hacen peor. —Señaló, con desgano, hacia lo alto.— Mirá el mío, qué porquería. Sopló un poco de viento y se enganchó allí.

—Sí, ya veo —dijo Mendizábal—. Pero no te desanimés todavía. Quién te dice, por ahí lo sacamos.

Sergio, con repentino interés, lo miró a los ojos.

—¿Vos podés? —preguntó.

Mendizábal no respondió en seguida. Le sostuvo la mirada.

—¿Querés que haga la prueba? —preguntó después.

Sergio vaciló. Mendizábal aprovechó para observarlo con mayor atención: debía tener, seguramente, seis o siete años. Pero no era tan rubio como le había parecido al verlo desde lejos, sino que sus cabellos eran más bien castaños. Aunque sus ojos, eso sí, eran tan claros como los de Külpe. Las lágrimas secas, ahora,

formaban surcos en su rostro.

—Bueno —aceptó—. Pero aunque lo bajés vos, después me lo das, eh. Mirá que es mío.

—Pero Sergio —lo reprendió la mujer, acercándose—, ¿no ves que el señor te quiere ayudar?

A Mendizábal le gustó que dijera eso, que él quería ayudar. La sintió más cercana, menos encerrada en sí misma. Pensó: todo está saliendo bien.

—Bueno —dijo Sergio mientras levantaba el ovillo y se lo entregaba a Mendizábal—. Pero mirá que les prometí a los chicos de la escuela llevarles el barrilete. Se van a enojar si no se los llevo.

—Está bien —dijo Mendizábal—. Dejame probar. Voy a hacer todo lo que pueda.

Tiró del hilo hacia abajo, y después, violentamente, hacia arriba. El barrilete tambaleó.

—¡Se movió! —gritó Sergio—. ¡Se movió!

Mendizábal dedujo que con una sola vez que repitiera esa operación lograría liberar el barrilete. Existían, sin embargo, varios riesgos. Que se cortara el hilo, por ejemplo, pues el segundo tirón debía ser más violento. O que se quebraran las cañas. O que alguna de las ramas del árbol destrozara el papel.

—Tenga cuidado —la escuchó decir a ella—. Sería una lástima perderlo ahora. Ya casi está por caer.

Lo dijo con temor. Como si algo muy importante se decidiera para ella en ese momento. O como si, saturada de desdichas, ya no pudiese soportar una sola más, por mínima que fuese.

—Dale, vamos —dijo Sergio, apremiante—. Un tirón más y listo.

—Esperá, esperá —lo calmó Mendizábal—. Hay que tener cuidado. Ya escuchaste lo que dijo tu mamá.

Comenzaba, además, a disfrutar de la situación. Sabía que podía bajar ese barrilete en cualquier momento, pues ya había descubierto la manera de hacerlo, pero sabía también que, apenas lo hiciese, le iba a ser difícil seguir concentrando sobre él esa atención esperanzada y total que la mujer y el chico le consagraban ahora.

—Menos mal que el hilo es bastante fuerte —dijo—. Eso ayuda mucho. Vamos a ver. Me parece que con dos buenos tirones más lo bajamos.

Repitió entonces la maniobra anterior: un tirón hacia abajo y otro, más violento, hacia arriba. El barrilete cabeceó primero, se irguió casi con fiereza después, y por fin, mágicamente, comenzó a deslizarse por el aire, en libertad, hacia la tierra.

—¡Ya está! —gritó Sergio—. ¡Ya está! ¡Voy a agarrarlo!

Y corrió en dirección del barrilete, con los brazos en alto, alborozado. Una angustia imprevista sacudió a Mendizábal. Se sintió débil, desprotegido: no solamente acababa de perder su privilegiada condición de único salvador posible del barrilete, sino que también Sergio lo abandonaba. Ahora, nada ni nadie se interponía entre él y la mujer. La miró, como quien decide enfrentar su destino.

—Bueno, salió bien —consiguió decir.

Ella sonrió, asintiendo con la cabeza. Pero no se la veía contenta. Había conseguido, en todo caso, ahuyentar una desgracia, una más, pero sólo eso. No obstante, con una voz serena, casi tersa, despojada por completo de dramaticidad o angustia, dijo:

—Muchas gracias. No sabe cuánto le agradezco lo que hizo.

Mendizábal, sin embargo, la escuchó apenas. Con fascinación, con temor, con asombro, había vuelto a tomar conciencia de un hecho absoluto: *ella era la mujer de Külpe*. Esa boca grande, cálida y carnal, que él estaba mirando ahora, habría sido besada o mordida infinitas veces por Külpe. Esas manos, que él ahora —en un acto quizás insensato pero posible— podía tomar entre las suyas, habrían recorrido incansablemente, con avidez y sin duda con impudicia, el cuerpo de Külpe. Esa voz, que él acababa de escuchar, era la misma que habría expresado a Külpe, innumerables veces también, sentimientos de amor, de odio o venganza.

En ese exacto momento, estremecido, comprendió que en cada cosa de ella que él pudiera recibir, por ínfima que fuese, habría algo de Külpe.

Ella permaneció en silencio, observándolo, como si esperara alguna respuesta. Pero fue inútil. Había, en ese instante, demasiada confusión en Mendizábal como para que pudiera decir algo. Lo intentó, pero apenas si alcanzó a separar los labios: no tenía palabras dentro, sólo un indescifrable torbellino de ideas y sensaciones. En algún remoto lugar de su mente, una voz secreta, obstinada, repetía: *ella es la mujer de Külpe, ella es la mujer de Külpe*.

La vio girar lentamente y caminar hacia donde había abandonado su tejido. La vio sacudir el pulóver, extenderlo nuevamente sobre el césped, y volver a sentarse allí, exactamente como al principio, sobre sus rodillas. Un malestar lo dominó. Con furia por su torpeza o su impotencia, con desesperación incluso, se dijo que la estaba perdiendo, que estaba desaprovechando estúpidamente la suerte que había tenido.

Ahora había quedado solo, indeciso, absurdamente lejos de ella y de Sergio. ¿Qué hacer? Podía, por ejemplo, acercársele, juntar coraje y sentarse a su lado, decir algo, cualquier frase ingeniosa o amable. Pero ¿cuál?

Entonces escuchó la voz de Sergio.

—¿Te gusta?

Estaba casi junto a él. Sonreía y le mostraba el barrilete.

—Sí, es lindo —contestó mientras sentía que todo recomenzaba—. Tiene lindos colores.

—Lo que pasa es que aquí hay muchos árboles —dijo Sergio—. Tendrían que cortarlos a todos. Cuando yo sea presidente voy a hacer eso.

Mendizábal sonrió. Dijo:

—Mirá, igual el problema se puede arreglar sin necesidad de cortar los árboles.

—¿Cómo?

—Muy fácil: haciendo mejor los barriletes. Este tuyo, por ejemplo. A ver, dámelo. ¿No ves? Es muy flojo, está hecho con maderitas en lugar de cañas. Fijate, si aquí tuviera cañas de verdad, cañas fuertes, bien sólidas, ibas a ver cómo el viento no lo bamboleaba para cualquier parte.

—Entonces vos sabés *mucho* de barriletes.

—Bastante, lo que pasa es que cuando yo era chico como vos los barriletes no se compraban. Porque éste te lo compraron, ¿no es cierto?

—Sí.

—Claro, te das cuenta. Por eso es así, medio flojo, y el viento lo lleva contra los árboles y al final se engancha. Los que yo me hacía, en cambio, cuando era pibe, tenían cañas bien gruesas, y el papel era también más fuerte.

—¿Y remontaban igual? ¿No eran muy pesados?

—No, yo los calculaba bien. Tenían el peso justo.

Quedaron un instante en silencio. Sergio parecía estar tratando de descubrir lo que realmente quería. Preguntó:

—¿Y vos todavía te acordás de hacer esos barriletes de cuando eras chico?

—Claro que me acuerdo. De esas cosas uno no se olvida nunca.

—¿Y las cañas de verdad? ¿Dónde las comprás?

—En ningún lado. Todavía tengo muchas en mi casa.

Sergio vaciló un segundo. Luego preguntó:

—¿Y si vos me hacés un barrilete de esos de antes y yo te regalo éste?

—Bueno. Pero no hace falta que me regalés el tuyo. Yo te lo hago igual.

—¿En serio?

—Te lo juro.

Sergio lo miró con los ojos muy abiertos y brillantes, como si en ese exacto momento, allí, en las Barrancas, acabara de encontrar a Santa Claus. Comenzó

entonces a correr hacia donde estaba la mujer, abandonando el barrilete junto a Mendizábal. Ella levantó los ojos del tejido apenas lo sintió llegar. El sol le iluminó la cara. Mendizábal no podía escucharlos, pero por los gestos entusiastas de Sergio dedujo que le estaba contando la conversación que acababan de sostener.

De pronto, Sergio se apartó de la mujer y comenzó a correr hacia él.

—Vení —le dijo—. Tenés que contarle a mamá lo que me prometiste del barrilete. Vamos.

Lo tomó de la mano y comenzó, entre risas, a tironearlo. Mendizábal se dejó llevar.

—Pero Sergio —dijo la mujer cuando estuvieron cerca—, no seas cargoso con el señor. Ya bastante se molestó por nosotros.

Sergio no la escuchó, seguía en lo suyo. Mirando a Mendizábal dijo:

—Contále a mi mamá lo que dijiste. Lo del barrilete con cañas de verdad y todo eso, dale. —Giró repentinamente enfrentando a la mujer y dijo:— Porque *él* me quiere hacer el barrilete, mami. Yo no se lo pedí, él me lo quiere hacer para mí porque tiene ganas. ¿No es cierto?

Mendizábal se sintió incómodo, casi desenmascarado. Dijo:

—Bueno, lo que pasa es que ese barrilete que él tiene no está muy bien hecho. Por eso se engancha en los árboles.

—Él sabe hacer barriletes mejores que éste —explicó Sergio a la mujer—. Que no se enganchan nunca. —Volvió a mirar a Mendizábal:— ¿No es cierto?

—Nunca, nunca, no sé, no te lo puedo asegurar —contestó él—. Pero son más fuertes, ya te dije, y el viento no los arrastra tan fácil.

—Mirá, Sergio —intervino entonces ella—, de todos modos me parece que ya le dimos bastante trabajo al señor. Y además es hora de irnos. Así que andá calmándote un poco y buscá tus cosas.

Hubo afecto pero también decisión en su voz. Y fue entonces cuando Mendizábal descubrió que ella no estaba tan abierta, ni tan especialmente dispuesta como él lo había pensado, o quizá deseado. Se preguntó, no obstante, si no sería culpa de él, si no habría sido él, con alguna actitud velada o evidente, quien le había hecho sentir que el chico lo molestaba. Sin embargo, no. *Era ella quien quería que no la molestaran, que la dejaran tranquila, abandonada a su dolor.* Permanecería entonces así, casi ajena al mundo, rechazando toda posibilidad que pudiera ligarla a una historia que no fuera la suya.

Sí, iban a ser difíciles las cosas con esa mujer.

—Pero, mami... —había comenzado a decir Sergio.

—Por favor, haceme caso —insistió ella, firme—. Por de pronto, si tanto te gustan los barriletes, empezá por cuidar el que ya tenés, que lo dejaste allí tirado.

Así que andá a buscarlo que tenemos que almorzar.

—¿Voy a poder llevarlo a la escuela? —preguntó Sergio, ya en retirada y bastante apenado.

—Sabés muy bien que no. La maestra no quiere.

—Pero yo le prometí a mis compañeros.

—Hiciste mal. Vos sabías que no podías. —Se puso de pie, hundió el tejido en su cartera y dijo:— Bueno, vamos, no me hagas renegar. Buscá tus cosas que es tarde.

—Pero él no se va, eh —se rearmó nuevamente Sergio tomando a Mendizábal de un brazo—. Porque yo quiero tener un barrilete nuevo como los hace él. Si no lo dejás que me haga uno no voy a la escuela.

—No digas eso, Sergio —creyó necesario intervenir Mendizábal. Y dirigiéndose a ella, agregó—: Perdónelo, la culpa es mía por haberlo entusiasmado tanto.

—Lo que pasa... —comenzó a decir ella.

—Está bien —la interrumpió Sergio—, yo te hago caso. Pero vos lo tenés que dejar a él que me haga un barrilete.

—De acuerdo —asintió ella, fatigada—, ahora empezá por buscar tus cosas. Se hace tarde.

—Bueno —aceptó Sergio. Y volviéndose hacia Mendizábal—: No te vayas, eh. Esperame que ya vuelvo.

Se alejó corriendo. Mendizábal calculó que demoraría no menos de diez minutos en volver, pues aún quedaba mucho hilo por ovillar. Todavía lo escuchó decir:

—¡Voy a tomar agua, mami!

—¡Apurate! —insistió ella.

Quedaron solos. Ella levantó el pulóver sobre el que había estado sentada y lo sacudió con fuerza. Después se lo puso. Estaba tranquila, como si no le incomodara en absoluto el hecho de estar sola con él. Su tristeza, además, le otorgaba un permanente aire de ausencia o lejanía, que ahora obligaba a Mendizábal a preguntarse si estaba realmente allí junto a él, o en algún otro lugar, inaccesible y misterioso.

Nuevamente, sintiendo la patética escasez del tiempo con que contaba, trató de encontrar alguna frase que despertara su interés, o al menos, que permitiera el surgimiento de un diálogo. No se le ocurrió ninguna. Finalmente, con torpeza y casi con vergüenza, preguntó:

—¿Quiere un cigarrillo?

—No —contestó ella—, gracias.



Él encendió uno. Juntó coraje y preguntó:

—¿Vienen a menudo aquí?

Ella vaciló. Después dijo:

—Sí, es un buen lugar para que Sergio tome algo de sol. —Hizo una pausa.

Agregó:— Además, como vivimos cerca, nos resulta cómodo venir.

—Claro —asintió él.

Volvieron a quedar en silencio. Sergio había terminado de tomar agua y ahora comenzaba a ovillar el hilo. Mendizábal dijo:

—No sé si estuvo bien lo que le dije a su chico del barrilete.

—¿Cuándo? —preguntó ella con súbito interés, girando la cabeza y mirándolo.

—Cuando nos quedamos solos.

—No sé, ¿qué fue lo que le dijo?

—Bueno, lo que él le contó después a usted, nada más. Que le iba a hacer uno nuevo, más fuerte, con cañas de verdad.

—Ah, sí. —Se encogió de hombros.— No veo por qué tiene que estar mal eso. Usted quiso ayudarlo y él ahora está contento. Eso es lo que importa.

—Sí, es cierto. Pero no me gustaría estar haciendo algo que no me corresponde.

Ella volvió a mirarlo intrigada.

—No sé a qué se refiere.

—A nada en especial. Pero pienso que quizá usted prefiera que el chico haga esas cosas con el padre, y no con un desconocido como yo, un caído del cielo.

Ya estaba, ahora había que esperar. De todos modos, había conseguido finalmente captar su atención; era algo. Ella llenó de aire sus pulmones y dijo:

—No se preocupe por eso. No tiene padre.

Él la miró sorprendido: *no podía creer lo que estaba escuchando*. Ella, como obligada, agregó:

—Murió hace dos años, en un accidente. —Con repentino malestar, como queriendo escapar de algún viejo fantasma que aún la atormentaba, dio varios pasos en dirección del chico y gritó:— ¡Vamos, Sergio! ¡Se hace tarde! Terminá de una vez.

Mendizábal se le acercó.

—Discúlpeme —dijo—. No tenía intención de traerle malos recuerdos.

—No tiene por qué disculparse —contestó ella—. Es algo viejo, ya casi

olvidado.

Permanecieron en silencio esperando la llegada de Sergio. De cualquier modo, Mendizábal no hubiera podido decir nada en ese momento: un infernal aluvión de conjeturas comenzaba a crecer en su cabeza.

Finalmente llegó Sergio.

—¿No ves, mami? —dijo mostrando el barrilete—. Este barrilete no sirve. Está hecho con maderitas en lugar de cañas de verdad. Por eso tenés razón, mejor no lo llevo a la escuela. Se van a reír de mí si lo muestro.

—No seas exagerado, Sergio —dijo ella, sonriendo levemente ahora—. No es tan feo ese barrilete. Cuando lo compramos te gustaba mucho.

—Sí, pero mirá lo que pasó hoy. ¿Y si otra vez no está él cuando se engancha en un árbol? —argumentó señalando a Mendizábal—. ¿Qué vamos a hacer?

—Es verdad —dijo ella—, el señor nos hizo un gran favor.

Sergio tomó de un brazo a Mendizábal.

—¿Cuándo hacemos el barrilete? —le preguntó—. ¿Querés que lo hagamos en mi casa?

Mendizábal enrojeció. El chico iba más allá de lo que él deseaba.

—Bueno —dijo—, no sé. Primero tengo que buscar las cañas, y comprar el papel también.

—Sergio —dijo ella, algo incómoda ahora—, el señor no está a tu disposición. Seguramente tiene sus cosas que hacer. Así que dejá de molestarlo.

—Está bien, no me molesta —dijo Mendizábal, comprensivo—. Le repito que la culpa es mía. Lo debo haber entusiasmado más de la cuenta.

—¿Vos vas a volver por aquí? —preguntó Sergio.

—Casi seguro.

—Bueno, entonces nos podemos ver de nuevo y hacemos el barrilete juntos —propuso Sergio con legítimo entusiasmo—. Así yo aprendo. ¿Qué te parece?

Mendizábal vaciló. Pero inmediatamente, con absoluta intención, miró a la mujer y dijo:

—No sé si tu mamá estará de acuerdo.

Ella le devolvió la mirada. Hubo un destello fugaz pero intenso en sus ojos. Como si acabara de descubrir todo el juego de Mendizábal, o estuviera a punto de hacerlo. O quizá algo más leve, pero no menos revelador: la incómoda sensación de haber caído en una trampa.

—¿Y, mami? —la apuró Sergio—. ¿Qué decís?

—No sé, Sergio. ¿Vos tenés muchas ganas de tener un nuevo barrilete?

—Sí, sí. Como los que hace él. ¿Cuándo vamos a volver aquí, mami?

—Bueno —dijo ella, resignada—, el domingo siempre venimos, ya lo sabés.  
—Entonces, casi desafiante, miró a Mendizábal:— Venimos después de la siesta. A esa hora nos va a encontrar.

—¡Bien! —exclamó Sergio—. Gracias, mami.

—Ahora vamos, Sergio —insistió ella—. Es muy tarde ya.

Lo tomó por un brazo.

—Esperá un poco —dijo el chico, zafándose y mirando a Mendizábal para decirle:— ¿Vas a venir, no es cierto? Mirá que te espero.

—Voy a venir. Quedate tranquilo.

Ella volvió a tomarlo por un brazo. Sergio, sin embargo, preguntó:

—¿Cómo te llamás?

—Raúl —dijo Mendizábal.

—Yo me llamo Sergio.

—Ya lo sabía.

—Vamos, Sergio, ¿querés? —dijo ella.

—Y mamá se llama Amanda. Chau, hasta el domingo.

Ella lo miró.

—Buenas tardes —dijo.

—Buenas tardes —dijo él.

Fueron caminando hasta Juramento, y allí doblaron en dirección a Cabildo. Mendizábal los observó hasta que no los vio más.

—Amanda —dijo entonces, pensativo, susurrando casi.

Decidió almorzar en el *Strómboli*.

Como un autómatas, se ubicó en una mesa, llamó al mozo y pidió un bife con puré y una botella de vino tinto. Encendió un cigarrillo. Había demasiada confusión en su cabeza. Esperó la comida, reposando. Después, comió con deliberada lentitud, masticando con esmero, aplicadamente. De tanto en tanto, fijaba su mirada, durante largos minutos, en objetos intrascendentes: un salero, una cuchara de postre, el cartel de Coca-Cola, las agujas del reloj. Quería mantener en blanco su mente el mayor tiempo posible, pues recién iba a poder pensar cuando se aquietara el torbellino de ideas que lo acosaba.

Pidió un café. Fumó otro cigarrillo. Volvió a fijar su atención en objetos triviales, anodinos: los círculos celestes de las cortinas de la ventana, los dientes

blancos y grandes de la chica del afiche de Cinzano, el lápiz negro que sobresalía del bolsillo de algún mozo. Tomó el café que le sirvieron y apagó el cigarrillo. Entonces, recién entonces, se sintió capaz de reflexionar sobre lo que había ocurrido.

Sería necesario ir por orden, cuidadosamente. *Eran demasiadas las cosas que se habían alterado.* Tomó una servilleta de papel, la colocó sobre la mesa y sacó una lapicera. Trazó una pequeña cruz y escribió a su lado:

SPECIAL\_IMAGE-i1-REPLACE\_ME

Se preguntó si era así como había esperado que se llamase. Descubrió entonces que, inexplicablemente, nunca se había detenido en esta cuestión. Para él, ella había sido siempre *la mujer de las Barrancas*. Ahora tenía un nombre.

Pero no, qué estupidez. No era esto lo que importaba. Podría haberse llamado Ana, Carmen, Julia, o cualquier otra cosa. No valía la pena detenerse en esta cuestión. Habían surgido elementos más significativos, más profundos.

Su manera de ser, por ejemplo. O al menos, *la actitud con que ella se había mostrado*. Su desmesura, toda la carga de angustia y desesperación con que había asumido el episodio del barrilete, ¿provenía únicamente de sus desacuerdos con Külpe? Y en caso de ser así, ¿por qué su desdicha no la había impulsado —tal como él lo esperaba— a estar abierta frente a los otros, a desear una compañía, alguien que aceptara escuchar su historia, aconsejarla o aliviarla?

Había ocurrido todo lo contrario: ella estaba cerrada, aceptando o deseando vivir sólo la opacidad de su propia tristeza. Y más aún: era como si desconfiara de todo posible encuentro, de toda novedad, de cualquier hecho —por mínimo que fuese— que pudiera apartarla de la situación en que se encontraba.

Las cosas, de este modo, se dificultaban enormemente. ¿Cómo quebrar la sombría fortaleza que esa mujer había construido a su alrededor? Algo había conseguido hoy a través del chico. Pero era un arma ya agotada. El domingo habría que emplear alguna nueva e impensada estrategia. Quizá más directa, quizá no. Era muy difícil resolverlo ahora.

Además, no sólo la actitud de ella, sino los hechos, los elementos concretos de la historia se habían alterado. Primero: Külpe no era el padre de Sergio. Y era evidente: los cabellos del chico no eran tan rubios como le habían parecido las primeras veces. No eran, en realidad, rubios en modo alguno, sino absolutamente castaños. Sus ojos, es cierto, eran grises, ¿pero los seguiría viendo así la próxima vez que los mirase, sabiendo ya que no eran los ojos del hijo de Külpe?

Segundo: *si Külpe no era el padre de Sergio, tampoco era el esposo de Amanda.* Aunque atención: esto no era así *necesariamente*. Bien podría haber ocurrido que,

después de la muerte de su primer marido, Amanda se hubiese casado, efectivamente, con Külpe. A quien hubiera podido conocer antes o después del fatal accidente que había hecho de ella una viuda. Pero claro: éstas no eran más que conjeturas. Había, sin embargo, un hecho incuestionable: *la aparición de un nuevo personaje*.

Trazó una segunda cruz en la servilleta y escribió:

SPECIAL\_IMAGE-i2-REPLACE\_ME

Vaciló un segundo. Después agregó dos palabras:

SPECIAL\_IMAGE-i3-REPLACE\_ME

Había algo, sin embargo, que debilitaba la hipótesis del casamiento entre Amanda y Külpe. Ella había dicho, con total convicción, *no tiene padre*. ¿Era legítimo decir algo así (o al menos: decirlo con tal firmeza) en caso de que Külpe fuese su esposo? ¿No hubiera sido más lógica una ligera vacilación, una respuesta dudosa, o *aun afirmativa*? Porque, en fin de cuentas, si Külpe era su actual esposo, entonces Sergio *tenía* un padre, o en todo caso alguien que ocupaba ese lugar. Sin embargo, no. La respuesta de ella había sido terminante e inmediata: *no tiene padre*. Era aventurado suponer, en consecuencia, que estuviesen realmente casados.

El padre de Sergio, entonces, continuaba siendo, absolutamente, el otro, el verdadero, el que había muerto dos años atrás en un accidente. Nadie había conseguido reemplazarlo. Muerto él, Sergio —tal como lo había afirmado Amanda— *no tenía padre*. Así era de enorme todavía su presencia casi tangible, su poder. Debió haber sido, sin duda, un hombre notable. Habría que averiguar las causas y circunstancias del accidente que le arrebató la vida.

Trazó una tercera cruz y, junto a ella, escribió:

SPECIAL\_IMAGE-i4-REPLACE\_ME

Después indicó, mediante dos flechas, que esta tercera cruz resultaba de las dos anteriores:

## SPECIAL\_IMAGE-i5-REPLACE\_ME

El chico parecía bastante normal, como si la trágica historia que se había ido enmarañando a su alrededor (muerte del padre, situación anímica de la madre, aparición de un nuevo hombre), no hubiese alcanzado a contaminarlo. Habría tenido cinco años (si es que realmente ahora tenía siete) al morir su padre: *seguramente lo recordaría bien*. Iba a ser imprescindible entonces preguntarle por él, atrapar en sus recuerdos más lejanos, más oscuros, algo de aquel hombre todavía vigente.

La relación entre Sergio y Külpe. Sí, era buena. Se los veía bien juntos, el chico se mostraba alegre, libre con él. Y él, a su vez, lo trataba con afecto, *como si fuera su hijo*. Pero no lo era. El padre de Sergio había muerto, y Külpe —al menos momentáneamente— vivía.

De la cruz junto a la cual había escrito *Amanda* hizo salir, hacia arriba, una flecha a cuyo final trazó una nueva cruz y escribió:

## SPECIAL\_IMAGE-i6-REPLACE\_ME

Ahora era posible entender por qué no tenía en su dormitorio una foto de Amanda o de Sergio: ni ella era su mujer ni él era su hijo. Aunque, pensándolo mejor, tampoco esto justificaba ese hecho: fuese o no Külpe el esposo de la mujer o el padre del chico, lo cierto es que estaba atado a ellos por sentimientos profundos, apasionados. Por mucho menos ponen otros en su dormitorio, en su oficina, o en cualquier otra parte, la foto de alguien. Debía haber algo más que lo impedía. Seguramente Cecilia. ¿Sería ella su esposa entonces? La hipótesis sonaba ahora más real, más sensata. Pero no, tampoco. Por empezar: no vivían juntos. Ni siquiera ella iba todos los días a su departamento. Además: había *demasiada* pasión entre ellos, carecían por completo de ese tinte gris, convencional, que adquieren las parejas —aun los más jóvenes y ardientes— cuando están casadas. La de Külpe y Cecilia era, definitivamente, una relación de amantes.

¿Qué había entonces entre Külpe y Amanda? Era increíble cómo con solamente dos frases (*No tiene padre. Murió hace dos años*), ella había destrozado todas las conjeturas que había sido posible forjar en torno a su relación con ese hombre. No discutían, entonces, porque él la había abandonado, ni porque no cumplía con su papel de padre, ni porque le pasaba poco dinero, ni porque tenía una amante. *Habría que imaginar otra historia, porque —indudablemente— era otra la relación que los unía*. Pero ¿cuál?

Sin embargo, atención. Había hechos que sería peligroso olvidar, y que, por

sí solos, comenzaban a delinear una historia. Primero: él le pasaba dinero. Y nunca conviene trivializar una situación de este tipo entre un hombre y una mujer. Él se hacía cargo —total o parcialmente, era imposible saberlo por el momento— de la situación económica de ella. Es decir, que si bien no era su esposo, al menos cumplía con una de las funciones —y no la menos esencial— que ese papel requiere. Segundo: su relación con Sergio estaba llena de calidez, de cariño. Es decir, que si bien no era su padre, se comportaba como si lo fuera. Y finalmente, si bien sus discusiones con Amanda eran agrias e incluso —a veces— violentas, también ocurría que podían mirarse a los ojos, tomarse las manos, y hasta besarse con moderada pero creciente pasión.

Sería necesario, entonces, no olvidar ninguno de estos hechos, pues cualquiera fuese la historia que Külpe y Amanda estaban construyendo, ellos formaban parte esencial de la misma.

Pero claro, faltaba algo. Justamente la ligazón, lo que subyacía a todos estos hechos, la sustancia secreta que les daba orden y sentido. En algún lado debía estar. Quizá en esas discusiones amargas, intensas, que Külpe y Amanda sostenían en las Barrancas. ¿Qué era lo que se interponía entre ellos? O también: ¿qué era lo que los unía con tanto poder como para obligarlos a verse todos los días, en el mismo lugar, a la misma hora, para enfrentarse y herirse, casi siempre, hasta la desesperanza? Algo muy grande —*un hecho horrendo*— debía existir entre ellos. Porque sólo el horror puede unir y separar hasta tal punto a dos personas.

Observó nuevamente la servilleta de papel, las palabras escritas allí. Observó la segunda de las cruces que había trazado, la que señalaba la aparición del nuevo personaje de la historia:

SPECIAL\_IMAGE-i7-REPLACE\_ME

Tachó la palabra *accidente* y, encima de ella, escribió: *asesinato*.

SPECIAL\_IMAGE-i8-REPLACE\_ME

No había otra explicación. La idea, obsesivamente, había ido creciendo en él desde el momento mismo en que Amanda pronunció, curiosamente unidas, las palabras *accidente* y *muerte*. *El asesinato del padre de Sergio, planeado con monstruosa minuciosidad por Amanda y Külpe, y ejecutado por alguno de los dos, o por los dos a la vez, era la clave que permitía entender la relación atroz que unía a estos dos seres*. Quizá, es cierto, era una idea descabellada. Pero si lo era, ¿cómo explicar lo que realmente

surgía de las discusiones entre Külpe y Amanda en las Barrancas? Porque si él no era el padre de Sergio y —no obstante— lo trataba con cariño, y si él no era el marido de ella y —no obstante— le entregaba dinero, ¿dónde estaba la falta, la culpa, el hecho único y terrible que los llevaba a enfrentarse de tal modo, a herirse, a recriminarse? Sobre todo a recriminarse. Debía existir, entonces, algo más. Algo secreto y definitivo. Un crimen.

Por otra parte, ¿no sería este crimen el que él ahora, a través de este trabajo, estaba destinado a vengar? Porque no era insensato suponer que el padre de Sergio hubiese tenido alguna vinculación con el hombre importante, quien una vez enterado de la identidad de su asesino, habría decidido encomendar su ejecución. ¿Sería Amanda, entonces, la próxima persona que tendría que matar?

Se dijo (aunque más por concederle algo a la medida que por verdadera convicción) que quizá estuviese exagerando. Que no tenía ninguna prueba de que las cosas fuesen efectivamente así. Pero había algo en él que le decía lo contrario: que las pruebas estaban, que sólo era cuestión de descubrirlas. ¿No era acaso una prueba que Amanda y Külpe se encontraran en las Barrancas, como dos perseguidos que se esconden en los lugares públicos? ¿O que vivieran separados, esperando que pasara el tiempo —que su delito se olvidase— para después volver a unirse? ¿O que Külpe fuese un condenado a muerte, alguien que —sin duda— algo habría hecho para tener los días contados? Sí, las pruebas estaban. Pero era necesario partir del hecho que permitiera descubrirlas y explicarlas. Y este hecho sólo podía ser el asesinato del padre de Sergio. No había otra posibilidad.

De todos modos, habría que tener cautela. *Porque todo podía volver a cambiar nuevamente.* Era muy poco lo que había conseguido hablar con Amanda, los secretos que había podido arrancarle. Seguramente faltaban datos, y sería insensato dejar de concederles la posibilidad de variar la historia, o aun de trastrocarla por completo una vez más. El domingo, entonces, bajo el sol de las Barrancas, entre el barrilete y las impaciencias de Sergio, *todo recomenzaría.*

Se detuvo. Respiró profundamente. Estaba cansado y comenzaba a dolerle la cabeza. Miró, por última vez, lo que había escrito en la servilleta:

SPECIAL\_IMAGE-i9-REPLACE\_ME

Dobló, cuidadosamente, la servilleta y la guardó en un bolsillo interior de su saco. Llamó al mozo y pagó la cuenta. Miró la hora: eran las cuatro menos cuarto. ¿Tanto tiempo había permanecido allí? Lentamente, fue caminando hasta donde estaba su coche. Volvía a hacer calor. Abrió el cuello de su camisa y se aflojó la corbata. Pensó: esta noche llueve otra vez.

Cuando llegó al residencial, la señora Garland, alterada, lo abordó en la



recepción.

—Señor Mendizábal —dijo—. Señor Mendizábal, no pude evitarlo, realmente, le pido mil disculpas.

Preguntó qué pasaba.

—Hay un hombre en su habitación —dijo ella—. Habrá llegado hace una hora más o menos y preguntó por usted. —Mendizábal, tenso, comenzó a dirigirse hacia la escalera. La señora Garland lo siguió mientras continuaba hablando:— Le dije que usted no estaba, que podía esperarlo aquí, en la recepción. Pero no me hizo caso. Averiguó en el registro el número de su habitación y tomó la llave sin pedir permiso. Ahora está arriba, esperándolo. Yo, le juro, no sabía qué hacer. Nunca le permito a nadie entrar en la habitación de un pensionista que no está. Para esperar, está la recepción. Pero con este hombre fue inútil, no hubo modo de detenerlo. —Mendizábal, todavía en silencio, había comenzado a subir la escalera. La señora Garland continuaba:— Así que decidí esperar a que usted volviera. No sé si hice bien o mal, pero le aseguro que no podía hacer otra cosa.

—No se preocupe, señora —dijo entonces Mendizábal—. Es un amigo mío, nada más. Le pido que lo disculpe.

Terminó de subir la escalera, abrió la puerta y entró en la habitación. Sentado en el borde de la cama, mirando varias fotografías de Külpe que había colocado sobre el piso, estaba Peña.

—Cierre la puerta, Mendizábal —dijo. Y después, con infinita socarronería, agregó:— Y déjeme que lo felicite. Sabía que era buen fotógrafo, pero no tanto.

Cerró la puerta.

Peña lo miraba sonriente y desafiante, como preguntándole si iba a atreverse a arriesgarlo todo reaccionando con violencia, armando un formidable batifondo en ese residencial para ciudadanos solitarios y pacíficos, o si, por el contrario, iba a aceptar con destenida mansedumbre que le tomaran el pelo de ese modo, como ahora lo estaba haciendo él, casi brutalmente.

Mendizábal agarró una silla, la hizo girar y se sentó a horcajadas apoyando los brazos en el respaldo. Dispuesto a aceptar la batalla, clavó en Peña una mirada lúcida y terca a la vez. Que quedara claro: no iba a caer en ninguna trampa, ninguna provocación le iba a obligar a hacer lo que no quería, pero tampoco nadie se iba a dar el lujo de sobrarlo como a un principiante. Dijo:

—La asustó a la vieja ahí abajo. No era necesario eso.

Peña titubeó un momento. Seguramente había esperado ganar más terreno sorprendiendo a Mendizábal con las fotos de Külpe desparramadas sobre el piso. Sin embargo, ahora lo escuchaba hablar de la vieja, defenderla, como si fuera eso lo más importante, como si no se sintiera desenmascarado, ultrajado por la brutal exhibición del que debía ser uno de sus secretos más íntimos. Se rehízo en seguida

y contestó:

—No quería dejarme subir su viejita. Es demasiado caprichosa. Y yo, para qué le voy a mentir, tenía ganas de esperarlo aquí: sabía que me iba a divertir con sus chiches.

Mendizábal no contestó. Quedaron enfrentados, silenciosos y alertas, sólo con las fotos de Külpe de por medio, separándolos. Finalmente, sacando un cigarrillo, dijo Mendizábal:

—Déme fuego.

Como quien dice *terminemos de joder*, así lo dijo. Peña, sin vacilar, se inclinó hacia él y le encendió el cigarrillo. Era como si los dos, con repentina lucidez, hubiesen advertido que no iban a conseguir nada agrediéndose, repitiendo entre la torpeza y el tedio las actitudes del encuentro anterior. Aunque, también lo sabían, iba a ser difícil: demasiadas cosas los separaban como para que pudieran relacionarse a través de otros sentimientos que no fueran el odio o el rencor.

Mendizábal, con voz monótona, dijo entonces:

—No tendría que haber sacado esas fotos de la valija. No tendría que haber matoneado a la vieja, y no tendría que haber entrado en este cuarto. Como ve, Peña, usted hace muchas cosas que no tendría que hacer. Y creo que yo voy a terminar por perder la paciencia.

Peña sonrió. Recién entonces advirtió Mendizábal que tenía unos dientes largos y salientes, manchados de nicotina, aunque no mucho. Llevaba un traje liviano y elegante, con una camisa blanca y una corbata de seda natural. Era evidente que, por algún insospechado motivo, había comenzado a esforzarse por vestir bien, y quizá estuviese a punto de conseguirlo. Sin sarcasmo esta vez, y con una firmeza que Mendizábal no dejó de percibir, dijo:

—Usted no puede saber las cosas que yo tengo que hacer, porque usted no está en mi pellejo, ni conoce mis órdenes. Al fin y al cabo, ¿qué sabe usted de mí? Lo que le dijo el patrón, claro. Que yo soy su contacto. —Sonrió con desprecio, como burlándose de tan pobre evidencia. Continuó:— Pero puede que haya cosas que no le dije, y que usted no sepa. Puede, por ejemplo, que además de ser su contacto, yo sea el tipo que tiene que *vigilarlo* a usted, seguirlo, informar si está haciendo las cosas bien o se está mandando algún estropicio. Qué le parece. Y si quiere que le hable más claro: puede que yo sea el tipo que tiene que controlar si usted le está siendo fiel a la organización o la está traicionando.

Se detuvo, encendió un cigarrillo y observó a Mendizábal como queriendo calibrar el efecto que sus palabras le habían producido. Mendizábal le entregó un rostro sereno, imperturbable. Sin embargo, una vaga sensación de peligro había ido creciendo en él mientras lo escuchaba hablar, no por lo que Peña decía ahora, sino por lo que había dicho antes, en el *Albor*, la primera vez que hablaron: cuídese, yo soy su enemigo, lo puedo matar. Era cierto, y convenía no olvidarlo: ese hombre era su enemigo, y ahora estaba al acecho, agazapado como una fiera rencorosa y letal,

esperando cualquier fracaso suyo para destruirlo.

—Por lo que veo —dijo Mendizábal—, aparte de hacer cosas que no tendría que hacer, usted también habla de más. —Le brillaron los ojos a Peña. Mendizábal continuó:— Porque fíjese que si usted fuera el tipo que me tiene que vigilar, sería muy boludo de su parte venir a decírmelo.

—No se apure tanto —lo atajó Peña, orgulloso y repentino—. Yo no le vine a decir nada de eso. Al contrario: si hay algo que quiero que se meta en la cabeza, es que usted de mí no sabe nada, y que por eso mismo no puede decir si hago cosas de más o de menos. ¿Está claro?

—No mucho. Pero podemos dejarlo así.

Peña quiso hablar, preguntarle qué significaba para él «dejarlo así», pero Mendizábal lo contuvo alzando apenas una mano y dijo:

—Aunque hay cosas que yo sé, Peña, y que las sé bien en serio. Le digo una: a mi nadie me vigila porque yo no estoy en ninguna organización, se da cuenta, ésa es la clave del asunto. Yo estoy afuera, yo soy mi propia organización, no le tengo que ser fiel a nadie. Cuando me contratan, cumplo y listo. Pero cumplo con el contrato, entienda bien, no con la organización. Así que no se gaste, porque le va a resultar difícil hacerme creer que le ordenaron que me vigile.

—De acuerdo —dijo abruptamente Peña—. Entonces dígame una cosa: si todo es como usted dice, ¿de qué la juego yo?

Mendizábal sonrió. Dijo:

—Eso es asunto suyo.

Peña apagó su cigarrillo en el cenicero de la mesa de luz. Debíó confesarse, con bastante bronca, que se había equivocado, que había embestido por el flanco más difícil a Mendizábal. Porque si había algo que éste tenía en claro y sabía defender bien, era, precisamente, su estilo de trabajo, su condición de profesional serio, solitario y reconocido. Habría que cambiar de táctica.

—¿Cómo son las cosas, no? —dijo entonces, levantándose de la cama y caminando algunos pasos por la habitación, con las manos en los bolsillos, como si reflexionara—. En este negocio uno se encuentra a cada rato con tipos llenos de miedo, que se pasan el día pensando que los vigilan o que tienen los minutos contados. Usted los conoce tan bien como yo. Son tipos duros, de coraje, pasadores de falopa, fierreros de profesión, contrabandistas, qué sé yo, hay de todo. Y todos tienen miedo, fíjese qué cosa. Viven con la cuarenticinco a mano, no sabe uno si para atacar, defenderse o volarse los sesos. En cambio, usted no. Usted entra a su pieza, se encuentra con un tipo como yo adentro —un tipo que, encima, le avisa que lo está siguiendo, vigilando— y ni siquiera se mosquea. «Yo estoy afuera», dice todavía, como si no viviera en este mundo, en peligro, como todos nosotros. Qué grande, che. Lo que no daría yo por ser así. En serio, no se engrane, no lo estoy cargando.

Mendizábal dio una última y prolongada pitada a su cigarrillo antes de apagarlo. No pensaba engranarse, ni tampoco interrumpir a Peña. Por el contrario, quería dejarlo hablar, así como ahora, paseándose por la habitación, mesurado y reflexivo, pues aún seguía sin descubrir para qué se le había metido en la pieza, y quería hacerlo cuanto antes. Lo escuchó seguir:

—Hay cosas tuyas, sin embargo, que no me las consigo explicar. Lo de las fotos, por ejemplo. Mire, cuando a veces me reúno con algunos compañeros y hablamos de usted (porque nosotros hablamos de usted, Mendizábal, y hasta hay algunos que lo admiran o le tienen envidia). Con los compañeros, le decía, nos reunimos a veces y comentamos su manera de trabajar. Y claro, en seguida sale lo de las fotos. Que para qué las saca, que si se está piantando, que si labura para la cana, yo qué sé, es algo que ninguno entiende.

Hizo una pausa. Mendizábal calculó que debía estar por llegar adonde quería.

—¿Y usted? —le preguntó.

—¿Yo, qué? —preguntó Peña.

—¿Usted lo entiende?

—¿Lo de las fotos?

—Sí, lo de las fotos.

Entonces, inesperadamente, Peña se largó a reír. Fue una risa seca, breve y violenta. Dejó de pasearse, sacó las manos de los bolsillos y las colocó en la cintura, con los brazos en jarra. Mirando fijamente a Mendizábal, mordiendo casi las palabras, dijo:

—Lo de las fotos es una mariconería, Mendizábal. Una manía de piantado o de viejo pajero, algo así. Y cuando le digo que no me lo consigo explicar, no es de las fotos que le estoy hablando, es de otro asunto. Es de usted. Porque lo que en serio no entiendo es cómo carajo un tipo como usted hace esas cosas. —Se detuvo, como si acabara de recordar algo especialmente revelador. En seguida dijo:— Un tipo como usted, Mendizábal, capaz de hacer un trabajo tan bien hecho como el amasijo de Morelli. ¿Se acuerda?

—Claro que me acuerdo —contestó secamente Mendizábal. Y añadió:— Si todavía la tengo en mi casa la foto de Morelli.

—¿Qué me quiere decir con eso? —preguntó Peña, decidido ahora a llegar hasta el fin—. ¿Que usted es el mismo cuando hace un laburo como el de Morelli que cuando saca esas fotos de mierda? No me haga reír. Mire, aunque usted ya no lo merece, le voy a confesar algo. —Volvió a caminar por la habitación, aunque algo agitado ahora. Encendió otro cigarrillo y dijo:— Hace cinco años ya de lo de Morelli, me acuerdo bien porque fue por esa época cuando entré a trabajar con el patrón. Era un principiante yo. Un bruto, si quiere. Un tipo que venía del frigorífico. Y era cierto: me gustaba matonear. Un día, sin embargo, me enteré de lo de Morelli.

Después me contaron que lo había hecho usted y también cómo lo había hecho. Y yo me caí de culo, Mendizábal. Y ese día, se lo juro, me prometí que alguna vez iba a ser como usted. Que alguna vez yo también me iba a mandar un laburo como el de Morelli.

Se detuvo. Durante un momento fijó obstinadamente la mirada en la punta encendida de su cigarrillo, como si alguna remota imagen pudiera surgir de allí. Después continuó:

—Y es que siempre son así las cosas. Siempre, al principio, uno quiere ser como otro. —Miró a Mendizábal y agregó:— Eso a mí me pasó con usted. Pero no se ponga contento porque duró poco. Después me enteré de lo demás, de sus vueltas, sus manías, de todo el tiempo que perdía en boludeces. Y de las fotos, sobre todo de las fotos. —Volvió a hacer una pausa aquí, como si buscara las palabras. Después dijo:— Porque, no sé, hay algo raro en eso de las fotos, algo de marica o de cana. Apenas me enteré le agarré bronca a usted, se me vino abajo.

—Espere un poco —lo frenó Mendizábal—, ustedes también sacan fotos. ¿O acaso no había una foto de este tipo en la ficha que me dieron? —preguntó señalando el rostro de Külpe sobre el piso.

—Sí —contestó Peña—, pero es otra cosa. Lo suyo es algo raro, algo de piantado.

Entonces, lentamente, volvió a sentarse en el borde de la cama, como al principio, y observó las fotos de Külpe. Estuvo así durante un instante. Cuando levantó la cabeza para mirar nuevamente a Mendizábal, una sonrisa de triunfo le atravesaba la cara.

—Yo que usted no hubiera hablado de este tipo —dijo, señalando con un leve movimiento de su mano las fotos de Külpe—. Pero, claro, se ve que no se puede aguantar. Porque a mí no me va a engrupir, Mendizábal. Esto es algo nuevo para usted. O se está preparando un laburo muy especial, superior al de Morelli todavía, o se volvió loco del todo.

Mendizábal no contestó. Con creciente malestar, advertía que Peña comenzaba a internarse en un terreno peligroso para él. Lo escuchó seguir:

—Mire esto, es increíble. Usted nunca le debe haber sacado tantas fotos a un tipo. —Sonrió divertido y dijo:— Y después se quiere comparar con nosotros. Nosotros le dimos una fotito de carnet, una mierdita que conseguimos por ahí. En cambio, mire lo que hizo usted —señaló nuevamente el piso—: fotos de la boca, de la nariz, de los ojos. De los ojos solamente hay como diez. En serio, Mendizábal, por curiosidad nomás, ¿qué tiene con este tipo? ¿Qué le picó?

—No es asunto suyo —dijo secamente Mendizábal.

Peña largó una carcajada directa y brutal. Había descubierto el flanco débil de su oponente. En seguida dijo:

—En esto le llevo ventaja, Mendizábal. Porque, fíjese, yo no necesito sacarle

fotos a este tipo para conocerlo. —Hizo una pausa, era como si disfrutara de la situación. Con deliberado cinismo, dijo:— Claro que, si me vienen ganas, puedo ser bueno con usted y ayudarlo. ¿Quiere que le diga quién es? ¿En qué anda? ¿Por qué queremos matarlo? En serio, digamé, ¿qué quiere saber?

Era difícil adivinar si los ojos de Mendizábal brillaban de indignación o de anhelo.

Peña apagó su cigarrillo y se mantuvo en silencio, esperando.

—No me importa lo que usted pueda saber de este tipo —dijo Mendizábal por fin—. De lo que haga falta averiguar, me encargo yo.

—¿Está seguro? —sonrió Peña—. ¿Por qué no lo piensa mejor? Puede serle más útil de lo que pensaba, mi visita.

Se debatía entre la bronca por el cinismo de Peña y esa sensación de ansiedad e impotencia que le producían todas las personas que sabían más cosas de Külpe que él. Nunca había imaginado, por otra parte, que Peña pudiese conocer a Külpe, o tener mayores datos sobre él al margen de los que hubiese obtenido por medio de la organización. Aunque claro: *con esto bastaba*. Era evidente que Peña, por su relación con el hombre importante, o a través de los archivos de la organización, debía conocer buena parte de la historia de Külpe, tanto de la presente como de la pasada. No ignoraría entonces, por ejemplo, si en ese pasado, Külpe, con la ayuda de Amanda, había asesinado o no al padre de Sergio. Como tampoco ignoraría si ahora él, Mendizábal, debía asesinar a Külpe para castigar ese crimen impune, o si Amanda, por el mismo motivo, debería ser fatalmente su próxima víctima. Quizá conociera también los lazos secretos que unían a Külpe con el hombre de bigotes y anteojos negros, los negocios indudablemente turbios que se debatían en la agencia de Prode y Lotería, o con mayor seguridad en el recinto neblinoso del *Annie Malone*, por los cuales, más que por su vieja complicación con la muerte del padre de Sergio, también podría haberse decidido el asesinato de Külpe.

Todo esto, sin duda, debía conocerlo Peña, que ahora seguía allí, sentado en el borde de la cama, esperando. Y no hacía falta más que *preguntarle* para saber toda la verdad.

Consiguió, sin embargo, dominarse, advertir a tiempo que estaba por caer en una trampa. Porque era evidente que Peña debería conocer muchas cosas. ¿Pero acaso se podía confiar en él? ¿No era, por el contrario, casi seguro que en caso de que cediera a la tentación de solicitarle datos, iba a entregarlos en forma caprichosa, retaceándolos o deformándolos, para conducirlo de este modo, tal como lo deseaba, al fracaso o, peor aún, al ridículo?

Se tranquilizó.

—No tengo nada que pensar —dijo—. Y, además, me parece que llegó el momento de terminar esta conversación.

—¿Por qué? ¿Hay algo que le molesta?

Mendizábal apoyó pesadamente sus brazos en el respaldo de la silla e inclinó el cuerpo hacia adelante.

—Escuche, Peña —dijo—, déjese de joder, quiere. Si tiene algo más que decir lo dice ahora, y si no se va.

Peña no contestó en seguida, se acomodó el nudo de la corbata y estiró el cuello como si le molestara la camisa. Admitió, sin sentirse derrotado por eso, que Mendizábal se había rearmado a tiempo, y que ya no iba a conseguir nada hostigándolo con las fotos de Külpe. Entonces dijo:

—El patrón quiere verlo.

Mendizábal sonrió.

—Para eso había venido entonces —comprobó—. Mire que es un mandadero con vueltas usted. Tanto despelote para traer un recado.

Peña no respondió.

—¿Y para qué me quiere ver? —preguntó Mendizábal.

—Él se lo va a decir —contestó Peña.

—O sea que usted no lo sabe. Bueno, está bien. ¿Para cuándo es la cita?

—Para mañana, a las once.

Mendizábal asintió blandamente con la cabeza. Quedaron en silencio. Una especie de fatiga o de vacío los había dominado. Peña encendió un último cigarrillo, se puso de pie y caminó hacia la puerta. Se detuvo antes de llegar y permaneció allí, concentrado, tratando de encontrar aquello que todavía le faltaba decir. Mendizábal lo observaba desde su silla, nuevamente atento, sintiendo que todo podía recomenzar en segundos. Peña giró levemente, lo miró y dijo:

—Usted pudo haber sido el mejor, Mendizábal, el mejor de todos, un orgullo para los que estamos en este laburo. Pero, no sé, debe haber algo muy jodido, muy retorcido en su bocho que se lo echa todo a perder. Y eso no se lo va a perdonar nadie, y menos yo, que alguna vez lo respeté en serio. —Hubo dolor y resentimiento en su voz. Dio una profunda pitada a su cigarrillo y añadió:— Sin embargo, todavía pienso mandarme un laburo como el suyo de Morelli. Pero a mi modo.

Caminó los pocos pasos que lo separaban de la puerta y extendió su mano hacia el picaporte.

—Escuche, Peña —lo frenó Mendizábal. Y con tono seco, hiriente, dijo:— Usted nunca se va a mandar un laburo como el de Morelli. Le falta clase para eso.

Peña lo miró con odio. Contestó:

—Le voy a pedir algo: equivoquesé. Un error suyo necesito, nada más. Ya va a ver entonces adónde lo mandó yo con toda su clase.

Mendizábal se largó a reír.

—Usted sí que me divierte —dijo—. Parece que no puede despedirse de mí sin amenazarme. Se está volviendo una costumbre esto.

—No se preocupe, no va a durar mucho.

Salió de la habitación y cerró la puerta. Mendizábal guardó nuevamente en su valija las fotos de Külpe.

Comenzaba a anochecer cuando llegó al chalecito de la calle Lugones. Desde el martes que no iba y se notaba: había olor a encierro en la casa. Abrió algunas ventanas y una brisa fresca y repentina, que lo obligó a pensar que el otoño llegaría temprano ese año, transformó la atmósfera. Miró hacia el cielo: se veían algunos nubarrones, pero pocos, quizá no lloviera.

Fue hasta una piecita que tenía en el fondo, espaciosa y bien iluminada, en la que guardaba todo tipo de objetos: herramientas, aparatos electrónicos, rifles, pistolas Browning, y hasta dagas orientales. Se sentía cómodo allí, se permitía —incluso— el desorden.

Colocó sobre una sólida mesa de carpintero unas viejas cañas de pescar que tenía olvidadas en un rincón. Las midió, las pulió, y después las cortó cuidadosamente. Con ellas construiría, el domingo, el barrilete de Sergio.

Permaneció todavía un largo rato en la piecita, mirando los objetos que, durante años, había amontonado allí. Cada uno significaba algo distinto para él, evocaba un momento irrepetible, único en su vida. Pero cada uno de ellos, también, había ido perdiendo fuerza, vigencia con el tiempo, como si fueran ya incapaces de despertarle los mismos sentimientos que en el pasado, o como si (y esto era lo más posible, y sin duda lo más trágico) esos sentimientos ya no existiesen en él.

Subió al altillo. También se sentía el encierro allí, de modo que abrió las dos ventanas laterales. Advirtió, entonces, que hacía tiempo que no escuchaba música. Revisó unos discos y puso un vals de Strauss, uno de sus preferidos, *Vida de Artista*. Se sentó en un sillón, encendió un cigarrillo y escuchó. Le gustaba esa música, le hacía pensar en grandes y majestuosos espacios, en salones festivos, en emperatrices como gacelas, en príncipes afortunados, que hacían la política y el amor con la misma elegancia con que danzaban.

Se levantó, fue hasta el estéreo y subió el volumen. Quería que esa música lo inundara todo, que la realidad se deslizara atravesada por su magia, como si no existiera —al margen de ese elegante y despreocupado vaivén— otra fuerza interna capaz de dar vida a las cosas.

Pero no volvió a sentarse en el sillón, sino que se acercó a un viejo bargueño que tenía contra una de las paredes. Lo abrió. Estaba cubierto de cajones, todos con una tarjeta en el frente, en cada una de las cuales se leían siempre dos fechas que enmarcaban un período: agosto 1961-noviembre 1965, o también octubre 1967-julio



1970, o si no enero 1972-diciembre 1974.

Mendizábal vaciló durante un largo momento, como si le costara recordar dónde estaba lo que había ido a buscar allí. Finalmente se decidió y abrió uno de los cajones. Había fotos adentro, muchas fotos de muchas personas. Mendizábal las fue recorriendo una a una, buscando. A veces se detenía, dudaba, y después seguía adelante, aunque sin demasiada convicción, como si no tuviera la seguridad de que aquello que había descartado no fuese lo que quería encontrar.

Algo, sin embargo, lo ayudaba: en un costado, arriba, cada foto tenía escrito un nombre. Mendizábal los iba leyendo con deliberada lentitud, pronunciando incluso, aunque muy suavemente, algunos en voz alta: Sandoval, Hernández, Arroyo, Bustamante, O'Connor, Tarducci, Waisman, Castro, Quiroga. Hasta que lo encontró. Morelli.

Eran cuatro fotos de un hombre robusto, sólido, cuidadosamente vestido y casi por completo calvo. Una de ellas mostraba su rostro: una nariz grande, unos labios carnosos, desagradables, una papada firme y casi agresiva, una mirada huidiza. En otra se lo veía cruzando una calle, mirando hacia atrás por sobre su hombro izquierdo, desconfiando, como si huyera. En las dos restantes iba manejando un coche —el suyo sin duda: un Mercedes azul—, y su figura aparecía imponente a través de la ventanilla.

Morelli. ¿Cuándo había sido? Cinco años, dijo Peña. Sí, era posible. Dio vuelta la foto y leyó la fecha escrita allí: algo más de cinco años, pero no mucho. Tenía buena memoria Peña.

Volvió a mirar con atención las cuatro fotos, intentando acicatear sus recuerdos. ¿Cómo había sido esa historia? Porque a Peña le había mentido: eran muy pocas las imágenes que le quedaban del asunto Morelli. Apenas la borrosa figura del hombre importante hablándole de un individuo astuto y escurridizo, muy peligroso para la organización, al cual había que eliminar de inmediato, aunque de manera casi imperceptible, cuidadosamente, razón por la cual se recurría a él para el trabajo, y no a otro. Apenas también la visión —desdibujada por los años y los muertos que vinieron después— de un hombre fuerte, gordo hasta la ostentación y la insolencia, sentándose a la mesa de un bar junto a la ventana, abriendo un diario para volver a cerrarlo casi de inmediato, con esa infinita torpeza que da el miedo, y comenzar a mirar a través de los cristales, en todas direcciones, buscando inútilmente. O si no también ese mismo hombre —y éste era el recuerdo más nítido que le quedaba—, desnudo, duchándose en su departamento, con el cuerpo flácido enjabonado y brillante, tranquilo ahora, ajeno a toda posibilidad de peligro y de muerte, y él —él, Mendizábal— entrando en ese mismo baño, silencioso, con un 38 corto en la mano, un arma lujosa, nacarada, que pertenecía al hombre que continuaba allí, bañándose, pero que ahora se ha quedado rígido, paralizado por el espanto al descubrir a Mendizábal, quien sin vacilar se le acerca, le incrusta casi con fiereza el arma contra la sien derecha, y dispara.

Suicidio, todos lo dijeron. Aun quienes no estaban dispuestos a creerlo. Porque Morelli quedó allí, desnudo, en el baño, con un enorme boquete aureolado de pólvora en la sien, y un 38 corto, nacarado, de su propiedad, que ni tres policías le pudieron arrancar de la mano.

Un buen trabajo, era cierto. Quizá uno de los mejores que había hecho. Sin embargo, si Peña no lo hubiese mencionado, jamás habría vuelto a pensar en él.

Volvió a mirar las fotos de Morelli, sobre todo aquella en que cruzaba la calle, mirando hacia atrás con temor, escapando de algo que ignoraba, pero que sabía, con pavorosa certeza, que tenía que ver con su muerte. ¿Cuándo había ocurrido esa escena? No lo recordaba. Y sin embargo, era indudable que él debió haber estado allí, pues era quien había tomado la foto y quien, finalmente, había ultimado a Morelli volviendo realidad lo que éste temía al cruzar esa calle. ¿Pero dónde estaba ahora todo eso? ¿Qué había quedado en él del temor de ese hombre? O también: ¿cómo había continuado esa historia? ¿Quién había bendecido o quién había llorado la muerte de Morelli? Porque si es verdad que la historia de los que mueren se continúa en quienes los sobreviven, en los sentimientos e imágenes que todavía alcanzan a despertar en éstos, entonces ¿quién recordaba hoy a Morelli, quien sufría todavía por su muerte, o quien mantenía intacto su odio? Mendizábal no lo sabía, ni podía saberlo. De toda esa historia, de su mejor trabajo quizá, le quedaban apenas un par de imágenes cada vez más lejanas: un hombre cruzando una calle, un hombre leyendo un diario, un hombre desnudo, cayendo pesadamente contra el piso de un baño, muerto.

Comenzó a observar nuevamente las otras fotos, pero deteniéndose ahora con mayor esmero en ellas, tratando de aprisionar las imágenes que le despertaban, esforzándose. Había allí un hombre delgado, de lentes, caminando por una avenida céntrica, sosteniendo fuertemente un portafolios con su mano derecha. Mendizábal no recordaba quién le había encargado ese trabajo. Coogan quizá, un tipo que manejaba varios boliches en capitales del interior, o Anselmi, que se movía en el negocio de mujeres, pero no era seguro. En cuanto al hombre de la foto, el flaco de lentes y portafolios, apenas si su empecinada memoria alcanzaba a atraparlo en algún callejón estrecho, no recordaba de qué barrio, escasamente iluminado, con el empedrado brillante y resbaladizo por la humedad de la noche, corriendo desesperadamente, deteniéndose contra una pared alta, infranqueable, crispando las manos después de la sorda detonación, y deslizándose hasta quedar sobre el piso como un bulto inservible. Nada más, apenas eso.

Siguió recorriendo fotos, algunas amarillentas ya, ajadas. Se detuvo en la de un individuo alto y muy bien vestido que encendía un cigarrillo en la esquina de un bar. Leyó el nombre escrito en la foto: Salinas. Oscuramente, con enorme esfuerzo, pudo recordarse esperando a ese hombre frente a la puerta de un ascensor, en un piso alto, solo, sosteniendo en su mano derecha una Browning con silenciador, observando cómo iban encendiéndose las pequeñas luces rojas del tablero a medida que el ascensor se acercaba al piso donde esperaba él, comenzando a levantar lentamente su arma cuando apenas faltaban dos pisos,

sintiendo el golpe seco del ascensor al detenerse, conteniendo la respiración mientras las dos hojas de la puerta se abrían con un ruido metálico y casi estrepitoso, mirando los ojos aterrorizados del hombre alto y elegante que estaba solo en el ascensor, levantando apenas la Browning hasta ubicar en la mira el entrecejo de su víctima, disparando una sola vez, ninguna más, y quedándose allí, sereno, observando cómo la puerta del ascensor volvía a cerrarse con un sonido que ahora no le pareció metálico ni estrepitoso, sino lúgubre y grave como el de un ataúd.

Revisó todos los cajones, observó todas las fotos. Apenas si le llegaron, mortecinas, algunas imágenes más. Solamente.

Fue entonces hasta el fondo, buscó una pala en la pieza de herramientas, y cavó un pozo en la tierra, poco profundo pero ancho. Decidido y casi obstinado, bajó todos los cajones del bargueño y arrojó al pozo todas las fotos. Después las roció con kerosén y les prendió fuego.

Había anochecido. Las llamas iluminaron su rostro fatigado.

Esa noche Külpe regresó con Cecilia.

Mendizábal llevaba dos horas esperando en el banco de la estación, pensativo, a veces impaciente, mirando hacia una u otra de las esquinas, sintiendo a sus espaldas el repetido estruendo de los trenes. Se había extinguido la brisa fresca que lo sorprendiera al abrir las ventanas del chalecito de Lugones. Ahora hacía calor, nuevamente, y unos nubarrones amenazantes cubrían la luna.

Külpe y Cecilia llegaron en un taxi. Mendizábal pudo verlos con total claridad cuando el conductor encendió la luz interior del coche, giró ligeramente el cuerpo y esperó que Külpe le pagara la tarifa. Después arrancó. Külpe y Cecilia quedaron solos, en la calle, bajo la luz amarillenta y agónica de un farol aureolado de mosquitos. Ella sacó un cigarrillo y le pidió fuego. Después comenzaron a caminar hacia la entrada del edificio. Mendizábal los observó casi con pasión, como si quisiera devorarlos.

Sintió que había algo en esa mujer, algo que excitaba, pecaminoso, bajo. Su manera de caminar quizá, o de pegarse a Külpe, absorbiéndolo, obligándolo a sentir su cuerpo ardoroso a través de la tela leve del vestido. O también el color estridente y vulgar de sus cabellos, o sus ropas. No era como Amanda. Se la adivinaba abierta, fácil. Además: todo en ella revelaba a una mujer acostumbrada al trato con los hombres, especialmente al trato carnal, decidida incluso a mantener ante ellos una actitud de permanente iniciativa.

Sin embargo, a pesar de esto, de su bajeza, de su desborde sensual, parecía ajena a la sombría historia en que se debatían Külpe y Amanda. Se la adivinaba libre a Cecilia, y, de alguna extraña manera, también inocente. Como si ignorara por completo el pasado de Külpe o, en todo caso, como si no participara de él. Porque a su lado, y no era difícil descubrirlo, Külpe se transformaba, ya no era el hombre

aprisionado en la siniestra telaraña que había construido junto a Amanda, sino que se entregaba a la pasión y al goce. E incluso aunque acabara sometién­dose a la sensualidad perversa de Cecilia, estaba vivo junto a ella.

Entraron en el edificio y poco después hubo luz en la ventana del living. Comenzaba el mismo ritual del encuentro anterior: Cecilia mancharía con el rouge de sus labios algún vaso de whisky, algunos cigarrillos, quizá bailarían una música lenta, sintiéndose solos, seguros, aturcidos por sus cuerpos, incapaces de descubrir la ínfima pero alarmante quemadura que alguien —él, Mendizábal— había hecho en la cortina, quitándose uno a otro las ropas, ya casi cercanos al descontrol, embotados, ciegos, cayendo en la cama, entrelazándose con salvajismo hasta quedar agotados, sin deseos ni de tocarse, sudorosos, con las sábanas como sanguijuelas voraces adheridas a sus cuerpos, apenas con fuerzas para estirar una mano y buscar a tientas un cigarrillo en la mesa de luz.

Mendizábal se puso de pie y comenzó a caminar hacia el residencial, lentamente, a través del pasaje subterráneo, escuchando el sordo retumbar de sus pasos contra los azulejos, iluminado apenas por dos o tres escuálidas lamparitas. Nadie utilizaba ese túnel para cruzar la estación durante la noche. Era un lugar solitario y casi escalofriante.

Apresuró la marcha. No había llegado aún a la mitad del pasaje cuando el techo pareció quebrarse bajo el estrépito de un tren. Las lamparitas se agitaron con violencia, apagándose y encendiéndose, hasta que una de ellas cayó contra el piso estallando como un pistoletazo. De algún repugnante escondrijo escapó una rata horrorizada, pasó por entre las piernas de Mendizábal y desapareció escaleras arriba. El tren acabó de pasar. Mendizábal encendió un cigarrillo, largó el humo como quien suspira y continuó su marcha.

Llegó al residencial y subió a su habitación. Sin encender las luces, se quitó totalmente las ropas y se acostó. Volvió a pensar en Cecilia. Algún papel —se dijo— debía jugar en el drama de Amanda y Külpe, no muy importante, pero significativo. O quizá no, quizá toda su participación se redujese a aliviar a Külpe, a ayudarlo a soportar su relación atroz con Amanda. Porque era difícil imaginar otra cosa de Cecilia. Ciertos aspectos sórdidos o terribles de la vida parecían serle ajenos: el crimen, entre otros. Cecilia era una mujer ligera, fácil, procaz incluso, pero no una asesina, ni aun en complicidad. Era probable, además, que ni siquiera hubiese conocido al padre de Sergio, pues seguramente habría entablado relación con Külpe después —es decir: una vez cometido el asesinato—, y sólo por boca de éste conocería la verdad.

Además, algo era evidente: estaba más abierta y disponible que Amanda. En esto, debió confesarse, se había equivocado por completo: precisamente por mantener una relación conflictiva con Külpe, era Amanda la más imposibilitada de las dos mujeres para aceptar un nuevo hombre. Todo parecía indicar, extrañamente, que una mujer que sostenía una mala relación con su amante, lejos de estar abierta para buscar consuelo u olvido en una nueva pareja, acababa encerrándose, generando una desconfianza feroz hacia los hombres en general, llegando, incluso,

a odiarlos.

Cecilia, en cambio, pese a estar ardientemente unida a Külpe, o quizá por esta misma causa, estaba abierta, disponible, generosa. Había descubierto que su capacidad de goce era ilimitada y no podía colmarla un solo hombre, ni aun cuando éste fuese quien la había conducido a tal descubrimiento.

Sería necesario, entonces, entablar contacto con ella, seguirla. O si no, simplemente, ir cualquier noche al *Annie Malone* —mañana mismo quizá, sábado— donde (y su corazonada era casi una certeza) habría de encontrarla en su elemento como pez en el agua, a la espera de placeres nuevos.

Sí, eso haría.

Se levantó lentamente, fue hasta la ventana y miró hacia afuera. Ya no había luz en el departamento de Külpe. Volvió a la cama y se durmió.

Eran las once y diez de la mañana cuando entró en el privado del hombre importante. Mientras caminaba los breves pasos que lo separaban del escritorio, advirtió que la silla de terciopelo ya no estaba allí, como en la primera entrevista, esperándolo, invitándolo a sentarse en ella, a exhibir su orgullo y su jerarquía, sino que ahora había sido ubicada junto al hombre importante —es decir: *del otro lado del escritorio*—, y en ella, sonriendo ligeramente, seguro, con la sobaquera otra vez colocada de modo que le abultara amenazadoramente el saco, inclinándose apenas para echar la ceniza de su cigarrillo en el mismo cenicero que su jefe, estaba sentado Peña.

Hubo un breve, seco intercambio de saludos. Mendizábal encendió un cigarrillo mientras se preguntaba qué carajo iba a hacer después con las manos, si colocarlas en los bolsillos del pantalón, o en los del saco, o dejarlas caer con flojedad a lo largo del cuerpo, o sencillamente cruzarse de brazos. Depositó, por de pronto, el fósforo apagado en el cenicero del escritorio, el mismo que utilizaban Peña y su jefe. Después se paró apoyando el cuerpo sobre la pierna derecha, en posición de descanso, y sostuvo las manos colocando los pulgares en los bolsillos del pantalón. Así estaba bien. No como la primera vez, era cierto, pero se iba a arreglar.

El hombre importante había apoyado los codos sobre el escritorio, y tenía las manos unidas por las yemas de sus dedos, formando una capilla. Con elaborada lentitud, dijo:

—Las cosas están cambiando un poco, Mendizábal. Hubo novedades en estos días. —Se detuvo, como para permitir que sus palabras produjeran el efecto correspondiente. Luego continuó:— Nada definitivo, por supuesto. Pero, de cualquier modo, creo que vamos a tener que apurarnos y terminar este asunto lo antes posible.

Hubo un silencio. La sonrisa de Peña se acentuó, o al menos así le pareció a

Mendizábal. El hombre importante dijo:

—Ocurre que este individuo... Su víctima, Mendizábal. —Vaciló un instante, como si tuviera que esforzarse para recordar el nombre. Finalmente dijo:— Külpe, sí. Rodolfo Külpe. —Mendizábal no dejó de apreciar la elegancia y exactitud con que el hombre importante pronunciaba el nombre de su víctima. Lo escuchó seguir: — Este individuo, le decía, se está moviendo con más rapidez de la que a nosotros nos conviene. No es grave, por ahora. Pero... —movió ligeramente la cabeza y chasqueó la lengua—, nunca se sabe. Mire, usted me conoce bien, hace años que yo estoy en esto, y creo que sé darme cuenta cuando algo se pone espeso. —Hizo una breve pausa. Miró fijamente a Mendizábal y dijo:— Hay que terminar este trabajo, Mendizábal. Ya mismo.

Peña tosió ligeramente y apagó su cigarrillo en el cenicero del escritorio. Mendizábal trataba de ignorarlo, pero en ningún momento podía dejar de pensar que estaba allí, expectante, enjuiciador. Dirigiéndose al hombre importante, contestó:

—No creo que haya problemas. Y le digo más: si quiere una fecha, se la puedo dar ahora mismo.

—De acuerdo —asintió el hombre importante. Y con una generosa sonrisa, agregó:— No esperaba menos de usted.

Mendizábal también sonrió. Se sentía nuevamente aceptado, aunque estuviese de pie y fuese Peña quien ocupara la silla de terciopelo. Dijo:

—Tengo todo preparado ya. Además, para qué lo voy a engañar, no fue demasiado difícil. Este hombre, Külpe, hace casi todos los días lo mismo. Fue fácil seguirlo, y también va a ser fácil liquidarlo. Creo, para fijar una fecha, que necesito tres o cuatro días más, y listo.

Entonces Peña se incorporó en su silla, y con tono seco, terminante, dijo:

—Me parece que usted no entendió bien, Mendizábal. Sin embargo, el jefe fue claro. No nos venga con tres o cuatro días más, porque son muchos. Queremos terminar con este asunto ya. Y cuando decimos ya es ya. ¿Está claro?

Mendizábal lo miró sin poder disimular su sorpresa. Era la primera vez que Peña hablaba en presencia del hombre importante. Además, lo notable no residía meramente en el hecho de haber hablado, sino en el modo en que lo había hecho: «queremos terminar con este asunto». ¿Qué significaba esto? ¿Cómo *queremos*? ¿Desde cuándo Peña hablaba en nombre de la organización, y, más aún, delante de su jefe?

Mendizábal no respondió, se limitó a mirar al hombre importante como pidiéndole que colocara las cosas nuevamente en su lugar. Sin embargo, lo escuchó decir:

—El amigo Peña tiene razón. Claro que él es partidario de otros métodos, digamos, más expeditivos. Distintos a los que usted aplica, Mendizábal. Pero ocurre

que llegó el momento de apurarse. Hay que liquidar a Külpe cuanto antes.

Mendizábal aplastó su cigarrillo en el cenicero del escritorio, y dijo:

—Si su amigo Peña tiene razón, entonces le hubiera dado el trabajo a él.

Apenas terminó de pronunciarla, se arrepintió de la frase: le pareció excesiva, demasiado concluyente. No había sido eso, en realidad, lo que había querido expresar, sino otra cosa, cercana al orgullo, sí, al amor propio, pero no al resentimiento y la ruptura. De cualquier modo, ahora ya estaba, y sólo había que esperar las consecuencias.

Se produjo un silencio prolongado, denso. El hombre importante se entretuvo bajando y subiendo a lo largo de su dedo anular un lujoso anillo con sus iniciales. Peña encendió otro cigarrillo. A Mendizábal se lo veía tranquilo, aguardando, decidido a no retractarse, ni siquiera a retroceder en lo más mínimo. Por fin, el jefe dijo:

—Vea, Mendizábal, la primera vez que nos vimos para tratar este asunto — el lunes pasado, creo—, le dije con claridad que este trabajo era suyo. Espero que recordará eso. —Mendizábal asintió con un leve movimiento de cabeza. El jefe continuó:— Por otra parte, si ahora le digo que hay que apurarse, es su manera de apurarse la que quiero, y no la de ningún otro. No me gusta repetir cosas que ya dije, pero parece que a veces se hace necesario. Escuche bien: apurado o no, usted hace su trabajo como a mí me gusta. Y aquí, el que decide, sigo siendo yo. —Se echó hacia atrás, recostándose pesadamente en el respaldo de su silla, antes de agregar: — Creo haber sido claro, pero si no, me lo dice.

Mendizábal no contestó en seguida. Encendió un cigarrillo y miró furtivamente a Peña: tenía la cabeza gacha, el rostro enrojecido, como comprendiendo que gran parte de las palabras de su jefe le habían sido destinadas. Su expresión, sin embargo, tenía más que ver con el odio y la venganza, que con la aceptación o el arrepentimiento. Mendizábal, entonces, dijo:

—Los tres o cuatro días que le pedí, los necesito. Puede que sean menos, no sé, habrá que ver. —Se interrumpió, dio una profunda pitada a su cigarrillo y dijo: — Voy a matar a Külpe en su departamento, a la noche, cuando vuelve. El único problema es que no siempre vuelve solo. A veces lo acompaña una mujer, una rubia alta, con pinta de copera o algo así. —Mirando ligeramente a Peña, dijo:— Claro, podría liquidarlos a los dos. —Volvió a fijar su mirada en el hombre importante:— Pero usted sabe que ése no es mi estilo.

—Está bien —dijo el jefe—. No le pido que se aparte de lo suyo, sino que se apure, nada más.

Mendizábal dijo:

—Puedo prometerle algo. La primera noche que Külpe vuelva solo, sin esa mujer, lo mato.

Hubo un par de breves saludos, algún apretón de manos, y nada más. Una

angustia inesperada y repentina dominó a Mendizábal cuando salió a la calle. ¿Tan poco faltaba para terminar con todo?

Llegó a las Barrancas alrededor del mediodía. Külpe y Amanda no estaban. Sin embargo, no se extrañó demasiado: era sábado y Sergio no tenía que ir a la escuela; cualquier otro horario, en consecuencia, podía ser bueno para que se reunieran. O posiblemente ninguno, pues quizá tuviesen decidido descansar el sábado, e incluso el domingo, separarse un poco, pensar cada uno las cosas por su lado, y reencontrarse el lunes, en el lugar de siempre y al mediodía, por supuesto, para enganchar con la hora en que Sergio entraba a la escuela. Sí, seguramente era de ese modo como estaban ocurriendo las cosas.

Volvió al auto y permaneció pensativo durante un largo momento. Recordó las palabras del hombre importante: «Hubo novedades en estos días. Este hombre, Külpe, se está moviendo con demasiada rapidez». O algo así. En realidad, era sorprendente: ¿qué novedades se habían producido? ¿por qué o cuándo había comenzado Külpe a moverse con mayor rapidez? No lo sabía, ni aun remotamente. Entonces, había que admitirlo: seguía siendo muy poco lo que conocía de Külpe, existían infinidad de hechos —importantes o no— que se le escapaban, que no controlaba ni podría controlar aun cuando lo siguiese durante todo el día y le tomase miles de fotografías.

No se resignó, sin embargo. Todavía no estaba todo dicho, restaba mucho por hacer. Ir esa noche al *Annie Malone*, por ejemplo, buscar a Cecilia, hablarle, encontrarse al día siguiente con Amanda, tratar de quebrar su aislamiento, indagar con cautelosa insistencia en su pasado, descubrir sus flancos más endebles, aquellos por los cuales iba a ser posible finalmente penetrarla, obligarla a revelar sus secretos, todo eso. Todo eso quedaba por hacer antes de matar a Külpe.

Encendió el motor y arrancó bruscamente. Tomó por el bajo hasta Callao, aquí dobló a la derecha, siguió por Entre Ríos hasta Independencia y volvió a girar en la misma dirección. No tardó ni veinte minutos en llegar. Entonces estacionó el coche a media cuadra de la agencia de Prode y Lotería, que aún estaba abierta, y descendió. ¿Encontraría allí a Külpe?

Cruzó la calle. Antes de entrar, se distrajo mirando algunos de los billetes colocados en la vidriera. Después, lentamente, entró. Con una sola y rápida ojeada dominó todo el local. Külpe no estaba. O al menos, no se lo veía. Quizás estuviese adentro, en el cuarto al que seguramente conducía la puerta cerrada de la pared del fondo. De cualquier modo, era imposible saberlo. Detrás del mostrador había un muchacho. Alto y flaco, granujiento. Diecisiete años, apenas. Más allá, frente a un viejo escritorio de madera con una enorme calculadora encima, fumando, con aire fatigado o aburrido, estaba el hombre de bigotes y anteojos negros.

Dirigiéndose al muchacho, Mendizábal dijo:

—Buenos días, quiero un billete.



—¿Tercio o entero? —preguntó el muchacho sin muchas ganas.

—Un tercio —dijo Mendizábal y volvió a mirar la puerta del fondo, que seguía cerrada.

El muchacho se acercó a la vitrina. Preguntó:

—¿Elegió el número?

—No, dame cualquiera.

Entonces el hombre de los anteojos negros alzó levemente la cabeza y lo miró. (O así le pareció a Mendizábal, pues era imposible verle los ojos.) Pero duró apenas un instante. Después espantó una mosca con la mano y volvió a mirar hacia cualquier parte, abstraído. Tenía la piel reluciente, padecía el calor.

La puerta del fondo seguía cerrada.

—Aquí tiene —dijo el muchacho, colocando el billete sobre el mostrador.

Mendizábal, con absoluta intención, pagó con dinero grande.

—¿No tiene cambio? —preguntó, previsiblemente, el muchacho.

Mendizábal negó. El muchacho se acercó hasta el hombre de los anteojos negros y se le escuchó decir:

—Perdone, señor Morales, necesito cambio.

El tono de la frase se le antojó a Mendizábal más cercano a la burla, a la tomadura de pelo, que al respeto. El hombre de los anteojos negros —ahora sí— miró a Mendizábal.

—¿En serio no tiene más chico? —preguntó con una voz gruesa, desagradable, seguramente flagelada por el cigarrillo y el alcohol.

—No —dijo Mendizábal—, no tengo.

El otro asintió con la cabeza, resignado. Abrió entonces un cajón del escritorio, y sacó diez billetes que entregó al muchacho luego de tomar el que éste sostenía. El muchacho volvió junto a Mendizábal y le dio el vuelto. La puerta del fondo seguía cerrada.

—Gracias, y disculpe —dijo entonces el muchacho, con acentuada ironía y voz deliberadamente alta—. Pero aquí a nosotros apenas si nos dejan manejar las chirolas.

El hombre de los anteojos negros no pareció escucharlo; había comenzado una complicada suma con la máquina de calcular. Mendizábal sonrió y fue hasta la salida. Una vez allí, fugazmente, volvió a mirar la puerta del fondo: seguía cerrada.

Salió a la calle. Recordó entonces que aún no había comprado los papeles para el barrilete de Sergio. Miró su reloj: todavía estaba a tiempo. Entró en el coche y arrancó velozmente.

Mientras buscaba una librería, volvió a pensar en el hombre de los anteojos

negros. En Morales, porque ahora sabía su nombre. Aunque no era esto lo que más le había acicateado la atención, sino su aspecto, su aire de tipo fatigado, débil, víctima hasta del desprecio de sus subordinados, vencido por la vida, o quizá — más precisamente— por la droga. Recordaba, no obstante, haberlo visto distinto la vez anterior, en la calle, cuando hablaba apasionadamente —o quizá discutía— con Külpe. Más vital, más firme. ¿Sería éste uno de los cambios que, según el hombre importante, se habían producido? Aun no había visto a Külpe ese día, ¿lo encontraría también así, fatigado, cercano a la derrota? No: ninguna persona se derrumbaba en tan corto tiempo. Lo más probable, sin duda, era que hubiese sorprendido al hombre de los anteojos negros, a Morales, en un mal momento, acalorado, con el cansancio de la semana encima, anhelando la hora de cerrar el negocio, y nada más.

Estacionó frente a una librería, apenas doce cuadras más adelante, y entró. Sentado detrás del mostrador, había un hombre delgado y encanecido. Tendría unos cuarenta años, no más. Saludó a Mendizábal y le preguntó qué quería.

—Necesito dos pliegos de papel —explicó Mendizábal—. Que sean bien resistentes, pero también livianos. No sé si me entiende.

—¿Para qué son? —preguntó el hombre, de pie ahora y sonriendo solícito.

Mendizábal dijo:

—Para hacer un barrilete.

—Cómo no —contestó el otro. Y cuando colocó los pliegos sobre el mostrador, todavía sonriendo, aunque ahora con decidido aire de complicidad, preguntó—: ¿Lo va a hacer con su pibe?

—¿Cómo? —preguntó Mendizábal.

—El barrilete, digo. Si lo va a hacer con su pibe.

Mendizábal vaciló un instante; en seguida dijo:

—Sí, con mi pibe.

Almorzó en un grill, de Independencia y Entre Ríos, y regresó al residencial. El sol apretaba filtrándose por entre unas nubes cargadas de agua, el aire era sofocante, seguía sin llover. Una vez en su habitación se colocó la funda con la Luger y volvió al auto. Las ruedas chirriaron contra el pavimento cuando arrancó.

Se dirigió al sur, a una casa de Florencio Varela que había comprado para sus padres, diez años atrás, cuando los vio cansados, hartos del tumulto y las estridencias de la capital, con ganas de estar más cerca del sol y de la tierra a fuerza de presentir la muerte.

Iba allí todos los sábados, siempre a la tarde, para averiguar si su puntería (su pulso, sus reflejos e incluso su pasión por el mero estruendo de las armas de fuego) continuaba inalterada, o si los años —aun en la forma más leve, más

imperceptible— habían comenzado a deteriorarla. Sus padres —eso sí— ya no estaban, porque fue cierto lo que habían presentido: en esa casa, en menos de ocho años, murieron los dos; ella primero y casi en seguida, de soledad, de tristeza, o seguramente de las dos cosas, el hombre también.

La casa, sin embargo, no había quedado sola. Tres meses antes de que muriera el viejo, en una noche en que llovía y tronaba como para sentir que se acababa el mundo, Mendizábal refugió allí a un antiguo compañero suyo, su único amigo quizá, el Gato Funes, quien venía huyendo de la policía, herido en una pierna que después —en esa misma casa, en otra noche, sin tormenta pero no menos terrible que la primera— hubo que amputarle.

Y eso era todo. Ahora la casa estaba allí, seguramente esperando (y Mendizábal lo sabía) que también él fuera a morir en ella.

Pasó frente al Parque Lezama, atravesó el Riachuelo, Avellaneda y tomó finalmente por la Calchaquí. Iba tranquilo, sin pensar en nada, sabiendo que tenía tiempo, que esa tarde se deslizaría como tantas otras, ni mejor ni peor, con el Gato esperándolo en el frente de la casa, llevándolo a la cocina después, ofreciéndole un mate y buscándole algo de conversación. Nada más, no demasiado, pero suficiente.

Abandonó la Calchaquí doblando a la derecha. Anduvo todavía durante un largo rato, a través de calles con el pavimento quebrado, bordeadas por casas viejas, uniformes y anónimas, blanqueadas con cal, adormecidas bajo el sol de la siesta.

Después se internó por extensos caminos de tierra, esquivando pozos y manteniéndose alejado de las banquetas, profundas y peligrosas, anegadas por las lluvias de esos días.

Finalmente llegó.

Era una casa chica y solitaria, con un pequeño jardín al frente y mucho terreno atrás. El Gato Funes, como siempre, lo esperaba en la puerta, bajo el alero, recostado en un viejo sillón de mimbre y fumando. Posiblemente recién acabara de atravesar los cincuenta años, pero ya era un hombre casi viejo, con el vientre abultado, el pelo escaso y blanco, la cara arrugada. Sin embargo, cuando sonreía (como ahora al recibir a Mendizábal) los ojos le brillaban con fuerza, como si las cosas no siempre hubiesen sido así.

—Qué hacés, Gato.

—Te esperaba más temprano —hubo afecto en el reproche.

—Ya sé, pero no pude.

Fueron a la cocina. Mendizábal aceptó el mate que le ofrecía su amigo.

—¿Cómo andás con la pierna? —preguntó después.

—Más o menos. —Funes chasqueó la lengua, casi con bronca.— Son estos días de humedad los que me joden. —Se interrumpió, como si lo que tenía que decir le costara demasiado, como si le doliera o lo avergonzara. Pero continuó:— Es

que el muñón se hincha con el calor, eso es lo malo, y la pierna me ajusta mucho. Al final se me hacen llagas y casi no puedo caminar. Traé que te hago otro mate.

—Esperá, dejame ver la pierna primero.

—¿Para qué?

—Haceme caso, yo sé para qué.

El Gato vaciló un momento, pero inmediatamente accedió. Acercó su silla a la de Mendizábal, y después, con cuidado, se arremangó el pantalón.

Mendizábal dejó el mate sobre la mesa, tomándose su tiempo, sabiendo que debía ser extremadamente cuidadoso, porque era difícil hablarle al Gato de su pierna sin conseguir que se sintiera un inválido, un desdichado al que ya le queda poco por esperar de la vida.

Observó, durante un largo momento, el aparato ortopédico de su amigo: la articulación de la rodilla sobre todo, y el ajuste del muñón. Después encendió un cigarrillo y se puso a fumar en silencio, como si reflexionara, porque no sabía muy bien qué decir. Era ya la tercera pierna que compraba para el Gato (una de ellas, incluso, la había importado de Inglaterra), pero los problemas seguían. Porque era cierto: había una llaga en el muñón; no demasiado grande, pero seguramente dolorosa.

—Mirá, Gato —dijo por fin—, no te preocupés demasiado. Esto tiene arreglo.

El Gato sonrió, triste y descreído.

—Joderse —dijo—, ése es el arreglo.

Mendizábal no se sorprendió: lo conocía, y sospechaba que iba a responder algo semejante. Porque, en fin de cuentas, al Gato quizá le conviniese estar como estaba, medio baldado, viviendo allí, casi en el culo del mundo, alejado de infinitas cosas que alguna vez fueron suyas, pero a las que ahora no solamente no podía volver, sino que (por ineptitud o por cansancio) tampoco quería.

Sin embargo, era cierto que sufría, y que durante las noches se quedaba horas con los ojos rojos frente al viejo televisor, sintiendo crecer su miedo a medida que los programas terminaban, sabiendo que finalmente esa pantalla iba a volverse blanca, y después negra cuando él apagara el aparato, y que recién entonces comenzaría la noche.

—No seas boludo —lo frenó Mendizábal—. No te vas a pasar la vida así, sin poder caminar apenas aprieta un poco el calor.

El Gato se encogió de hombros y no respondió.

—Si a vos no te importa, a mí sí —dijo Mendizábal—. Yo quiero que estés bien.

El Gato lo miró.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó mientras se ponía trabajosamente de pie.

—Dame otro mate y te cuento. —El Gato colocó nuevamente la pava en el fuego. Mientras esperaba, continuó Mendizábal:— Los otros días, por casualidad nomás, leí que en Alemania están haciendo estos aparatos mejor que en cualquier otra parte. Traemos uno y listo, qué te parece.

El Gato le alcanzó el mate.

—Si querés tirar la guita —dijo—, allá vos.

—Está bien —asintió Mendizábal—. Lo dejamos así. Yo quiero tirar la guita, te traigo la gamba nueva y vos te la ponés. ¿De acuerdo?

El Gato no contestó en seguida. Permaneció un momento con la cabeza baja, quizá mortificado. Después dijo:

—Escuchame, Raúl, no te cabriés conmigo. No es que yo no sepa agradecerte...

—Pará la mano, Gato —lo interrumpió Mendizábal, poniéndose bruscamente de pie y apoyando casi con violencia el mate contra la mesa—. ¿Desde cuándo yo quiero que me agradezcas algo vos? Lo que pasa es que sos un cabeza dura y te gusta creer que las cosas no tienen arreglo. Pero está bien, vos sos así, no digo nada yo. Me hago el oso, no te doy pelota y te traigo la gamba igual.

Se miraron y sonrieron. Mendizábal lo palmeó en un hombro, con fuerza pero con afecto. Volvió a sentarse y dijo:

—Ahora dejate de joder y dame otro mate que éste ya se enfrió.

El Gato obedeció y después encendió un cigarrillo. Quedaron así, en silencio, acompañándose. Por la puerta de la cocina que daba al terreno del fondo, entraba un aire suave y agradable, aunque no demasiado fresco, porque hacía mucho calor allá afuera, y la tierra estaba ardida, y había mariposas y flores, Mendizábal dejó el mate, se puso de pie y dijo:

—Voy a ver la pieza de los viejos.

Nunca dejaba de hacerlo, era parte del ritual que implicaba para él visitar esa casa.

Atravesó un pequeño pasillo, abrió la puerta y entró. La habitación conservaba un olor inmediatamente reconocible para él. Era difícil saber de dónde provenía, si de las paredes, de los muebles, de la colcha de la cama o de las viejas y deshilachadas alfombras; pero estaba allí, vigente, penetrante. Era el olor de sus padres, el que habían dejado en todas las habitaciones donde vivieron, el que mágicamente, con sólo aspirarlo, podía restituirle toda su infancia y hasta su juventud.

Sobre una de las mesas de luz, había una foto de su padre y otra de su madre. Se sentó en el borde de la cama y las observó largamente. El hombre tenía un rostro definido, rotundo, con una gran mandíbula cuadrada y unos bigotes negros. Vestía un traje oscuro, con chaleco, y la gruesa cadena de un reloj de

bolsillo cruzaba su abdomen: estaba de fiesta, vestido —justamente— como para una fotografía, quizá con el mejor traje que había comprado en su vida. La mujer, por el contrario, lucía un sencillísimo vestido blanco. Pero no necesitaba más, porque era su rostro el que reclamaba la absoluta atención de quien miraba esa foto: un rostro no decididamente hermoso pero sí enigmático, con una boca de labios finos y entreabiertos y una mirada pavorosamente triste.

Mendizábal tomó la foto de su madre y la observó durante un prolongado momento. Después, mucho después, sacó un pañuelo de su saco, lo humedeció con su aliento, y limpió, con total concentración y esmero, el marco y el vidrio de la foto. Entonces la dejó nuevamente sobre la mesa de luz y abandonó la habitación.

El Gato esperaba en la cocina.

—¿Querés otro mate? —preguntó.

—No —dijo Mendizábal—, ando con sueño. Me parece que me voy a tirar un rato.

—Dale nomás —dijo el Gato—, no hay ningún apuro.

Durmió durante dos horas, en la amplia cama de sus padres, profundamente. Eran las cinco de la tarde cuando despertó. Se lavó la cara y estudió su rostro en el espejo: tenía los ojos hinchados pero se vio fresco, reposado. En ninguna parte dormía como en esa casa, ni como en esa cama. Agarró una toalla, se secó y volvió a la cocina.

El Gato tenía los pies sobre la mesa, fumaba y leía un diario viejo. Cuando vio a Mendizábal, dijo:

—Aflojó el calor. ¿Querés un mate o empezás a practicar ahora?

—Las dos cosas —dijo Mendizábal, sonriendo.

Salió al terreno del fondo con el mate en una mano y la Luger en la otra. Era cierto: el calor había aflojado, la brisa era más fresca y había menos mariposas.

Mendizábal chupó de la bombilla y preguntó:

—¿Dónde está *Príncipe*?

—No sé —dijo el Gato—, se esconde a veces.

—¡*Príncipe*! —llamó Mendizábal—. ¡*Príncipe*!

Por detrás de un árbol, somnoliento, sacudiéndose, acalorado aún, apareció un perro grande, con pelo negro y patas fuertes y ágiles. Cuando vio a Mendizábal, corrió hacia él y dio varias vueltas a su alrededor, moviendo incesantemente la cola, alegre:

—¿Cómo anduvo estos días? —preguntó Mendizábal a Funes mientras le pasaba el mate.

—Bien, sin problemas.

Mendizábal se arrodilló y acarició detenidamente al perro. Dos años atrás, se había aparecido una noche, vaya a saber de dónde, y desde ahí se quedó en la casa. Era la única compañía de Funes. Mendizábal, a veces, bromeaba: «Nunca vi a un gato llevarse tan bien con un perro».

—¡Corra, *Príncipe*, corra! —gritó mientras arrojaba a lo lejos un pedazo de madera.

*Príncipe* no demoró en traerlo de vuelta sujeto entre sus dientes. Mendizábal sonrió, lo acarició nuevamente y por fin le dio una afectuosa palmada de despedida.

—Bueno, suficiente por ahora, *Príncipe*. Después seguimos. —Entonces se volvió hacia Funes y dijo:— Encendé el bicho, Gato.

A treinta metros, casi junto al motor del tanque de agua, estaba *el bicho*, un complicado aparato de *tiro al blanco* que Mendizábal había comprado por poca plata en un destartado parque de diversiones. Eran cinco muñecos impulsados por una oruga, que iban desfilando al compás de una balbuceante y ya casi inaudible música de calesita: un torero, una bailarina, un boxeador, un astronauta y un payaso.

Funes conectó el aparato a un prolongador y los muñequitos comenzaron a girar. Casi indescifrable, lejano, se escuchó el vals *Desde el Alma*.

—No te imaginás cómo me gusta este bicho —dijo Mendizábal mientras tomaba posición.

El Gato, con el mate y la pava, se había sentado a la sombra de un árbol. *Príncipe* estaba acurrucado junto a él. Mendizábal continuó:

—Hace como veinte años que lo compré.

—Veinticinco —dijo el Gato—, ya me lo contaste.

—Bueno, jodete, te lo cuento de nuevo. Me acuerdo bien de esa tarde porque me gané todos los premios. Muñecas, trencitos, pelotas de fútbol, qué sé yo, cualquier cosa. Al final el tipo me dijo que un poco más y le ganaba el negocio. Entonces me avivé y le pedí que me vendiera el bicho este, total, ya estaban todos fundidos y el parque cerraba.

Giró ligeramente el cuerpo, apoyó con fuerza la mano izquierda contra la cintura, levantó el brazo derecho y tomó puntería.

—Bueno —dijo—, basta de charla. —Y murmurando, hablando para sí, entre dientes, dijo:— Vamos a ver cómo ando.

El torero, la bailarina, el boxeador, el astronauta y el payaso giraban cada vez con mayor velocidad, como desafiándolo. Hizo fuego. Funes apoyó el mate contra la pava y observó atentamente. *Príncipe* dio un respingo y ladró con fuerza. El torero cayó. Otro disparo, la bailarina también. Otro más, el boxeador. Las balas producían un agudo sonido metálico al estrellarse contra los muñecos. Otro

disparo, el astronauta. Otro más, y nada. El payaso siguió atravesando el carril, indemne. Mendizábal hizo fuego una vez más, y otra, y otra. Inútilmente. El payaso terminó de atravesar el carril y desapareció.

Mendizábal esperó. El muñeco no demoró en aparecer nuevamente. Era un payaso muy alegre, con una gran nariz roja, ojos pintarrajeados y abundantes cabellos rubios. Mendizábal lo observó durante todo el trayecto, con el brazo derecho colgando al costado de su cuerpo, sin disparar. El payaso volvió a desaparecer.

—¿No le vas a tirar? —preguntó extrañado Funes.

Mendizábal no contestó; puso otro cargador en la Luger. El payaso volvió a aparecer. Mendizábal tomó posición nuevamente, alzó el brazo casi con fiereza y disparó. Con un ruido seco y metálico, el payaso cayó hacia atrás.

—Está bien —dijo entonces Mendizábal, con evidente malestar—, basta por hoy.

—¿En qué andás ahora? —preguntó Funes.

Estaban en la cocina, nuevamente. La pava hervía en el fuego y *Príncipe* dormía contra un rincón. Comenzaba a oscurecer.

A Mendizábal no le sorprendió la pregunta del Gato: la esperaba, porque se le había hecho costumbre que su amigo se ocupara de sus cosas. Y no podía ser de otro modo. Era larga ya esa amistad; habían comenzado juntos, más de treinta años atrás, en la banda de Gualtieri, asaltando desde Bancos hasta kioscos de cigarrillos. Eran dos pibes, con muchas ambiciones y sin miedo, decididos, manejando los fierros con pasión y sabiéndose amigos para siempre. Las cosas, sin embargo, terminaron siendo muy distintas para cada uno de ellos. Porque una noche la policía arrestó a Gualtieri, y la banda se quedó sin jefe, y hubo que decidir entre dos posibilidades: o liberarlo a Gualtieri o elegir un jefe nuevo. Y Castillo, un pibe muy joven, certero con el revólver pero con la cara todavía llena de granos, afirmó apasionadamente que había que jugarse por Gualtieri, sacárselo a la cana aunque fuese a sangre y fuego, porque el jefe seguía siendo él y nadie podía reemplazarlo. Y porque Castillo dijo eso fue que una noche Mendizábal, Funes y todos los otros asaltaron en Parque Patricios el celular que trasladaba al jefe hacia Devoto. Y hubo tiros y gritos y heridos y sangre. Y Castillo, a fuerza de coraje o de locura, pudo entrar en el celular, balear a los dos guardianes de Gualtieri, entregarle a éste una pistola para que se defendiera y empezar a correr hacia los autos donde esperaban Mendizábal, Funes y los demás. Y uno de los guardias, moribundo, alcanzó a erguirse y a disparar contra los dos hombres que casi entrelazados escapaban. Y Castillo gritó con fiereza, con bronca o con dolor, y abrió enormemente los brazos, soltó su revólver y cayó contra el pavimento gritando: «rajá, Gualtieri, rajá, no te parés a ayudarme, salvate vos». Pero Gualtieri se detuvo, y con la pistola que Castillo le había dado, le descerrajó tres balazos: «porque nunca hay que dejar



heridos», según explicó después. Y entonces, esa misma noche, en un café de Barracas, Mendizábal le dijo al Gato Funes que desde ese momento él trabajaba solo, sin jefe, sin compañeros, solo. Y así ocurrió.

Pero no con Funes, con Funes todo siguió igual, porque aunque dejó la banda de Gualtieri (justo diez días antes de que a éste lo bajaran de tres plomos en Retiro), en seguida se pasó a otra, y a otra, y a otra más, haciendo siempre lo mismo, durante años, metiendo plomo por nada, hasta que por fin (casi veinte años después de esa noche en que Gualtieri liquidó a Castillo, y Mendizábal se largó solo) decidió formar su propia banda, con tres o cuatro infelices que encontró en cualquier parte, y que una madrugada, en el puerto, después de un topetazo feroz con la policía, lo dejaron por muerto, obligándolo a llegarse casi arrastrando hasta la casa de su viejo amigo, y pedirle ayuda y confesarle que, para él, se había terminado todo, y que ahora sólo quería vivir en paz, o morirse de a poco, que era más o menos lo mismo, y quizá lo que le había venido ocurriendo hasta esta tarde en que acababa de preguntarle:

—¿En qué andás ahora?

Y era cierto que a Mendizábal no le sorprendió la pregunta, que la esperaba, tan cierto como que tampoco sabía qué respuesta darle, porque ni para él mismo estaban claras las cosas. Un desasosiego profundo, amargo, lo dominó apenas intentó hablar. ¿Qué decirle al Gato? ¿Es que acaso había alguna explicación para lo que le estaba pasando? Porque Peña no se había equivocado: era nuevo todo esto, las cosas no habían ocurrido *así* en los trabajos anteriores. Y no solamente por lo de las fotos, sino por otros motivos que ni el mismo Peña sospechaba: *Amanda, Cecilia, Sergio*. Antes, a lo sumo, los trabajos se resolvían con un riguroso seguimiento, un par de fotos y un balazo bien colocado. Ahora no: esto era distinto. Pero, ¿por qué? No lo sabía. Y en todo caso, ¿qué importancia tenía saberlo o no? Si el Gato no le hubiese hecho esa pregunta, él jamás se la habría formulado. Porque también esto era nuevo: hacer lo que estaba haciendo sin averiguar los motivos.

Sintió un alivio profundo, respiró hondamente hasta llenar por completo sus pulmones. De su billetera, extrajo una foto de Külpe y se la alcanzó al Gato.

—Tengo que liquidar a este tipo —dijo—. Nada especial. Un laburo como cualquier otro.

El Gato miró brevemente la foto y en seguida se la devolvió.

—¿Te pagan bien? —preguntó.

—Sí, muy buena guita.

El Gato asintió con un leve movimiento de cabeza.

—No te va a ser difícil comprarme la gamba nueva entonces —dijo—. La de Alemania.

—Para nada —contestó Mendizábal. Sonrió y dijo—: Vos ya lo sabés, gano más guita de la que gasto.

Sin embargo, no era eso lo que Funes quería decirle; estaba haciendo tiempo, solamente.

—¿Querés que haga café? —preguntó.

—No, dejá. Se hace tarde ya, tengo que irme.

El Gato sacó la pava del fuego, encendió un cigarrillo y se sentó frente a Mendizábal. Sus movimientos eran ahora más libres, casi no renqueaba.

—¿Te duele menos? —preguntó Mendizábal.

—Sí, el fresco ayuda. Se me deshinchaba el muñón y entonces me puedo mover más tranquilo.

Quedaron en silencio. Como si ya se lo hubiesen dicho todo por esta vez, y sólo restara esperar el momento de la despedida. Funes, sin embargo, cautelosamente, con visible esfuerzo, comenzó a hablar:

—Mirá, Raúl, por ahí me estoy metiendo en lo que no me importa, pero hace tiempo que tengo ganas de decirte algo.

Mendizábal lo miró intrigado.

—Bueno —aceptó—, decí.

El Gato se tomó su tiempo. Dio una profunda, interminable pitada a su cigarrillo. Después lo apagó y miró a Mendizábal.

—Es sobre vos que quiero hablarte —dijo—. Nunca me animé antes, creo que porque eras más joven y me parecía que tenías más tiempo. O por todas las cosas que habías hecho por mí. Aunque ya sé que te jode que te diga esto, pero es verdad. Yo te debo mucho, Raúl.

—Andá al grano, Gato —dijo Mendizábal—. ¿Qué te pasa?

—A mi nada, yo estoy bien. Aunque ande así, medio inútil. Pero no me quejo. Lo tengo a *Príncipe*, y ahora, además, una o dos noches por semana, se me viene por aquí Ángela y me entretiene un poco. Ya te hablé de ella, creo, una veterana que hace la Calchaquí, una flor de mina, cariñosa. Nos divertimos juntos, nada del otro mundo, pero la pasamos bien. En cambio, vos, Raúl, vos no estás bien. En serio, no te engranes. Te lo digo porque soy tu amigo. Y si no, mirá: debo ser el único que se acuerda de que mañana cumplís cincuenta años. ¿Es cierto o no?

Mendizábal no respondió, tenía los ojos clavados en Funes. Lo escuchó seguir hablando:

—A veces pienso... —se detuvo. Dijo:— Porque en esta casa se piensa mucho, sabés, el tiempo sobra para eso. Y entonces pienso qué carajo hacés vos con toda la guita que ganás, Raúl. En qué la gastás, cómo te divertís. Te lo juro, sobre todo en eso pienso: en cómo te divertís. —Hizo una breve pausa, como si no se animara a continuar. Pero tomó coraje y dijo:— Mirá, sé que por ahí me estoy enterrando con esto que te digo, pero ya estoy jugado. Vos no podés seguir así,

Raúl. Necesitás, no sé, una mina, pero no una mina cualquiera, una compañera digo. Y algo más también. Porque, en serio, ¿de qué te sirve reventar gente, cobrar la guita y volverte a tu casa? Seguís solo igual. Y lo que es más triste: haciendo siempre lo mismo. Escuchame, ¿sabés lo que te hace falta a vos? Enquilombarte un poco la vida. Haceme caso.

Mendizábal colocó afectuosamente su mano sobre la que Funes tenía apoyada en la mesa. Dijo:

—En eso ando. Gato.

Después —«por cualquier cosa»— le hizo anotar el número de teléfono del residencial: «todavía voy a estar allí durante un par de días, podés llamarme».

Media hora más tarde volvía para Buenos Aires. Cuando miró hacia atrás por el retrovisor alcanzó a ver las figuras de *Príncipe* y el Gato recortándose contra un crepúsculo rojizo.

Funes aún agitaba su mano derecha, despidiéndolo.

Un chaparrón intenso, con piedras como metralla, ensordecedor, lo sorprendió mientras atravesaba Avellaneda. Redujo la velocidad y conectó el limpiaparabrisas. Pensó: no va a durar mucho, es demasiado fuerte como para que dure. Cuando llegó al residencial ya no llovía.

—Qué tiempo más raro —comentó con pesadumbre la señora Garland al verlo entrar—. Una no sabe si está viviendo en febrero o en agosto.

—No lo dude, señora —contestó Mendizábal—, esto es febrero; casi siempre es así.

—¿Le parece? —y sin esperar respuesta:— Me da pena pensar en la pobre gente que está veraneando. Aunque, claro, igual han de estar mejor que aquí. Pero usted debe haber tomado frío. ¿Quiere un té?

Mendizábal aceptó, aunque a desgano, porque tenía muchos planes para esa noche, y apuro en realizarlos. La señora Garland trajo el té y reiteró su preocupación por los veraneantes, por los de Mar de Ajó, especialmente, o San Bernardo, e incluso Villa Gesell, que son lugares tan aburridos, y cuando llueve nadie sabe qué hacer, no como en Mar del Plata, que es tan distinto, porque hay de todo, aunque cada vez más caro, no sé si usted estará de acuerdo. Mendizábal contestó que sí, que pronto se volvería imposible veranear en Mar del Plata, y hasta quizá en cualquier parte. La señora Garland expresó que, por desdicha, cada vez escuchaba con mayor frecuencia decir eso a la gente, pero que ella, de todos modos, no creía que fuese para tanto, ojalá no me equivoque.

Entonces retiró las tazas y dio por finalizada la conversación. Poseía una especial sensibilidad —seguramente desarrollada a partir de su orgullo— para advertir cuándo estaba quitando a sus pensionistas el tiempo que éstos querían para sí.

Mendizábal regresó a su habitación. Cerró la puerta con llave, y sin encender las luces, se acercó a la ventana y miró hacia el departamento de Külpe: las persianas estaban entreabiertas, no había luz.

Un vago malestar lo dominó: *no había seguido a Külpe durante toda esa jornada*. No lo había visto salir de su casa, no lo había encontrado en las Barrancas, ni en la agencia de Prode y Lotería. Y para peor, lo sabía bien: quedaba poco tiempo, había que apurarse.

Abandonó su habitación, bajó velozmente las escaleras y salió a la calle. Tuvo suerte en no cruzarse esta vez con la señora Garland, a quien le habría sorprendido verlo salir nuevamente, y más aun de ese modo, sin cambiarse el traje humedecido, presuroso y casi obstinado.

Sabía que no iba a encontrar a Külpe en el departamento, ni tampoco deseaba hacerlo, porque aún no era el momento. Pero mientras descendía la escalinata del pasaje subterráneo, mientras escuchaba una vez más el tableteo de sus pasos contra los azulejos sucios y quebrados, mientras subía casi de a saltos la escalinata de salida, comprendió que pocas cosas podrían excitarlo tanto como visitar nuevamente ese departamento. Porque en él —hasta apenas unas horas atrás— había estado Külpe. (Y con solamente entrar allí, donde él había estado, y mirar lo que había mirado, y tocar lo que había tocado, podía obtener más cosas suyas que siguiéndolo durante todo un día.) Y porque allí también había estado Cecilia. Y allí, anoche apenas, se habían acostado juntos.

El ascensor estaba detenido en la planta baja, de modo que decidió utilizarlo en esta oportunidad. Miró su reloj: las nueve menos cinco. Era la primera vez que entraba de noche al departamento de Külpe.

Con tres precisos movimientos de su llave abrió la puerta, entró y la cerró de inmediato. Permaneció así durante unos instantes, apoyado contra la puerta, en la oscuridad. La luz amarillenta del farol de la calle se filtraba a través de la persiana del living.

El silencio era total. Mendizábal sólo oía el sonido de su respiración. Encendió la luz.

Era evidente: la mujer de la limpieza ya había hecho su trabajo esta vez. Ningún objeto ocupaba otro lugar sino el que le estaba destinado: un florero en el centro de la mesa, el cenicero de pie junto al sillón principal, un par de copas de whisky sobre la pequeña mesa rodante. Había, incluso, tres diminutos cuadros con paisajes marinos sobre la pared que lindaba con el dormitorio, cuyos marcos —dorados y relucientes— llamaron la atención de Mendizábal. Recordó no haber reparado especialmente en ellos durante las dos visitas anteriores.

Caminó lentamente por el living, observando cada detalle. Ningún cigarrillo sobre la alfombra esta vez, ningún vaso de whisky a medio llenar. Miró nuevamente los tres pequeños cuadros: había gaviotas allí, y antiguos barcos de vela, con marineros envejecidos pero todavía vigorosos.

Giró ligeramente la cabeza, ya decidido a ir hacia el dormitorio, y entonces lo vio: casi escondido junto al modular, sobre una silla, había un teléfono. Intrigado —o más aún: sorprendido—, se dirigió hacia el aparato y levantó el auricular. Tenía tono, funcionaba. Algo, sin embargo, no pudo dejar de parecerle extraño: el aparato era de modelo antiguo, color negro, no *demasiado* antiguo, pero de ningún modo pertenecía a los que últimamente colocaba la compañía de teléfonos. Aunque, por supuesto, esto era lo menos extraño de todo, pues lo verdaderamente curioso residía en el hecho de que ese aparato estuviese allí, impertérrito, sin nada que justificase plenamente su repentina aparición. Porque algo era indudable: ese teléfono no estaba antes allí. Y su ausencia, lejos de sorprender a Mendizábal —como, por ejemplo, la ausencia de las fotos de Amanda y Sergio en el dormitorio de Külpe—, ni siquiera había llamado su atención, pues nada era más lógico que la inexistencia de un teléfono en un edificio casi nuevo como el que habitaba Külpe. Lo realmente ilógico, en todo caso, era esto: la intempestiva aparición de ese teléfono; y además: de ese modelo, que de ningún modo era el que hubiese colocado la compañía telefónica en caso de haber decidido, finalmente, adjudicar líneas a los departamentos del edificio.

Mendizábal no dudó un instante más: *era Külpe quien había hecho colocar ese teléfono.*

Sacó un pequeño papel de su billetera y anotó el número que figuraba en la chapa de identificación. La característica era realmente la de la zona, no había nada extraño en esto. Pero no podía dejar de sorprender, por ejemplo, el hecho de que ese teléfono estuviese colocado como estaba, sobre una silla, casi escondido. ¿Por qué?

Aunque, por supuesto, ¿qué otra cosa podía esperarse de una instalación como esa, clandestina, seguramente provisoria? Era cierto entonces: Külpe (tal como le habían informado) se estaba moviendo con mayor rapidez, y había necesitado de la imperiosa instalación de ese teléfono para agilizar sus contactos, para recibir o transmitir órdenes indudablemente destinadas a poner en peligro los intereses del hombre importante.

Mendizábal, como resignado, pensó nuevamente: queda poco tiempo.

Se dirigió hacia el dormitorio y entró. También allí era notoria la implacable tarea de la empleada de limpieza: todo estaba en su lugar. Excepto algo: colgado de una silla, en un rincón de la habitación, estaba el saco azul, con botones plateados, que había usado Külpe durante los dos días anteriores.

Mendizábal se le acercó y lo observó detenidamente. Era sólo un saco azul, cruzado, de tela liviana. Revisó los bolsillos y no encontró nada. Retrocedió tres o cuatro pasos y volvió a observarlo desde esa distancia. Era extraño: pero parecía que fuese Külpe quien estaba sentado en esa silla. Entonces, lentamente, se quitó su saco, lo colocó sobre la cama y se puso el de Külpe.

Abrió una de las puertas del placard, en cuya cara interna había un espejo, y se miró en él: las mangas eran un poco largas, los hombros se le ajustaban más de

lo deseado, pero no le quedaba mal ese saco.

Permaneció largamente así, frente al espejo, mirándose. Después, con la misma lentitud con que se lo había puesto, se quitó el saco, lo colgó nuevamente en la silla, y se puso el suyo.

Volvió a observar entonces los objetos del dormitorio, buscando algo más. Tuvo suerte: asomando apenas por detrás de una de las patas de la cama, descubrió el pucho de un cigarrillo, que, por milagro, había pasado inadvertido a la mujer de la limpieza.

Lo recogió, cuidadosamente: estaba consumido sólo hasta la mitad, tenía rouge. Era de Cecilia. Lo guardó en uno de los bolsillos del saco y salió de la habitación.

Revisó entonces la cocina y el pequeño lavadero. Pero no encontró nada de interés. Volvió al living. Con secreto regocijo, se acercó a la cortina y observó la quemadura que había hecho con su cigarrillo durante su primera visita. Allí estaba, como siempre, inalterada y misteriosa. Sonrió, casi divertido.

Apagó las luces, abrió silenciosamente la puerta y salió. Encendió un cigarrillo como quien se concede un premio. Se sentía satisfecho, bien. Descendió por la escalera hasta la planta baja, atravesó la estación por el pasaje subterráneo y regresó al residencial.

Tampoco esta vez se cruzó con la señora Garland. Subió a su habitación, se duchó y se cambió de ropa. Media hora después estaba cenando en el Munich de Santa Fe y Acevedo. Una hora más tarde estacionaba su coche a media cuadra del *Annie Malone*.

Descendió y comenzó a caminar hacia el dancing. Sonreía. El cielo estaba claro y el aire más fresco. Era noche de sábado, ¿por qué no divertirse un poco?

Dibujada por luces de distintos y rotundos colores, resplandecía en la noche la marquesina del *Annie Malone*. Se encendía y se apagaba como una enorme mano abriéndose y cerrándose con una rapidez parecida al vértigo, atrapando constantemente a cuanto ser solitario (incauto o desesperado) ambulara en la noche por los densos parajes del Botánico.

Mendizábal se detuvo frente a la puerta y encendió un cigarrillo. Observó entonces la enorme vitrina. Entre el marco restallante de las luces, no encontró nada que ya no hubiese visto durante su primera visita: las botellas de whisky importado, las fotos de las dos mujeres, sus vestidos brillantes, los gestos convencionales, casi aburridos del strip-tease, y sus nombres queriendo evocar algún absurdo aire centroamericano: Lupe Quintana, Teresita Velasco.

Entró al boliche.

Hacía mucho tiempo, años quizá, que no visitaba un lugar semejante. De cualquier modo, nada había cambiado demasiado. Mucha oscuridad, varias mesas

con pequeños y mortecinos veladores, una tarima fuertemente iluminada que servía de pista de baile y escenario y donde ahora una mujer hacía un número de strip, algunas parejas tomando whisky en la barra, otras en las mesas manoseándose sin pudor. Poca gente, en general. Como si nada realmente hubiese comenzado allí.

Buscó una mesa junto a un rincón. Casi en seguida, vino a atenderlo un mozo alto y delgado, con ojeras profundas y chaqueta roja. Pidió un whisky. Dio una última pitada a su cigarrillo y lo apagó.

Entonces miró, atentamente, hacia la barra.

Sentada en uno de los altos taburetes, abstraída, aunque simulando observar el número de strip, con un codo apoyado en la barra, fumando, estaba Cecilia. Mendizábal nunca la había observado desde tan corta distancia. Tenía los labios y los ojos muy pintados; su rostro —quizá por contraste— mostraba una intensa palidez. Tenía una nariz larga, afilada, y el cabello muy rubio, casi platinado, esta vez recogido sobre la nuca. Su cuerpo era delgado, pero sólido y sensual.

Mendizábal sonrió: Cecilia estaba donde debía estar, donde él había esperado encontrarla. Ahora (pensó) ya no la podía perder, era suya.

Junto a ella, a sus costados, había dos mujeres. Una muy robusta, vulgar, tomando un whisky y mirando de a ratos hacia la puerta, como esperando la llegada de alguien. La otra era más llamativa. Aunque no solamente eso: más importante también. Tenía un cuerpo esbelto, de anchas espaldas y largas piernas que mantenía generosamente cruzadas. Unos brillantes cabellos negros caían sobre sus hombros. Fumaba y también fingía mirar el número de strip.

De tanto en tanto, giraba ligeramente su rostro y dirigía algunas breves palabras a Cecilia, quien sin mayor entusiasmo, respondía apenas asintiendo con un movimiento de cabeza. Detrás de la barra, había un barman.

Era extraño, dedujo Mendizábal, que no hubiesen reparado en su presencia. Porque algo era evidente: esas tres mujeres estaban allí para atender a los hombres que entraban al boliche, para hablarles de cualquier cosa, o más aún: para escuchar sus repetidas quejas de aburridos solitarios, para consolarlos, manosearlos un poco, obligarlos a consumir mucho, o para cualquier otra cosa que fuese necesaria.

Sin embargo, no: ninguna de las tres miraba hacia su mesa. ¿Sería otra la función que cumplían en el dancing? Era improbable. Quizá fuese muy temprano entonces. O quizá —y esto era lo más posible— esperasen una señal suya para acercarse. Que les hiciera saber por el mozo su deseo de ser acompañado por alguna de ellas en especial, o que las mirase fijamente e inclinara su cabeza a modo de imperceptible pero significativa señal, o quizá —¿por qué no?— que fuera él quien se acercara a la barra y, como quien no quiere la cosa, iniciara alguna conversación.

Decidió, sin embargo, hacer algo diferente: *una especie de ritual*.

Extrajo del bolsillo superior de su saco el cigarrillo de Cecilia que había encontrado en el departamento de Külpe, en el dormitorio, asomando apenas por detrás de una de las patas de la cama. Lo alisó cuidadosamente, como acariciándolo, y lo llevó a sus labios: aún quedaba mucho por fumar de él.

Clavó su mirada en Cecilia, encendió el cigarrillo, y comenzó a fumar, lentamente, sin dejar de mirarla, lanzando el humo en su dirección.

Entonces, como respondiendo a algún misterioso llamado, también ella lo miró.

Mendizábal fumó el cigarrillo hasta el filtro, hasta sentir un ardor casi insoportable en los dedos, sin dejar de mirar a la mujer. Tampoco ella dejó de mirarlo. Sin embargo, cuando él, involuntariamente, dejó caer el cigarrillo al suelo, fue como si el encantamiento se quebrara, porque Cecilia giró imperceptiblemente su cuerpo y dijo algunas breves y secretas palabras a la mujer que estaba sentada a su derecha, a la de los cabellos negros y brillantes, con las magníficas piernas ampliamente cruzadas. No habrán sido más que dos o tres palabras, pero fueron suficientes. La mujer asintió con un amplio movimiento de cabeza y miró a Mendizábal. También Cecilia lo miraba en ese momento, pero permanecía estática, con el cuerpo echado hacia atrás, casi recostada contra la barra, inalcanzable. La mujer de los cabellos negros y las extensas piernas descendió del taburete, y sonriendo, profesionalmente ya, comenzó a dirigirse hacia la mesa de Mendizábal. Era Cecilia, que había rechazado la proposición, quien la enviaba.

Un indescifrable sentimiento instalado entre la furia y la tristeza invadió a Mendizábal. ¿Por qué no venía ella, Cecilia? ¿Por qué ese desprecio, si estaba claro que era *a ella* (incluso a través de un objeto que le había pertenecido, sobre el cual ella había cerrado sus labios, y al que había humedecido con su aliento y su saliva) a quien él había dirigido su mensaje? Pero no. Aquí estaba la otra mujer. Avanzando entre las mesas, esquivándolas con su cuerpo sinuoso y fuerte, sonriéndole constantemente.

—Permiso —dijo al sentarse. Y mirándolo a los ojos:— ¿Puedo?

—Claro que podés —contestó Mendizábal. Y volvió a clavar su mirada en Cecilia.

—¿Te gustaba más la otra, no? —dijo la mujer.

—¿Cuál? —preguntó Mendizábal.

—La rubia, digo. —Sonrió.— A nosotras no se nos escapa nada. Si todavía la estás mirando.

—Curiosidad nomás —dijo Mendizábal—. Estoy bien con vos.

Ella, inesperadamente, le tomó la cara entre sus manos y lo besó fuertemente en la boca, con los labios muy abiertos. Después se echó ampliamente hacia atrás, mostrándose.



—Pero claro que sí, pichón —dijo—. Cómo no vas a estar bien conmigo. Si te sacaste el Prode. Yo soy Lupe Quintana. ¿O me vas a decir que no te diste cuenta?

Mendizábal la miró, y entonces se dio cuenta. Era cierto: era una de las mujeres fotografiadas en la vitrina exterior del local. Aunque no exactamente. Porque en algo había cambiado. Sí, el color de sus cabellos, eso era.

—Estás de rubia en la foto de afuera —dijo él, secamente. «Y más joven», iba a agregar, pero no lo dijo. Además, hubiera sido injusto: era todavía una magnífica hembra.

—Sí, ya lo sé —contestó ella—. Y con diez años menos también. No creas que no me doy cuenta. Soy la primera en saberlo. Pero, mirá, dame una mano. —Sin esperar a que él reaccionara, tomó una de sus manos y la colocó sobre su muslo derecho. Dijo:— Dale, no tengas miedo, tocá. —Él acarició el muslo. Primero suavemente, después con fuerza. Ella sonrió y dijo:— Qué tal. Está firme todavía, ¿eh? Y te digo más: estoy toda así. Diez puntos, pichón.

—Se te ve bien —asintió él, y apartó la mano.

Ella sacó un cigarrillo y lo encendió sin esperar a que él se ofreciera a hacerlo.

—¿Te gusta el número de Teresita? —preguntó señalando con un movimiento de cabeza a la mujer que se desnudaba sobre el pequeño escenario. Sin esperar a que Mendizábal contestara, continuó:— Ella es la otra que tiene su foto en la vitrina de afuera, no sé si te diste cuenta. —Mendizábal dijo que sí.— Bueno, ella sí tiene la edad que representa en la foto. Veintiséis años. Una maravilla, pichón. Pero te digo algo, y si no me lo creés, no importa: yo podría hacer el número que ella hace todavía mejor, o por lo menos igual. ¿Me creés?

—Claro que te creo —dijo él—. ¿Pero por qué? ¿Vos no te desnudás?

Ella sonrió.

—No ahí arriba, pichón. En otras partes sí. Lo que hago ahora ahí arriba es cantar tangos. Como striptisera me jubilaron. Pero no me quejo. El mundo es así: perro y cruel. —Entonces colocó su mano sobre el muslo de él, casi en la entrepierna. Se le acercó con todo el cuerpo y dijo:— ¿Te gusta Teresita? Mirala, mirala ahora. —En ese momento Teresita exhibía su busto sólido y turgente. Lupe dijo:— Te lo juro, pichón. Yo no tengo nada que envidiarle.

—No lo dudo —dijo él.

Fue entonces cuando el mozo trajo el whisky.

—¿Querés tomar algo? —preguntó Mendizábal.

—Igual que vos, un whisky. —Y mirando al mozo, intencionalmente, agregó:— Pero un whisky, eh. A ver si nos entendemos. —El mozo dijo «está bien» y se fue. Ella volvió a apretarse al cuerpo de Mendizábal, le pasó un brazo por los hombros y hundió una mano entre sus cabellos. Dijo:— ¿Sabés qué pasa? A

nosotras, a veces, nos sirven cualquier cosa. Y yo creo que vos tenés ganas de pagarme algo bueno, ¿no es cierto?

—Es cierto —asintió él.

—¿Te molesta que te abrace así?

—Está bien, hacé como quieras.

Pero él volvió a mirar a Cecilia. Lupe lo advirtió al instante, su cuerpo se puso rígido y se apartó ligeramente.

—¿Tanto te gusta la rubia? —preguntó.

—¿Por qué?

—No podés dejar de mirarla.

—Ya te dije, curiosidad nomás.

—¿Querés que te cuente de ella?

—Si tenés ganas —contestó él tratando de fingir indiferencia.

Ella volvió a acariciarle el pelo, aunque sin abrazarlo esta vez. Sonrió, entre burlona y divertida.

—Mirá, no pierdas el tiempo con ella. Tiene banca fuerte aquí. Se sienta allí, donde la ves, porque es linda y le gusta lucirse. Pero no atiende, querido. Las que laburamos aquí somos nosotras. Ella está de reina, apunta más alto. No sé si me entendés.

Mendizábal dijo que sí, que la entendía. Llegó el mozo con el whisky de Lupe. Ella le ordenó que no se fuera hasta probarlo. Lo probó y dijo «está bien, por esta vez no me trajiste basura». El mozo se alejó murmurando algo entre dientes. Lupe dijo:

—Hay que cuidarse mucho aquí, pichón. Esto es peor que la selva. —Liquidó su whisky de un solo trago y preguntó:— ¿Querés saber algo más? De la rubia, digo.

—Bueno —sonrió Mendizábal—. Aunque, por empezar, no es tan rubia. Más bien parece platinada.

Lupe se largó a reír.

—Ni ella debe conocerse el color de los pelos. Pero basta, pichón, mejor me callo. Ya te dije, ella es fuerte aquí y yo una laburante.

En el pequeño escenario, Teresita, totalmente desnuda ya, se acostaba en un diván con estudiada sensualidad. Entonces las luces comenzaron a apagarse alrededor de su cuerpo hasta que la oscuridad la cubrió por completo. Hubo algunos aplausos.

—Bueno —dijo Lupe—, terminó el número pajero. Ahora vengo yo.

—¿Tenés que actuar? —preguntó Mendizábal.

—Sí, pero ya te dije, pichón: yo no me desnudo. Canto tres tangos y listo. ¿Me vas a esperar?

—Sí, te espero.

Ella le tomó el rostro entre las manos. Lo miró a los ojos y dijo:

—En serio te lo pregunto: ¿me vas a esperar?

—No me hagas repetir las cosas, ya te dije que sí.

Ella lo besó en la boca y se puso de pie. Se alejó entre las mesas y desapareció detrás del pequeño escenario. Seguramente iba a retocarse el maquillaje.

Mendizábal volvió a mirar a Cecilia: «tiene banca aquí, es fuerte», eso había dicho Lupe. Y no era demasiado difícil descubrir que no mentía. Cecilia, recostada contra la barra, desde su alto taburete, gélida e inaccesible, no miraba el local, *lo controlaba*.

Mendizábal continuó mirándola, con la esperanza de que ella también, en algún privilegiado instante, lo hiciera. Pero no fue así, sino al contrario. Porque súbitamente, ella giró no sólo su cabeza, sino incluso su cuerpo hacia la entrada del boliche, y una sonrisa de satisfacción (o más aún: de honda sensualidad) atravesó su rostro.

Külpe acababa de entrar.

Mendizábal sintió un repentino, compulsivo deseo de escapar. Logró dominarse. Por de pronto (se dijo) era necesario no olvidar algo: el hombre que acababa de entrar no lo conocía. Además, aunque lo conociera, era altamente improbable que pudiera descubrirlo allí, en ese rincón del dancing, en medio de las sombras, solitario.

Advirtió, inmediatamente, lo absurdo que significaba detenerse a considerar este último punto. Lo único, lo real y definitivo era que Külpe no lo conocía, y que nadie puede descubrir a alguien que no conoce. Se tranquilizó.

Külpe no había llegado solo. Lo acompañaba Morales, aunque esta vez sin los anteojos negros, exhibiendo unos ojos redondos, levemente desorbitados, con unas bolsas densas y violáceas.

Cecilia se bajó del taburete, pasó los brazos alrededor del cuello de Külpe y lo besó en la boca. Después se acercó a Morales y aceptó el beso que éste le dio en la mejilla. Morales dijo algunas pocas palabras y se alejó con pasos breves pero rápidos, hasta desaparecer por una pequeña puerta que había a un costado del escenario, donde seguramente estaba ubicado el privado del boliche. Külpe y Cecilia quedaron en la barra, conversando, mirándose, tomándose a veces por las manos, siempre muy cerca, muy juntos.

Desde el pequeño escenario llegaba la voz de Lupe, sorprendentemente grave y triste: *Sé que mucho me has querido, tanto, tanto como yo*. En ese momento, la mujer robusta y vulgar que, además de Lupe, Mendizábal había observado al comienzo en la barra junto a Cecilia, abandonó su taburete y fue a hacer compañía a un esmirriado cliente que con aire de pollo ya cocinado, listo para el guadañazo, acababa de entrar. *No sé por qué te perdí, tampoco sé cuándo fue*. Ahora, junto a Külpe y Cecilia, *pero a tu lado dejé* quedaban dos taburetes vacíos *toda mi vida*. Mendizábal decidió no pensar *es tan poco lo que falta* lo que iba a hacer *parairme con la muerte*, sabía que si lo pensaba, *ya mis ojos no han de verte* no lograría atreverse *nunca, nunca*.

Encendió un cigarrillo y se puso de pie. *Y si un día por mi culpa, una lágrima vertiste*. Con paso firme, atravesó el boliche, *porque tanto me quisiste* y fue a sentarse en el segundo de los taburetes *sé que me perdonarás* que habían quedado libres junto a Külpe y Cecilia.

Un taburete de por medio: fue todo cuanto decidió concederle a la cautela.

Se escucharon algunos aplausos. Lupe acababa de terminar su primer tango. Había dicho (recordó Mendizábal) que iba a cantar tres. Quedaban dos, después volvería a la mesa, buscándolo. Había que apurarse.

El barman se inclinó ligeramente hacia él desde el otro lado de la barra y le preguntó qué quería tomar. Mendizábal pidió un whisky. *Tus sombras torturan, mis horas sin sueño*, seguía Lupe ahora. A través de los ruidos del boliche (las apagadas pero persistentes conversaciones de las parejas en las mesas, el tintineo de los cubitos que el barman acababa de ponerle en el vaso de whisky, la música, la grave voz de Lupe y hasta algunos bocinazos que llegaban desde la calle), Mendizábal intentó escuchar la conversación de Külpe y Cecilia.

Descubrió, sin embargo, que le estaban temblando las manos, y que una excitación intensa y desconocida recorría su cuerpo. Había, en ese momento, apenas algo más que un metro de distancia entre Külpe y él: *nunca habían estado tan cerca*. Vagamente recordó que, sólo un par de días atrás, le había parecido insensato seguir a Külpe en el mismo colectivo que éste tomara. Ahora, en cambio, estaba junto a él, cierto que entre las sombras y el bochinche de un night club, pero acodado en la misma barra y con apenas un estólido, solitario taburete entre los dos.

Se dijo que si lograba alzar el vaso de whisky, llevárselo a los labios y tomar un buen trago, las manos iban a dejar de temblarle, e iba a lograr serenarse. Al menos, lo suficiente como para escuchar algo de la conversación de Külpe y Cecilia.

Consiguió hacerlo. Entonces, lejana, apenas audible le llegó una frase de Cecilia: «que todo termine porque recién». Sólo eso. Tomó otro trago. *Clavado a tus calles, igual que una cruz*, la voz de Lupe. Ahora le zumbaban los oídos y empezaba a dolerle la cabeza. Puta madre (se dijo) ¿por qué todo se volvía tan difícil si hasta ahora había ido tan bien? De pronto, más cercana esta vez, otra frase de Cecilia: «puedo esperar pero también a veces». La cosa mejoraba, aunque no mucho *mis sueños se van, se van, no vuelven más*. Si bien aún era demasiado lo que perdía, las

palabras le llegaban con mayor nitidez. Por fin, pudo escuchar la voz de Külpe: «no me presiones, te lo digo en serio, no quiero que nadie». Tomó otro trago. Las manos habían dejado de temblarle por completo, pero estaba transpirando. La camisa se le pegaba al cuerpo y pequeñas pero ardientes gotas de sudor caían desde su frente atravesándole la cara. Puso el vaso sobre la barra, *y cómo de nuevo lo empujó ligeramente hacia el barman y pidió otro whisky vestido de fiesta, mi viejo arrabal*. Otra vez aplausos. La voz de Lupe, agradeciendo: «son muy amables, gracias». Había terminado su segundo tango. Carajo, ¿tan poco faltaba? Cecilia ahora: «te estás encaprichando y perdiendo el tiempo en eso». El barman le sirvió el segundo whisky. *Quisiera abrir lentamente mis venas*, recomenzaba Lupe. Külpe ahora: «una cosa es decirlo, decirlo es fácil, cualquiera». No había duda posible: hablaban de Amanda, de toda la enmarañada historia que Külpe había armado junto a ella. *Pude ser feliz, y estoy en vida muriendo y entre*. Cecilia: «a veces me canso». Külpe: «dejame resolverlo a mi modo, no me». Y nuevamente, el temblor en las manos. ¿Por qué, carajo, por qué? *Sombras nada más*. Pudo levantar *entre tu*, sin embargo, el vaso *vida y mi vida* de whisky y sepultar el líquido ardiente *sombras nada más* en su *entre tu amor* garganta *y mi amor*. Lo vació de un solo trago. La transpiración, ahora, se le había vuelto helada. Külpe: «yo sé que nadie puede, nadie puede, nadie puede». Sacudió la cabeza con fuerza y respiró hondo. Dejó el vaso sobre la barra. Estaba bien, era suficiente. De cualquier modo, ya no estaba en condiciones de poder escuchar mucho más. Hubo aplausos, nuevamente. Lupe había terminado. Mejor, mejor así. Le pagó los whiskys al barman y volvió a la mesa.

Lupe no demoró en llegar.

—Dame un cigarrillo —dijo, sentándose como quien se desmorona—. Madre santa, cómo me pudre todo esto. Pero en fin, no hay otra cosa.

Mendizábal le encendió el cigarrillo.

—Cantás bien, sin embargo —dijo—. Con ganas.

—Aquí nada se hace bien, pichón. Ni con ganas. Pero no importa. —Y sonriendo, intencionadamente:— Te vi en la barra. Parece que no te pudiste aguantar.

—¿Aguantar qué?

—Acercarte a ella. Y no te hagas el zonzo. A ella, a Cecilia.

—¿Así se llama?

—Así.

Mendizábal llamó al mozo y pidió dos whiskys más. Después dijo:

—Mirá, no sé por qué fui a la barra. Pero creo que me pareció que te iba a escuchar mejor desde allí, o que me iba a sentir menos solo. No sé, algo de eso.

Lupe, como si suspirara, largó el humo.

—Está acompañada ahora —dijo—. ¿La viste?

—Sí, la vi —afirmó Mendizábal, y le tembló la voz.

Lupe lo miró con mayor atención.

—¿Te pasa algo? —preguntó.

—¿Por qué?

—Estás transpirando. Tenés la frente empapada.

—Debe ser el calor —contestó Mendizábal. Y en seguida:— Decime: ¿quién es el que la acompaña?

—¿Ese? No sé, no hace mucho que anda por aquí. Pero la debe atender bien, porque ella se le prende con más ganas que una garrapata. Mirala ahora si no.

Era cierto: Cecilia acababa de rodear nuevamente el cuello de Külpe con sus brazos y ahora lo besaba largamente en la boca.

—Franelean todo el tiempo —dijo Lupe. Después, se encogió de hombros y agregó:— Y bueno, mientras les dure la calentura.

El mozo trajo los dos whiskys.

—No es raro que estén calientes —dijo Mendizábal—. Más todavía, si como decís vos, no hace mucho que él anda por aquí.

Lupe cayó en el lazo. Dijo:

—Es cierto, hará un mes o dos que apareció por primera vez. —Sin embargo, agregó en seguida:— Pero basta, che. Primero me tiraste la lengua sobre la cretina ésa, y ahora sobre el macho que la atiende. Si no la terminás, me voy a enojar en serio, pichón.

—Bueno —sonrió Mendizábal, evasivo—, de algo hay que hablar, ¿no?

—Hablame de vos para eso, lo prefiero. Pero esperá, no te pierdas esto. Teresita hace el número de Fred Astaire.

Se encendieron las luces del pequeño escenario y apareció Teresita vistiendo smocking, galera y bastón. Empezó a desplazarse con movimientos suaves, insinuantes.

—Lo hace bien la guachita —sonrió Lupe, con afecto—. En serio, lo hace como pocas.

Teresita empezó a quitarse la ropa. Lupe la miraba extasiada, le brillaban los ojos. Mendizábalapuró un largo trago de su whisky.

—¿Después cantás vos de nuevo? —preguntó.

—Sí, carajo, por desgracia. Pero es la última vez. En seguida me pianto. Dame un cigarrillo, pichón.

Mendizábal le alcanzó uno y le dio fuego. Külpe y Cecilia abandonaron sus taburetes y empezaron a caminar hacia el fondo del salón. Lupe lanzó la primera

bocanada con fuerza, hacia arriba. Külpe y Cecilia desaparecieron por la puerta ubicada al costado del escenario, la misma que había utilizado Morales. Lupe sonrió y dijo:

—Se te fueron, pichón. Detrás de esa puerta se cocinan las cosas gordas de este lugar. Así que van a tardar un buen rato en salir. Vas a tener que entretenerte conmigo nomás.

—Mirá que sos pesada en serio —dijo Mendizábal—. De entrada te dije que estoy bien con vos. No me hace falta nada más.

Ella se le acercó y lo besó en la boca. Mendizábal también la abrazó con fuerza.

—Hummm... —ronroneó Lupe—. Estuvo bueno eso. Te voy a pedir algo.

—Qué.

—Esperame. Quiero que nos vayamos juntos de aquí.

Mendizábal vaciló.

—¿No querés? —preguntó ella.

Ahora fue él quien la besó.

—Está bien —dijo—. Te espero y nos vamos juntos.

—¿Me vas a contar cosas de vos?

Mendizábal sonrió.

—¿Tantas ganas tenés?

—Sí —afirmó ella. Y en seguida:— No sé, pero parecés un tipo misterioso.

—Te vas a desilusionar.

Ella volvió a mirar el escenario. Teresita, con elaborada languidez, deslizaba su corpiño sobre una silla.

—Mirala —dijo Lupe—. No me digás que no tiene unas tetas sensacionales.

Mendizábal asintió. Teresita terminó su número. Aplausos otra vez. Lupe apuró de un trago lo que le quedaba del whisky. Miró a Mendizábal. Dijo:

—Escuchame, pero escuchame bien. Quiero que me esperés. Y más todavía, quiero que esta noche la pasemos juntos. Hay un hotel aquí cerca, en Agüero. O si no vamos a otro lado, donde vos quieras, no importa. Pero no me fallés, pichón, porque hoy no quiero estar sola. Y porque además quiero estar con vos. ¿Estamos?

Mendizábal la escuchó sin responder. Ella lo besó en la boca, fuertemente, y después fue hacia el escenario. Mendizábal sintió una tristeza profunda, casi dolorosa.

Llamó al mozo y pagó la cuenta. Después se puso de pie y salió del boliche. Todavía alcanzó a escuchar: *tu ilusión fue de cristal, se rompió cuando partí, pues*

*nunca...*

Era la voz de Lupe.

Llegó al residencial alrededor de las dos de la mañana. Entró en la sala y abrió un armario donde sabía se guardaban las bebidas: necesitaba tomar algo. Encontró, por suerte, una botella de *Old Smuggler*. Subió con ella a su habitación.

Encendió la luz, fue al baño, agarró su vaso y lo llenó de whisky hasta el borde. ¿Por qué? ¿Por qué no se había ido con Lupe? ¿Tan arriesgado hubiera sido? ¿No lo había sido más acaso sentarse junto a Külpe?

Se llevó el vaso a los labios y lo vació hasta la mitad. ¿Qué ganaba estando ahora en esta habitación, solo, en lugar de haberse ido con Lupe donde ella quería, a ese hotel de la calle Agüero, o a cualquier otro lado, aun a la mismísima mierda, a cualquier parte, carajo, donde no sintiera esta tristeza que sentía ahora, o esta angustia, ahogándolo, partiéndole el pecho, qué ganaba?

Tomó tres vasos más de whisky, bien llenos. Después se quitó las ropas y, desnudo, se tiró en la cama. Estaba como muerto. Durmió durante diez horas seguidas.

Era mediodía cuando despertó. Era también domingo. Y (recordó) algo más: el día en que cumplía cincuenta años. Fue hasta el baño y se miró al espejo. Tenía el rostro pálido, unas ojeras densas y los ojos enrojecidos. No era nada (se dijo), apenas el rostro de un hombre de cincuenta años que se despertaba de una borrachera.

Golpearon la puerta de su habitación.

—Señor Mendizábal.

Era la señora Garland.

—¿Qué pasa, señora? —preguntó acercándose a la puerta, sin abrirla.

—Teléfono para usted.

—Ya bajo.

Se vistió rápidamente y bajó a la recepción. La señora Garland le alcanzó el auricular y, con actitud reservada, se alejó inmediatamente.

—Hable —dijo Mendizábal.

—Buenos días —dijo Peña—. Espero no haberlo despertado —con ironía lo dijo.

—¿Qué quiere —dijo secamente Mendizábal.

—¿Terminó el trabajo? —preguntó Peña.

—Ya sabe que no —contestó Mendizábal—. ¿O acaso no escuchó lo que le dije a su jefe? Necesito un par de días más.



Hubo un silencio del otro lado de la línea. Mendizábal esperó. Después dijo Peña:

—Mire, voy a ser lo más claro que pueda. Queremos acción. Ayer le dijimos que quedaba poco tiempo, hoy le digo que ya no queda nada, ¿me entiende?

—No habíamos arreglado eso ayer.

—No importa —dijo Peña con firmeza—. Ayer fue ayer. Las cosas cambian muy rápido en este negocio. Usted tendría que saberlo.

—Hable claro. Si le dieron alguna nueva orden para mí, me la dice ya mismo y se acabó.

—Está bien. Escuche: lo ideal sería que todo quedara liquidado hoy, ¿está claro?

Mendizábal vaciló. Después dijo:

—Es un cambio muy grande. Ayer hablamos de un par de días. Tres o cuatro.

¿Por qué mentía?, se preguntó con sorpresa. Era increíble, pero estaba mintiendo. Sabía que no habían quedado *exactamente* en eso. Peña, por supuesto, también. Por eso dijo:

—Parece que perdió la memoria, Mendizábal. Usted dijo que la primera noche que el tipo volviera sin esa mina, terminaba el trabajo. ¿O no fue así?

Mendizábal no respondió. Peña dijo:

—Lo que quiero que entienda hoy es esto: venga o no venga con la mina, usted esta noche nos cumple. Y asunto acabado.

—No creo que su jefe le haya dado esa orden para mí.

Peña no contestó en seguida. Después dijo:

—Está bien. Si usted lo quiere así, digamos que no es una orden. Pero tampoco le anda muy lejos.

—Bueno, me doy por enterado. ¿Algo más?

—Eso es todo —dijo Peña.

Mendizábal colgó el auricular.

«Después de la siesta» había dicho Amanda. Una frase demasiado imprecisa para Mendizábal, quien acostumbraba a establecer sus citas con mayor exactitud. ¿Qué podía significar «después de la siesta»? ¿Las tres, las cuatro, las cinco de la tarde? Cualquiera cosa.

Sabía, de todos modos, que se le iban a hacer largas esas horas. Alrededor de la una almorzó en *El Ciervo de Oro*. Pensaba terminar a las dos, pero a la una y

media ya estaba pagando la cuenta: había comido poco, no tenía apetito. Salió a la calle. Era un día caluroso, con muchas nubes, sofocante. Carajo, ¿cuándo iba a llover en serio de una vez por todas?

Quería estar *ya* junto a Sergio, junto a Amanda. Construyendo el barrilete con el chico, hablando con la mujer, tironeándole sus secretos. Abrió el baúl de su coche y observó si tenía todos los elementos para hacer el barrilete. Sí, no faltaba nada.

Fue entonces a una matiné en un cine de la calle Cabildo. Una buena idea. Vio una película francesa. En una escena, la protagonista (era de noche) se bañaba en el mar, desnuda, mientras su hombre, tostado por el sol, lleno de músculos, con espaldas anchas y caderas estrechísimas, la esperaba en la playa, acostado en la arena, fumando. Esa serenidad, esa sabia firmeza con que el hombre esperaba a la mujer provocó la envidia, casi el rencor de Mendizábal. Porque ella en el mar se excitaba cada vez más, y su deseo de ser poseída aumentaba. ¿Cómo era posible entonces estar tan sereno ante una hembra de ese modo exigente, voraz? Pero el hombre de la película seguía tal cual, como si estuviera solo en su casa, tirado en la cama y leyendo el diario. Porque ni siquiera se lo veía particularmente excitado o nervioso. Nada. Todo se deslizaba plácida y normalmente para él. Por fin, ella salió del agua y corrió en su dirección, y él se puso de pie y la abrazó con calidez pero con firmeza. «Tengo frío», dijo ella, en un susurro. Él entonces la besó en la boca, la alzó y la llevó hasta la cabaña donde vivían. Ahí, seguramente, habría de poseerla. Seguramente, porque la escena no duraba más. De cualquier forma, Mendizábal quedó excitado. Y no solamente eso, sino que otros sentimientos también se despertaron en él: envidia, frustración, rencor. Salió del cine antes que la película terminara. Subió al Renault y se dirigió a las Barrancas. Eran las cuatro de la tarde.

Amanda y Sergio aún no habían llegado. Se sentó en uno de los bancos de piedra, encendió un cigarrillo y esperó allí. Durante un momento, se sintió como el hombre de la película, acostado en la arena, esperando a la mujer y fumando. Pero no. Porque no había en él la serenidad que había en el otro. Ese plácido modo de esperar, del que sabe que nada de lo que pueda ocurrir alcanzará a escapar a su control, o mejor aún: a su experiencia, a su sabiduría de la vida incluso. Y si bien era cierto que Amanda no vendría tan particularmente excitada como la mujer de la película (desnuda, con la piel bronceada y brillando bajo la luz de la luna), no era menos cierto que también venía como *mujer*, excitada o no, dispuesta a entregarse o preparada para el rechazo, pero como mujer, ante la cual él, Mendizábal, debía aceptar el papel de hombre y jugarlo como se debe.

Eran las cuatro y media cuando llegaron. Fue Sergio el primero en verlo. Lo saludó con un amplio gesto de su brazo y una sonrisa de alegría. Mendizábal se les acercó. Sergio corrió hacia él, dio un brinco ágil, felino, y se le colgó del cuello, *igual que con Külpé*. Exclamó:

—¡Yo sabía que ibas a venir! ¿Viste, mami? Yo sabía que iba a venir.

Amanda se le adelantó sonriendo y estrechó su mano. Era de esas mujeres

que saben dar la mano, que no la entregan como una baba muerta, pasiva, sino que la hunden bien en el arco que forma la mano del hombre y la cierran con fuerza. Le gustó eso a Mendizábal. Le pareció, de entrada, una prueba de confianza. Quizá era meramente el estilo de ella, quizá lo hacía con todo el mundo, pero en todo caso no había dejado de hacerlo con él.

—Buenas tardes —la escuchó decir—. Sergio no veía la hora de encontrarse con usted.

—También yo tenía muchas ganas de verlos —dijo Mendizábal. Pero por supuesto: incluyendo a ella en su frase, no como ella que se había referido, únicamente a Sergio. Amanda, seguramente, no dejó de percibirlo.

—¿Trajiste las cosas para hacer el barrilete? —preguntó Sergio.

—Están en el baúl de mi coche —dijo Mendizábal—. Esperame aquí que ahora las traigo.

Cuando las trajo, Amanda ya se había sentado en el césped, sobre el mismo pulóver de la vez anterior, y recomenzaba su tejido. Sonrió al ver a Mendizábal cargando con las cañas, el papel, el hilo y la plasticola. Dijo:

—Parece que no es nada fácil el asunto. Lo veo más pertrechado que un soldado.

—Ya lo creo —dijo él—. Es toda una lucha y una ciencia.

—Bueno —sonrió ella—. Adelante entonces.

No era que las cosas hubiesen cambiado, no. Ella era la misma mujer de la vez anterior. Cerrada, recelosa. *Pero algo se había movido*. Quizá fuera, meramente, que éste era el *segundo* encuentro que mantenían y que ya no se justificaban algunas desconfianzas del primero. Quizá ella fuese de ese tipo de mujer, de las que piensan: *siempre un poco más* la segunda vez. O quizá fuese algo totalmente distinto. Que ella, por ejemplo, se hubiese encontrado nuevamente con Külpe durante el día de ayer, no al mediodía pero sí a la tarde, o que hubiesen hablado por teléfono y se hubiesen distanciado aún más de lo que ya lo estaban, discutiendo con mayor fuerza esta vez. O quizá (¿por qué no?) no hubiese ocurrido nada de esto, sino todo lo contrario, y por eso ella estaba contenta hoy, en paz con la vida, y con más ganas de hablar y estar con la gente, aun con desconocidos como él, más todavía si se presentaban así, tan bien dispuestos, generosos, con entusiasmo hasta para hacerle un barrilete al chico.

Alguna de todas estas cosas había pasado, porque ella no era *exactamente* la misma de la vez anterior. Incluso la manera en que lo miraba ahora, sin abandonar su tejido, mientras él preparaba con Sergio todos los elementos para hacer el barrilete, era distinta. Muy difícil de definir, pero distinta. Aunque atención: tampoco era aconsejable sacar conclusiones apresuradas, había que esperar aún. Todo se aclararía cuando, finalmente, pudiese hablarle.

No fue difícil armar el barrilete. Sergio miraba extasiado a Mendizábal,

como si una sabiduría de siglos surgiese a través de sus manos seguras.

—¿Nunca te habían construido un barrilete? —preguntó Mendizábal.

—No, siempre me los compran hechos. Y claro, todos son como esa porquería que vos viste la otra vez.

—¿Quién te compra los barriletes? —preguntó Mendizábal, y miró, imperceptiblemente, hacia atrás: Amanda estaba lejos, no podía escuchar.

—Mi tío —contestó Sergio.

—¿Tu tío? La otra vez no estaba con ustedes, ¿no?

—Vino un rato y se fue en seguida.

—¿Es bueno con vos?

—Sí, pero no sabe hacer barriletes.

—Claro. Pero eso no es grave, a cualquiera le pasa.

Fue atando las cañas, manteniendo el hilo muy tirante.

—¿Cómo es tu tío? —preguntó.

—Alto, rubio —dijo Sergio—. Un día te lo voy a presentar.

—Bueno.

Cuidadosamente, comenzó a cortar el papel.

—¿Y tu papá? —preguntó—. ¿Tampoco sabe hacer barriletes?

Una leve sombra de tristeza atravesó el rostro de Sergio.

—No sé —dijo—. No me acuerdo de mi papá. Murió cuando yo era muy chico.

Mendizábal lo miró.

—¿Cuántos años tenés ahora?

—Siete.

—¿Y cuántos tenías cuando murió tu papá?

Sergio vaciló. En seguida dijo:

—Yo no me acuerdo. Pero mamá dice que tenía un año, o un año y medio, más o menos.

*Murió hace dos años.*

—Claro —dijo Mendizábal—, hace mucho tiempo. Casi seis años. Es muy difícil que te acuerdes.

*Murió hace dos años.* Había mentido Amanda. ¿Por qué?

El barrilete remontó fácilmente. Cuando estuvo arriba, Mendizábal le pasó el hilo a Sergio.

—Tenelo vos ahora —dijo—. Ya está seguro.

—Este sí que es bueno —dijo Sergio, tomando el hilo con entusiasmo—. No colea ni medio. ¿Y vos qué vas a hacer?

—Voy a acompañarla un rato a tu mamá. La dejamos muy sola.

Sergio asintió con la cabeza.

—Bueno —dijo—. Cualquier cosa te llamo.

Mendizábal se fue acercando lentamente a la mujer. Aunque muy poco aún, el sol había comenzado a descender y la iluminaba desde atrás, filtrándose a través de sus cabellos. En ese momento a Mendizábal le pareció absolutamente hermosa. Se sentó a su lado.

—Ya está —dijo—. Tarea cumplida.

Ella sonrió.

—Ya lo veo —dijo—. Sergio se lo va a agradecer siempre.

Sin embargo (le pareció advertir a Mendizábal), Amanda estaba tensa: como si acabara de tomar conciencia de que todo el asunto del barrilete no había sido más que una excusa para esto, para sentarse a su lado y trabar relación con ella. O quizá no. Quizá no estaba tensa en absoluto y todas eran ideas suyas, absurdos temores que poco tenían que ver con la realidad.

Le ofreció un cigarrillo que ella rechazó y encendió uno para él. Lo mejor (decidió) era dejar que las cosas transcurrieran normalmente, sin tratar de adelantarse a ellas. También abandonó la idea de tironearle secretos a Amanda. ¿Para qué? Una vez muerto Külpe, le sobraría tiempo para todo eso. Para hacerlo, incluso, mejor, sin apuro, mesuradamente. Lo importante ahora era no averiguar nada sobre ella, o sobre su pasado, o sobre su actual relación con Külpe, sino justamente lo contrario. Es decir: no adoptar actitudes ni formular preguntas que pudiesen resultarle sospechosas. Dejarse estar. Hablarle de cualquier cosa. Instalarse lentamente en su vida. Pero eso sí: *instalarse para siempre*. Una calma profunda lo dominó luego de haber adoptado esta actitud. Ahora podía enfrentar a Amanda con mayor serenidad.

Hablaron entonces de muchas cosas, quizá intrascendentes, pero de las cosas que habla la gente cuando recién se conoce. Él se inventó un trabajo: representante de artículos eléctricos; eso le dijo. Que visitaba ferreterías, negocios mayoristas, empresas de construcción y varios lugares más. ¿Si le iba bien? Más o menos, a quién le iba bien en estos tiempos. Pero le alcanzaba para vivir cómodamente. Sí, eran épocas duras, quizá cambiaran un poco, quizá no, habría que ver. Ella se dijo maestra. En una escuela de la calle Maure, allí trabajaba. Muy bajo el sueldo, por supuesto. Pero ya se sabe: nunca ganaron bien los maestros; en nuestro país es una especie de ley. Ya casi nadie protesta, y tan importante que es,

¿no? Porque, al fin y al cabo, si se quiere, un maestro es más importante que un ministro. Pero, claro, quién lo convence al ministro de una cosa así. Y sobre todo al de educación. Ambos rieron. En fin, había que resignarse.

Entonces, súbitamente, ella se calló, como si estuviese arrepentida de haber mantenido esa conversación. Mendizábal sintió que volvía al mutismo de su primer encuentro, a su aislamiento, a su inalcanzable lejanía. ¿Por qué?

Decidió arriesgarse.

—No sé —dijo vacilante—, pero tengo la sensación de que se acordó de algo triste.

Ella no contestó. Buscó su cartera, la abrió y sacó cigarrillos. Él le ofreció fuego. Ella aceptó. Permanecieron en silencio. Sergio seguía con el barrilete. Amanda, después de un largo momento, dijo:

—No hace falta que me acuerde de nada especial para estar triste. Yo soy así.

Mendizábal no supo qué decir. En realidad, la respuesta de ella cancelaba todo diálogo. Pues justamente lo que él pensaba preguntarle era por qué estaba triste. Sin embargo, insistió:

—Pero hace un momento no estaba así. Usted se calló de golpe, como si se hubiese acordado de algo.

Ella primero negó con un movimiento de cabeza mientras lanzaba el humo de su cigarrillo. En seguida, dijo:

—No me acordé de nada. Solamente volví a mi estado natural. Lo raro en mí es que hable.

Hubo un nuevo silencio. Después, en voz muy baja, ella dijo:

—Soy una persona callada, por naturaleza. Y también triste. —De pronto alzó el rostro, lo miró a los ojos y dijo:— Pero háganme un poco de usted. ¿No tiene algún hobby?

Claro que sí, cómo no. Mendizábal se explayó con pasión sobre el tema. Le habló de casi todas las marcas de máquinas fotográficas existentes, de sus particularidades y diferencias. Le contó de su pequeño laboratorio en el chalecito de la calle Lugones, de las distintas técnicas de revelación, de cómo lograr variados matices en el color, etc. Ella lo escuchaba atentamente y una nueva expresión asomaba en su rostro: no sólo de interés, sino también de serenidad, de bienestar.

Este era el camino, se dijo él. Ahora sí: empezaba a ser suya.

Entonces se escuchó la voz de Sergio:

—¡Raúl!

Allá, en lo alto, violentamente, el barrilete había empezado a colear. Mendizábal se incorporó presuroso, corrió hasta donde estaba el chico y se adueñó del hilo. No demoró en corregir la situación.

—Ya está —dijo—. Cuando veas que empieza a agitarse mucho, aflojale más hilo y listo.

Volvió junto a Amanda. Ella acababa de encender otro cigarrillo. Entonces dijo:

—Sabe, le mentí.

Él la miró intrigado.

—Usted tenía razón hace un momento —continuó ella—. Yo me había acordado de algo triste.

Hubo un prolongado silencio. Ella tomó una pajita y comenzó a escarbar la tierra. No le era fácil decir lo que estaba diciendo. Mendizábal esperó. Sentía que, lentamente, las cosas empezaban a cambiar. Que ella, por fin, se abría. Al menos, un poco, quizá lo suficiente. La escuchó seguir:

—No es fácil para una mujer estar sola. Al contrario, todo se vuelve doblemente difícil. —Lo miró a los ojos. Dijo:— De eso me había acordado.

Él asintió, con un leve y triste movimiento de cabeza. En ese instante pensó que (quizá) ahora todo le estaba permitido: preguntarle cuántos años llevaba viviendo sola, cómo había sido su esposo, en qué tipo de accidente había fallecido, e incluso si alguna vez había pensado volver a casarse. Pudo contenerse, sin embargo. Nada de esto era necesario. Había tiempo y todo comenzaba a encaminarse bien. Porque había sido ella, sin que él le preguntase nada, quien acababa de confesarle uno de sus secretos, quizá no el más importante, ni siquiera uno demasiado trascendente, pero un secreto al fin, un sentimiento oculto que de ningún modo le confiaría a cualquiera. Algo que la unía, indestructiblemente, a él.

Media hora más tarde, a pedido de Amanda y pese a las resistencias de Sergio, bajaron el barrilete. Ya era el momento de irse, había dicho ella. Sergio tenía que tomar la merienda y darse un buen baño.

Mendizábal se ofreció a llevarlos en su coche.

—No hace falta —dijo ella—. Vivimos a menos de dos cuadras de aquí.

—¿Puedo acompañarlos? —preguntó él.

Ella dudó un instante. Después dijo:

—Como quiera.

Vivían a pocos metros de Montañeses y Juramento, en una casa pequeña, sin jardín.

—¿Nos vamos a ver de nuevo? —preguntó Sergio cuando llegaron.

—Dale un beso al señor —dijo Amanda sin responder a su pregunta—. Y dale también las gracias por el barrilete.

Sergio le hizo caso, e insistió:

—Bueno, mami. ¿Pero cuándo nos vemos otra vez?

Amanda sonrió y extendió su mano hacia Mendizábal. Ella estrechó con fuerza.

—Hasta el domingo —dijo ella.

—Hasta el domingo —repitió él.

Entraron en la casa. Mendizábal encendió un cigarrillo y se alejó lentamente. Se sentía bien. Tenía hambre.

Casi sin darse cuenta, entró al *Strómboli*. Pidió una cerveza y un especial de jamón y queso. Recién entonces advirtió que estaba en el mismo lugar donde había almorzado luego de su primer encuentro con Amanda, incluso quizá en la misma mesa.

Buscó en el bolsillo interior de su saco la servilleta de papel donde había hecho las anotaciones. La encontró, la alisó sobre la mesa y volvió a estudiarla atentamente.

SPECIAL\_IMAGE-ia-REPLACE\_ME

Faltaba algo allí: *Cecilia*. Porque no era cierto que ella vivía ajena a ese drama. Las palabras que le había escuchado en el dancing desmentían por completo esta posibilidad. Cecilia vivía enfrentada a Amanda. Ajena, seguramente, al crimen que Amanda y Külpe habían planeado y ejecutado, pero luchando ahora por la posesión del hombre que quería. Y algo más: cansada de la indefinición, quizá de la debilidad de Külpe. «Puedo esperar», había dicho, «pero también a veces». ¿A veces qué? «A veces me canso.» Era cierto, había pronunciado claramente esa frase. Külpe se defendía, pero sin demasiada convicción, como si la sórdida y terrible historia que lo unía a Amanda fuese más fuerte que su pasión por Cecilia. «No me presiones», alcanzaba a decir. Pero apenas eso. No había firmeza en él. Se defendía pidiendo tiempo: «dejame resolverlo a mi modo». Eso había dicho. Nada más.

Extrajo su lapicera. De la cruz que señalaba el nombre de Külpe sacó una flecha, trazó una nueva cruz y a su lado escribió: *Cecilia*.

SPECIAL\_IMAGE-ib-REPLACE\_ME



Y algo más faltaba. Porque el destino que había sufrido el padre de Sergio iba a sufrirlo Külpe también. Tachó el nombre de Külpe y encima escribió la palabra: *asesinado*.

SPECIAL\_IMAGE-ic-REPLACE\_ME

Y sonriendo, casi divertido, como quien se entrega a un juego, trazó una nueva flecha a partir de la que señalaba el nombre de Külpe y escribió un nuevo nombre, el suyo, pues era él, quien luego del asesinato de Külpe, iba a ocupar el lugar de éste en esa historia. Él, Mendizábal, que iba a matar a Külpe tal como Külpe había matado al padre de Sergio.

SPECIAL\_IMAGE-id-REPLACE\_ME

Dobló la pequeña servilleta en varias partes y la guardó nuevamente en el bolsillo interior de su saco. Comió el sándwich, bebió la cerveza y regresó al residencial.

Subió a su habitación, se quitó la ropa y se duchó. Mientras se secaba observó su rostro en el espejo: ya no tenía la mirada turbia de esa mañana, ni las ojeras profundas y amplias. Pero igual. Carajo: igual. Era la gastada jeta de un tipo de cincuenta años. Apagó la luz, se acostó desnudo en la cama y permaneció boca arriba, meditando.

Regresara solo o con Cecilia, *no iba a matar a Külpe esa noche*. En primer lugar, porque no tenía ganas. Y eso era importante, qué joder. Después, por no darle el gusto a Peña. Porque algún secreto y poco falible instinto le decía que era más asunto de Peña que del hombre importante lo de terminar el trabajo esa misma noche. Y porque no le gustaba que lo corrieran de apuro. Menos en un trabajo en el que, desde el comienzo, le habían dicho que podía manejarse cómodamente, que había tiempo. ¿Qué pasaba ahora? ¿O es que acaso querían que hiciera las cosas mal, con apresuramiento y torpeza? Por supuesto: Peña lo quería.

Además, otra cosa. Y muy importante: *aún no había pensado qué iba a decirle a Külpe en el momento de matarlo*. Porque algo había que decirle. No un discurso, desde luego, sino apenas un par de palabras, las suficientes como para que entendiera, por ejemplo, que no lo mataba porque le tuviera bronca, o por alguna venganza, sino porque cumplía con un trabajo. Simplemente. Y era importante que Külpe lo supiera, incluso un segundo antes de morir.

Se quedó dormido.

Eran las diez de la noche cuando despertó. Encendió un cigarrillo, se vistió lentamente y fue a cenar al *Ciervo de Oro*. A las once y media volvió a sentarse en el banco de la estación, una vez más (quizá la última), a esperar a su víctima. Külpe regresó más allá de las doce, con Cecilia. Bajaron del taxi y comenzaron a caminar hacia la entrada del edificio. Como siempre: muy juntos, entrelazados, él pasando su brazo por sobre el hombro de ella, y ella tomándolo de la cintura.

¿Qué poder tenía ese hombre sobre las mujeres? Porque era innegable: ellas se le entregaban hasta tal punto que se volvían inabordables para otros hombres, lejanas, casi inaccesibles. Algo había cedido hoy Amanda. Pero algo, solamente. Cecilia, en cambio, a quien había sido posible imaginarla abierta, generosa, dispuesta a entregar su sensualidad a otros hombres y no solamente al que, sin duda, con mayor sabiduría sabía despertarla, había exhibido su absoluta indiferencia desde la barra del dancing, quizá su desprecio. «Ella apunta más alto», había dicho Lupe.

Regresó al residencial. La señora Garland lo abordó en la recepción. Dijo:

—Qué suerte que lo encontré, porque ya me iba a dormir. De todos modos, le había dejado una nota en el casillero, junto a su llave.

Mendizábal preguntó qué había ocurrido.

—Una señora llamó ya dos veces preguntando por usted. Dijo que era urgente, que iba a volver a llamar. Pero no quiso decirme de qué se trataba.

—Está bien —dijo Mendizábal—. Vaya a dormir nomás, señora. Yo me voy a quedar aquí esperando el llamado.

—¿No quiere que le sirva un té?

Él sonrió.

—No —dijo—. Muchas gracias.

Ella le dio las buenas noches y se retiró. Diez minutos después sonaba el teléfono.

—Hable —dijo Mendizábal.

—Con el señor Raúl Mendizábal, por favor —dijo una voz de mujer.

—Él habla.

Hubo un silencio.

—Usted no me conoce —dijo la mujer—. Yo soy Ángela. Soy amiga de Funes, del Gato Funes, su amigo. Creo que él le habló de mí.

Mendizábal no demoró en recordarla. «Una veterana que hace la Calchaquí, una buena mina», algo de eso había dicho el Gato ayer.

—Sí, es cierto —dijo Mendizábal—. Muchas veces me habló de usted.

—Bueno —dijo ella, como si con eso le bastara.

Hubo un nuevo silencio.

—¿Pasa algo? —preguntó Mendizábal.

—Su amigo murió —dijo ella entonces—. Murió esta tarde.

Eran las dos de la mañana cuando llegó a la casa de Florencio Varela. Ángela lo esperaba afuera, sentada en el mismo sillón de mimbre que utilizaba el Gato, bajo la agónica luz del farolito que colgaba del alero. Era una mujer de algo más de cuarenta años, alta, fuerte, seguramente maltratada por la vida, pero con una mirada lúcida, quizá terca, y mucha sensualidad en sus labios gruesos, cuidadosamente pintados. Estrechó la mano de Mendizábal.

—Hace media hora que se fue el médico —informó con voz apagada mientras entraban en la casa—. Un buen amigo del Gato, el doctor Ferraro. Creo que usted lo conoce.

—Sí —asintió Mendizábal—. Un par de veces lo fuimos a ver por el asunto de la pierna.

—Bueno —siguió ella, mientras atravesaban el living en dirección a la cocina —, me encargó que le dijera que ya arregló todo, que los de la funeraria van a venir temprano, aunque no cree que antes de las diez de la mañana. Venga, le tengo listo un café.

Entraron a la cocina, en silencio. La cafetera mantenía su calor cerca del fuego. Ángela colocó dos tazas sobre la mesa, dos cucharitas y una azucarera. Después sirvió el café. Se movía con movimientos lentos aunque decididos, precisos, no como quien se considera en su casa, pero sin duda como alguien que está en un lugar al que, de algún modo, pertenece.

Tomaron el café sin decir una palabra. Después habló Mendizábal.

—Ayer nomás estuve con él —dijo—. Lo vi bien. —Miró a la mujer.— ¿Cómo fue?

Ángela le devolvió la mirada, un poco sorprendida.

—Entonces usted no sabe —dijo—, nunca le contó.

—Qué.

—No andaba bien. Al contrario, hace rato que venía mal. Con muchos dolores en el pecho. Seguro que no se lo contó para no preocuparlo. Lo quería mucho a usted. —Se levantó y llevó las tazas a la pileta. Las enjuagó. Después dijo: — Un par de veces lo acompañé a ver al doctor Ferraro. Que se cuidara, le dijo. Y se cuidó el Gato nomás. Pero, a veces, en fin. —Volvió a sentarse frente a Mendizábal. — Nadie se salva con cuidarse. Cuando el bobo no da más, no hay caso.

Mendizábal no contestó. Lo sorprendía la resignada serenidad de la mujer.

Ella preguntó:

—¿Lo va a ir a ver?

—Sí —contestó Mendizábal—, ahora. —Se puso de pie. Antes de salir de la cocina, giró ligeramente el cuerpo y miró a la mujer. Preguntó:— ¿Cuándo fue?

Ella puso de nuevo la cafetera en el fuego.

—Tuvo los primeros dolores a eso de las cuatro de la tarde. Se quejaba mucho, en serio, mucho. Ahí creo que se asustó y me dio su número. Que lo llamara a usted, me dijo. No al doctor, a usted. Se da cuenta. Hasta ese punto lo estimaba. Yo anoté su número pero no le hice caso. Me fui a buscar al doctor Ferraro. Cuando llegamos el Gato ya había muerto. Entonces sí, lo llamé a usted, que no estaba.

Mendizábal asintió con un leve movimiento de cabeza, sin decir palabra. Abandonó la cocina y entró en la pieza del Gato, iluminada por un pequeño velador, en penumbras casi. Funes estaba acostado boca arriba, con las manos cruzadas sobre el abdomen. Estaba como están los muertos: muy quieto y muy blanco. Mendizábal lo observó largamente mientras sentía que una honda tristeza se instalaba en su pecho. Se sentó en la cama y tomó una de las manos de su amigo. Estaba fría. Entonces sintió miedo, o algo muy semejante, porque soltó abruptamente la mano y se puso de pie.

Salió de la habitación.

—¿Quiere otro café? —preguntó Ángela al verlo.

—No —dijo Mendizábal mientras encendía un cigarrillo—, gracias.

—Es increíble, ¿no? —comentó ella—. Pero es así. Nunca se puede creer cuando la gente se muere. Era un buen tipo el Gato.

Se sirvió una segunda taza de café negro y humeante. Mendizábal preguntó:

—¿Y *Príncipe*?

—Ahora está afuera —contestó Ángela—, durmiendo. Pero esta tarde, cuando fui a buscar al médico, estaba junto a la cama del Gato. Le lamía las manos y lloraba. Cuesta entenderlo, pero los animales son así. Se dan cuenta antes que la gente cuando alguien se va a morir. Pobre bicho. Nadie lo va a extrañar tanto al Gato como él.

Permanecieron en silencio. Ángela terminó el café, se puso de pie y volvió a enjuagar la taza. Mendizábal dijo:

—Bueno, yo creo que voy a dormir algo. ¿Usted qué piensa hacer?

—Lo mismo —contestó ella—. Pero no todavía. Use la cama del dormitorio grande, yo me arreglo con el sofá de adelante.

—No —dijo Mendizábal—, hacemos al revés. En el sofá duermo yo.

—Como quiera —dijo ella.

—Pero antes le acepto otro café —propuso él, que sintió un repentino deseo de quedarse un rato más allí, junto a ella, sintiendo el olor del café, vivo.

Cerca de las once, en un coche largo y negro cubierto por el polvo del camino, llegaron los de la funeraria. Eran dos hombres casi simétricos: de escasa estatura, bastante gruesos y vestidos con ropas oscuras. Saludaron a Ángela y a Mendizábal, que esperaban afuera, y entraron con el féretro a la casa.

Minutos después, en un destartelado Fiat 600, llegó el doctor Ferraro. Era un hombre considerablemente robusto, alto y con poblados bigotes negros. Saludó con un movimiento de cabeza a Ángela y estrechó la mano de Mendizábal.

—Lo llevan a Avellaneda —informó después—. Ya está todo arreglado. Pero me fue imposible conseguir un nicho, va a ir a tierra.

—Está bien —dijo Mendizábal—. Prefiero que sea así.

—Bueno —dijo el médico—, yo los dejo. Tengo trabajo.

—Gracias por todo —dijo Ángela.

Se estrecharon las manos.

—Lo siento mucho —dijo el médico cuando estrechó la de Mendizábal.

—Está bien —dijo éste acompañándolo hasta su coche. Una vez allí, lo tomó suavemente de un brazo y lo miró a los ojos—. Dígame, doctor, ¿tan mal estaba el Gato?

El médico vaciló un instante.

—Nunca se sabe —dijo después—. Tenía problemas, eso sí. De todos modos, si quiere que le sea franco, yo tampoco me esperaba algo como esto.

Volvieron a estrecharse la mano. El médico subió a su coche, en el que apenas entraba, y se alejó.

Desde la puerta de la casa, uno de los de la funeraria llamó a Mendizábal. Si quería ayudarlos a cargar el féretro, preguntó. Mendizábal aceptó. En seguida partieron.

Media hora más tarde entraban en el cementerio de Avellaneda. Apenas dos coches cubiertos por la tierra del camino: el de la funeraria y el Renault de Mendizábal. Fueron a una capilla, un cura dijo un par de cosas que Mendizábal casi no escuchó y después colocaron el féretro en la tierra.

Subieron nuevamente al Renault y salieron del cementerio.

—Yo me bajo aquí —dijo Ángela.

Mendizábal la miró.

—Puedo llevarla hasta su casa si quiere.

—No —dijo ella—, prefiero caminar, me va a hacer bien. Después me tomo un colectivo, no se preocupe por mí.

Los dos descendieron del coche.

—Escuche Ángela —dijo Mendizábal—, alguien va a tener que ocuparse de *Príncipe*.

—Sí —dijo ella—. Y de limpiar la casa también. Se va a arruinar si queda abandonada.

Se miraron durante un instante.

—Yo puedo hacerlo —dijo Ángela.

—Era lo que iba a pedirle —dijo Mendizábal. Extrajo de su bolsillo un llavero y se lo entregó. Ella lo guardó en una pequeña cartera negra que colgaba de su brazo.

Volvieron a mirarse.

—¿Usted va a seguir yendo los sábados? —preguntó ella.

—Sí —contestó él.

—Entonces me va a encontrar.

Se estrecharon la mano. Ella se alejó caminando lentamente. Mendizábal volvió al Renault y arrancó rumbo a la capital. Era un día gris, plomizo, cubierto de nubes amenazantes.

Mientras hundía su pie en el acelerador, Mendizábal resolvió que esa noche, pasara lo que pasase, volviera solo o con Cecilia, mataría a Külpe.

Cerró la puerta de su habitación, fue hasta la ventana y miró hacia afuera: las persianas de Külpe estaban cerradas por completo. Observó su reloj: la una de la tarde. ¿Estaría con Amanda en las Barrancas? Era lo más probable. O quizá no. Quizá ya hubiese partido a encontrarse con Morales en la Agencia de Prode y Lotería. O tampoco. Quizá estuviese con cualquier otra persona en cualquier otro lado. De todos modos, ya no importaba. Porque Külpe tenía otra cita esa noche, y era la última.

Cerró las persianas, y también la ventana. La habitación quedó a oscuras. Encendió el velador y sacó un lápiz y varias hojas en blanco del cajón de la mesa de luz. En una de ellas, escribió:

*No tengo nada contra usted, Külpe.*

Era exactamente la frase que quería decirle un momento antes de matarlo. Que no tenía nada contra él. Que no lo mataba por ningún motivo personal. Ni porque lo odiaba, ni porque quisiera castigarlo, ni por cualquier otra cosa semejante. Entonces, ¿por qué?

Colocó su valija sobre la cama y extrajo las fotos que había tomado de Külpe. Una vez más, fue fijándolas con chinchas a las paredes de la habitación hasta cubrirlas totalmente. Trabajó con esmero y rapidez, casi febrilmente. Ahora, allí estaban: Külpe arrojando un cigarrillo desde la ventana de su departamento; Külpe tomando un colectivo; Külpe subiendo las escalinatas de las Barrancas de Belgrano; Külpe alzando en sus brazos a Sergio, o haciéndolo girar colgado de su cuello; Külpe discutiendo con Amanda; Külpe volviendo a trepar a un colectivo; y finalmente: el rostro de Külpe, y también sus ojos, muchas veces sus ojos.

Encendió un cigarrillo, colocó la Luger sobre la mesa de luz y comenzó a pasearse por la habitación. Otra frase faltaba. Breve, precisa, que no dijera ni más ni menos que el motivo por el cual lo mataba.

Un trueno inmenso estalló afuera. Mendizábal abrió la ventana y las persianas. El día se había oscurecido por completo y llovía torrencialmente. Unos relámpagos zigzagueantes, contrahechos, atravesaban el cielo. En apenas un instante quedó empapado el rostro de Mendizábal. Un viento feroz impulsaba el agua dentro de la habitación. Dificultosamente cerró las persianas y luego aseguró la ventana.

Siguió con su tarea. Una frase más, apenas para que Külpe *entendiera* antes de morir. Tomó la hoja y escribió:

*Hago esto porque me pagan*

Pero no le gustó. La tachó en seguida, casi con violencia.

Siguió paseándose por la habitación, fumando, observando las fotos de la pared. Algo diferente hacía falta. No referido al dinero, que en sus trabajos era importante, pero de ningún modo esencial, sino al trabajo mismo.

Se detuvo: aquí estaba el centro de la cuestión. Külpe debía entender que lo mataba porque estaba cumpliendo con un trabajo. Sencillamente.

Escribió:

*Pero tengo un trabajo que cumplir.*

Entonces, satisfecho, empuñó la Luger, se paró en el centro de la habitación, miró una a una las fotografías de Külpe que había colocado sobre la pared, y en voz alta, firme, dijo:

—No tengo nada contra usted, Külpe. Pero tengo un trabajo que cumplir.

De algo estaba casi seguro: Külpe regresaría solo esa noche. En primer lugar, porque Cecilia acababa de acompañarlo apenas ayer. Y también porque hoy era lunes, y si Külpe mantenía cierto orden en sus actos (y así era efectivamente), volvería tan solo este lunes como el de la semana anterior, cuando él por primera vez lo esperó en el banco de la estación de trenes.

Guardó las fotos en la valija, se quitó las ropas y se acostó. Estaba agotado,

pues apenas si había conseguido dormir un par de horas en el exiguo sofá de la casa de Florencio Varela. De todos modos, no pudo dormirse en seguida. En forma insidiosa, tenaz, se le aparecía la imagen del féretro de Funes hundiéndose en la tierra. Finalmente se durmió. Afuera, comenzaba a apaciguarse el estruendo de la tormenta.

Anocheceía cuando despertó. Apenas una tenue luz cenicienta se filtraba a través de la persiana. Fue hasta el baño, se duchó y se afeitó cuidadosamente. Su rostro estaba terso ahora, reposado. Se vio mejor, casi rejuvenecido. Todo estaba por terminar, y pronto empezaría otra historia. Volvió a la habitación y comenzó a vestirse. Finalmente revisó el cargador de la Luger y se colocó la sobaquera.

Abrió la ventana y la persiana. Continuaba lloviendo, pero sin la intensidad de antes. De tanto en tanto, no obstante, breves pero poderosos relámpagos delataban que todo podía recomenzar en instantes. Las persianas de Külpe continuaban cerradas por completo.

*Cerradas por completo.*

Se puso un impermeable y salió a la calle.

*Cerradas por completo.*

¿Cómo no se había dado cuenta antes? Külpe siempre había dejado *entreabiertas* las persianas de su departamento, nunca totalmente cerradas. ¿Sería quizá por la tormenta? Era posible. Pero no: porque la tormenta había estallado después, cuando Külpe ya había abandonado su vivienda y seguramente estaba con Amanda en las Barrancas o con Morales o en cualquier otro sitio.

Aunque claro: el día se había mostrado amenazante desde su inicio. Quizá Külpe había cerrado las persianas por simple precaución. Pero tampoco: porque muchos, posiblemente la mayoría de los días de esa semana se habían presentado así, y siempre Külpe había abandonado *entreabiertas* sus persianas, quizá para mantener aireado el departamento, o para cualquier otra cosa, o meramente por costumbre o descuido. No importaba, la cuestión es que así había sido.

Atravesó el pasaje subterráneo.

Tampoco era posible adjudicarle la responsabilidad a la encargada de limpieza, porque él había visto cerradas esas persianas apenas regresó al residencial y observó por primera vez el departamento de su víctima. Y eso había sido alrededor de la una de la tarde; antes, mucho antes de la hora en que esa mujer acostumbraba a iniciar su tarea.

Ya casi había oscurecido. Miró su reloj: faltaban quince minutos para las ocho de la noche. Entró en el edificio y subió los tres pisos por la escalera.

Abrió la puerta del departamento. Encendió la luz.

Lo primero que vio fue el teléfono, que ya no estaba detrás del modular, escondido, sobre una silla, sino en el suelo y absolutamente visible. Lo primero que no vio fueron los tres cuadritos con motivos marítimos. No estaban. Pero,



inmediatamente, comenzó a descubrir, con un asombro ya cercano a la furia y el espanto, que eran muchas —en realidad: casi todas— las cosas que no estaban. Los ceniceros, las botellas de whisky o gin, incluso un par de sillas.

Fue hasta el dormitorio. No estaban los veladores ni las sábanas ni la colcha de la cama. Abrió el placard: no había ninguna prenda allí, ni siquiera una mínima corbata. Fue hasta la cocina: no había platos, ni vasos, ni ollas, nada.

Regresó al living. Miró a su alrededor y comprobó la realidad: estaba en un departamento abandonado. Abandonado por Külpe.

Lo había perdido.

Fue hasta una silla, se sentó, apoyó los codos sobre la mesa y hundió su cabeza entre las manos.

Entonces sonó el timbre del teléfono.

## SEGUNDA PARTE BUSCANDO A KÜLPE

MENDIZÁBAL irguió su cabeza con un movimiento abrupto, totalmente instintivo. Durante unos instantes, atónito, observó el aparato. Era cierto: alguien llamaba. *Alguien llamaba a Külpe.*

Se puso de pie, caminó lentamente hasta el teléfono y levantó el auricular, se mantuvo en silencio, aguardando.

—Hola —se oyó una voz de mujer desde el otro lado de la línea—. Hola. —Y después:— ¿Rodolfo? ¿Sos vos, Rodolfo?

Era Cecilia. Mendizábal colgó el auricular. Acercó una silla, se sentó y encendió un cigarrillo. Entretanto, el teléfono volvió a sonar. Mendizábal contó hasta diez timbrazos y entonces levantó el auricular. Tampoco dijo nada esta vez.

—¿Hola? ¿Rodolfo? —insistió Cecilia.

Hubo un silencio. Mendizábal podía escuchar la respiración agitada de la mujer a través de la línea. Volvió a colgar el auricular. Ya no habría más llamados. Ahora (dedujo) ella vendría al departamento.

Pero no era seguro. Quizá hiciese cualquier otra cosa.

Fue hasta el dormitorio, se tiró boca arriba sobre el colchón y fijó su mirada en el techo. Con rencor, con angustia, incluso con miedo, se dijo que quizá ya estuviese todo perdido. Que Peña había tenido razón, que tendría que haber matado a Külpe la noche anterior, cuando lo vio llegar a su casa, como tantas o tras noches, distraído, fácil. Ahí: ése era el momento. O cualquier otro quizá. Incluso la primera noche. Un plomo y listo, a otra cosa. A cualquier otra cosa menos a esto, a esta espera angustiosa, a que todo —de pronto— dependiese de que Cecilia viniera o no a este departamento solitario, abandonado.

Una ansiedad desconocida lo fue dominando de a poco. Se levantó súbitamente, volvió al living y comenzó a caminar contando los pasos. Algo, en su cabeza, repetía: *Külpe se fue, Külpe se fue*. Se detuvo. Acercó una silla a la mesa y se sentó. ¿Cuánto más demoraría Cecilia? Aunque lo realmente desesperante no era esto, sino lo demás: que todo su trabajo, que toda la implacable investigación que había realizado durante esa semana se hubiese desmoronado de ese modo. Estar sentado allí, esperando, sin poder hacer nada, dependiendo absolutamente de los actos de un tercero: esto era lo intolerable. Volvió a ponerse de pie y a caminar por la habitación.

Apagó la luz, se acercó a la ventana y miró hacia afuera. Nada. Apenas un tren atravesando vertiginosamente la estación. Volvió a encender la luz. Entonces sonó el timbre del portero eléctrico.

Vaciló. ¿Había escuchado bien? Estaba alterado, era posible que sus sentidos lo hubiesen engañado. Pero no. El timbre volvió a sonar, con mayor intensidad esta vez. Pensó: es ella, y también está nerviosa, por eso volvió a tocar el timbre tan rápido, sin tolerar la más mínima espera.

Se tranquilizó. Los hilos volvían a entrelazarse. Ahí estaba Cecilia, y ella lo llevaría a Külpe.

Levantó el auricular del portero eléctrico, pero no dijo palabra alguna. Se limitó a apretar el botón que abría la puerta de entrada del edificio. Por el aparato escuchó unos pasos presurosos, precipitados.

Empuñó la Luger y fue hasta la puerta del living. Allí esperó. Escuchó el ruido del ascensor al detenerse. Se sentía sereno, dueño de su vieja sabiduría para enfrentar este tipo de situaciones. Las puertas del ascensor se abrieron y se cerraron. Unos pasos lentos ahora, cautelosos, se escucharon desde el pasillo, acercándose. Cuando se detuvieron frente a la puerta, Mendizábal la abrió con violencia.

Allí, frente a él, mirándolo con sorpresa y temor, estaba Cecilia.

—Decís una sola palabra y te quemo —dijo Mendizábal. Y agregó:— Entrá.

Cecilia permaneció inmóvil. Miraba los ojos de Mendizábal como queriendo descifrar algo: si aquello iba en serio o era una broma pesada. Siguió sin moverse. Mendizábal hizo un gesto con la pistola y se apartó ligeramente de la puerta, dejándole más espacio a la mujer.

—Entrá te digo —y esta vez hubo más dureza en su voz.

Pero Cecilia continuó inmóvil, mirándolo. Finalmente preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Por qué está aquí?

Lo dijo en voz baja, susurrando casi. Pero lo dijo. Mendizábal comenzó a perder la paciencia.

—Te avisé que no hablaras. Entrá de una vez o la vas a pasar mal.

Entonces, lentamente, sin dejar de mirarlo, ella comenzó a retroceder hacia la escalera. En su rostro ya no había miedo ni sorpresa, sino una obstinación muy parecida al coraje.

Mendizábal comprendió que sería inútil hacerla entrar por las buenas. Se abalanzó sobre ella tratando de tomarla por una de sus muñecas. Cecilia, sin embargo, consiguió eludirlo. Quedaron nuevamente inmóviles, erizados, mirándose los ojos, listos para reaccionar. Mendizábal, durante un instante, pensó que ella iba a gritar, a pedir ayuda. Pero no. La vio volver a deslizarse en busca de la escalera, con los ojos siempre clavados en los suyos, terca, difícil. Entonces pensó en meterle un plomo. En una mano, en un brazo, algo así, nada grave, algo que la volteara y listo.

De pronto, ella gritó:

—¡No tirés, hijo de puta!

El grito paralizó a Mendizábal. Retumbó contra las paredes y se expandió con violencia hacia arriba, por el hueco de la escalera.

Además: ¿cómo carajo había adivinado ella que él iba a tirar?

Entonces Cecilia giró su cuerpo, corrió hasta la escalera y comenzó a descender velozmente. El ruido de sus tacos sonó como el tableteo de una metralleta.

Mendizábal reaccionó inmediatamente y comenzó a descender tras ella. ¿Era un chiste lo que ocurría o esa mina se le estaba por escapar en serio? Aunque no; ya la tenía cerca cuando llegaron a la planta baja. Cecilia, no obstante, llegó hasta la puerta, la abrió con violencia y salió a la calle. Llovía torrencialmente. Mendizábal la vio cruzar la calle corriendo hacia la estación. Un tren acababa de detenerse. O peor todavía: estaba por arrancar. Si ella lograba alcanzarlo (se dijo Mendizábal mientras cruzaba la calle corriendo como un loco), la perdería para siempre. El tren se puso en marcha. No quedaba gente en la estación. Mendizábal alcanzó a Cecilia antes de que ésta pudiese llegar al andén. Ella gritó con todas sus fuerzas, pero el estruendo del tren pudo más. Mendizábal la hizo girar y le sepultó brutalmente el caño de la Luger entre las costillas. La mujer hizo una arcada y se dobló como un muñeco de trapo. Mendizábal la dejó caer al suelo. Entonces la agarró de un brazo y la fue arrastrando hasta el pasaje subterráneo.

—Ahora vas a ver, puta de mierda —dijo con una voz ronca, entrecortada por la furia y la falta de aire.

La dejó caer escaleras abajo. El cuerpo de la mujer rodó con violencia hasta detenerse en el último escalón. Allí, en una posición casi grotesca, desarticulada, quedó inmóvil Cecilia.

Mendizábal descendió la escalinata sin apuro, quería darle tiempo a la mujer para que se repusiera. Y así fue, porque comenzaba a moverse cuando llegó junto a

ella.

—Levantate —le dijo.

Ella lo miró desde abajo. Tenía sangre en la boca. Trabajosamente, se puso de pie y retrocedió hasta recostarse contra la pared. Su mirada, aún, era la misma de antes, obstinada, terca.

—Sos un hijo de puta —dijo—. Un cagón.

Mendizábal tuvo deseos de volver a golpearla. Pero se contuvo. Le apoyó en el cuello el caño de la Luger.

—Nadie se va a enterar si te liquido aquí —dijo—. Así que va a ser mejor que me largués todo lo que quiero saber.

Ella no dijo nada.

—¿Dónde está Külpe?

Ella respiraba agitadamente. Dijo:

—No sé.

Mendizábal le hundió aun más en el cuello el caño de la Luger.

—Es la última vez que te lo pregunto. ¿Dónde está Külpe?

—¿De dónde querés que lo sepa? —dijo ella—. ¿Hubiera venido a buscarlo al departamento si lo supiera?

—No tiene nada que ver eso —dijo Mendizábal—. Vos igual tenés que saber adónde pensaba rajarse.

Ella agitó violentamente la cabeza eludiendo la presión del arma.

—No sé un carajo yo, idiota —dijo con furia.

Entonces Mendizábal la golpeó en el estómago. Fue un golpe duro, cruel.

—¿Dónde está Külpe? —repitió.

Ella no respondió. Se tomaba el estómago con las dos manos y le salía sangre de la boca. Mendizábal comprendió entonces que todo iba a ser inútil, que no iba a conseguir arrancarle una palabra a esa mujer. Volvió a golpearla, ahora sin preguntarle nada, sin siquiera saber por qué.

—Putá —dijo con voz seca y rencorosa—. Puta.

Comenzó a golpearla con la culata del arma, compulsivamente, sin poder detenerse. La mujer, ahora, apenas si soltaba uno que otro quejido y ni siquiera atinaba a protegerse. Cayó finalmente a los pies de Mendizábal, quien, exhausto, retrocedió hasta recostarse contra una de las paredes.

Pasaron varios minutos. Un tren atravesó la estación. Las luces del pasaje se apagaron y volvieron a encenderse. Mendizábal guardó la Luger. Cecilia comenzó a moverse lentamente. Estiró un brazo y alcanzó a tomarse del pasamanos. Pero fue

inútil. Volvió a caer pesadamente contra el piso y quedó allí, inmóvil.

Mendizábal subió la escalinata y salió del pasaje.

Cerca de las nueve llegó a la agencia de Prode y Lotería. Estacionó el coche y descendió. Continuaba lloviendo. Entró al local.

—Estamos por cerrar —dijo el muchacho que lo había atendido la vez anterior.

—No es mucho lo que necesito —dijo Mendizábal.

No había nadie en el local.

—Está bien —dijo el muchacho—. Llegó justo a tiempo. Tuvo suerte, estoy solo y ya me iba.

—Bueno —dijo Mendizábal—, cerrá no más.

El muchacho lo miró sin entender.

—Sí, claro —dijo—. Pero primero lo voy a atender a usted. ¿Qué quiere?

Mendizábal se abrió el saco y le mostró la sobaquera con la Luger.

—Quiero que cerrés el local. ¿Entendiste? Eso quiero.

Una palidez intensa y súbita invadió el rostro del muchacho. Sin decir palabra, fue hasta la entrada y bajó la cortina metálica.

—Poné el candado también —dijo Mendizábal.

El muchacho lo miró. Tenía mucho miedo.

—Pero si no hace falta, señor —dijo—. Con bajar la cortina es suficiente. No va a entrar nadie.

—Hacé lo que te digo.

El muchacho obedeció. Luego volvió a mirar a Mendizábal.

—Si es por la plata —dijo—, en la caja hay. Aunque no mucho.

Mendizábal sonrió.

—No es por la plata —dijo—. Vení, acercate.

El muchacho se acercó. Mendizábal sacó la Luger y se la puso contra el estómago.

—Escuche, señor... —dijo el muchacho.

—No hablés hasta que yo te diga —dijo Mendizábal—. Quedate tranquilo. Puede que te reviente de un plomo, pero también podés salvarte. Depende de vos.

Permanecieron en silencio. Había terror en los ojos del muchacho. Mendizábal dijo:

—Tu patrón se llama Morales, ¿no?

—Sí —contestó el muchacho.

—Un tipo con bigotes —insistió Mendizábal—, de anteojos negros y bastante gordo. Ese es Morales, ¿no?

—Sí —confirmó nuevamente el muchacho—, es el dueño de la agencia. Pero ahora no está.

—¿Seguro que no está?

—Seguro, señor. No le miento.

Mendizábal señaló la puerta del fondo.

—¿Qué hay allí? —preguntó.

—Nada, señor. Papeles, biblioratos. Nada.

—Vení, vamos.

Fueron. Mendizábal abrió la puerta con violencia, encendió la luz y entró dispuesto a cualquier cosa. Pero era cierto: había papeles, biblioratos, nada. Se volvió hacia el muchacho. Dijo:

—Entrá y cerrá la puerta.

El muchacho obedeció. Mendizábal lo golpeó brutalmente con la Luger en el rostro. El muchacho se estrelló contra la puerta y cayó al piso.

—Vamos —dijo Mendizábal—, levántate. No es para tanto.

El muchacho se puso de pie. Sangraba por la nariz. Mendizábal dijo:

—Como ves, podría lastimarte mucho si quiero. Así que va a ser mejor que me digas todo lo que sabés.

El muchacho se secó la sangre con la manga de la camisa. Temblaba.

—¿A qué hora se fue hoy de aquí Morales? —preguntó Mendizábal.

El muchacho vaciló. En seguida dijo:

—A las ocho, más o menos.

Mendizábal guardó la Luger.

—¿Se fue solo? —preguntó.

—Sí, señor —dijo el muchacho—. Solo.

—Bueno —dijo Mendizábal—. Ahora escuchame bien. A veces, tu patrón se encuentra aquí con un amigo. Un tipo rubio, alto. ¿Lo conocés?

—Sí, a veces viene. Pero no mucho, de tanto en tanto nomás.

—¿Vino hoy?

—No.

Mendizábal lo golpeó fuertemente en el estómago y lo sostuvo para que no volviera a caerse.

—¿Vino hoy? —repitió.

El muchacho demoró en responder. Intentaba volver a respirar normalmente. Dijo:

—Le digo la verdad. Le juro que no vino.

Mendizábal lo soltó. El muchacho tuvo que sostenerse de un armario para no caer.

—¿Sabés dónde fue tu patrón? —preguntó Mendizábal.

—Creo que sí —contestó el muchacho—. Tiene un bolicheailable por el Botánico. Siempre se va para allí cuando cierra este local.

—¿Por qué no cerró él hoy? —preguntó Mendizábal—. ¿O es que siempre te deja solo para la hora del cierre?

—No, casi siempre cierra él. No sé qué le pasó hoy, pero se fue más temprano y me dejó a mí.

Mendizábal sonrió.

—Tuviste mala suerte, pibe. Dale, abrí la puerta.

El muchacho obedeció. Atravesaron el local. Mendizábal dijo:

—Espero que no me hayas mentido. Porque si no mañana voy a volver.

—Le dije la verdad, señor. Se lo juro.

—Abrí el candado.

El muchacho volvió a obedecer. Mendizábal salió del local. La lluvia azotó su rostro.

Se dirigió hacia Belgrano, velozmente. Llegó a las Barrancas, atravesó la barrera de Pampa y entró por Montañeses. Seguía lloviendo con la misma furiosa intensidad de las dos últimas horas. Estacionó el coche frente a la casa de Amanda. Se subió las solapas del impermeable y descendió. Le parecía increíble estar haciendo lo que hacía. Ninguno de estos actos figuraba en sus planes.

Tocó el timbre. Pasaron unos minutos antes que se abriera la mirilla de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Amanda.

—Un amigo —dijo Mendizábal ubicando su rostro cerca de la mirilla—. Mendizábal, Raúl Mendizábal.

Hubo silencio del otro lado de la puerta. Finalmente, con más sorpresa que sequedad, preguntó Amanda:

—¿Qué quiere?

—Hablar con usted —dijo Mendizábal—. Un momento nada más.

—Habíamos quedado en vernos el domingo recién —argumentó ella.

—Mire, Amanda, llueve bastante aquí afuera. ¿Es pedirle mucho que me deje entrar un rato y me invite con un café?

La mujer vaciló.

—Sergio está durmiendo —dijo—. Es tarde ya. Creo que tendría que venir en otro momento.

¿Por qué se resistía? ¿O acaso estaba ocultando a Külpe? Mendizábal decidió jugar su carta más fuerte.

—Insisto, Amanda: es un momento no más. Quiero hablarle de alguien. De una persona que usted conoce.

—¿Quién?

—Külpe, Rodolfo Külpe.

No hubo respuesta. Mendizábal pensó: si abre es porque Külpe no está. La puerta se abrió. Mendizábal entró a un pequeño living escasamente iluminado. Se pasó una mano por los cabellos. Estaba empapado. Amanda cerró la puerta, giró su cuerpo y le clavó los ojos:

—¿Quién es usted? —preguntó.

Mendizábal se sentó en un sillón y sacó un atado de cigarrillos. Miró a la mujer.

—¿Le molesta si fumo? —preguntó.

—Le hice una pregunta —dijo ella.

—Sí, ya sé —contestó él mientras encendía un cigarrillo—. Quién soy yo. Algo que usted ya sabe. ¿O no se acuerda? Soy el mismo que conoció en las Barrancas, el que le hizo un barrilete a Sergio y charló un rato con usted. Nada más.

—Está mintiendo. Hay algo más.

—¿Tiene un cenicero? —preguntó Mendizábal.

Ella tomó uno de una pequeña repisa y lo colocó sobre la mesa que estaba frente al sillón de Mendizábal.

—Gracias —dijo él. Y agregó:— ¿Por qué no se sienta, Amanda? Va a ser mejor.

—Estoy bien así.

Él sonrió.



—No le cayó nada bien eso de Külpe, ¿eh? Se ve que le gusta que sus secretos sean suyos.

—Digamos que lo que no me gusta es que se metan en mi vida sin permiso. Y todavía no respondió mi pregunta.

El rostro de Mendizábal se endureció.

—Mire, Amanda, su pregunta la vamos a dejar de lado por el momento. A usted no le sirve de nada saber quién soy yo, y yo no vine aquí para hablar sobre eso. ¿Estamos?

—No estamos nada. Esas son sus reglas, pero yo también tengo las mías. Y una de ellas me dice que tengo que saber a quién dejo entrar en mi casa.

—Bueno, de eso por hoy se va a olvidar.

Permanecieron silenciosos, mirándose durante un largo momento. Ella estaba recostada contra la pared y tenía los brazos cruzados. Finalmente dijo:

—Antes de entrar me pidió un café. ¿Lo quiere todavía?

—Por supuesto.

Salió del living en dirección de la cocina. Mendizábal se quitó el impermeable y volvió a sentarse en el sillón. Amanda no demoró en regresar. Colocó una tacita de café en la mesa cerca de Mendizábal y volvió a apoyarse contra la pared, cruzando los brazos. Mendizábal tomó el café en silencio. Después dijo:

—Mire cómo son las cosas. Külpe podría estar escondido aquí en su casa. Otro, en mi lugar, no habría dejado cuarto sin revisar. Sin embargo, yo estoy seguro de que no está. Porque no la tiene en cuenta a usted, y ni siquiera la vendría a ver para esconderse.

De un sorbo terminó el café. Amanda sacudió la cabeza, confundida.

—Pero, un momento —dijo—. Esto es un disparate. ¿De dónde conoce usted a Külpe? ¿Por qué lo busca? ¿Por qué supone que se está escondiendo?

—Le voy a contestar la última pregunta —dijo Mendizábal—, las otras las dejamos. Mire, se está escondiendo, o escapando, porque lo fui a buscar a su casa y no lo encontré. El departamento estaba abandonado. ¿Seguro que usted no sabe nada de eso?

—Antes de que yo conteste sus preguntas, usted va a contestar las mías. Insisto, le guste o no: ¿de dónde conoce a Külpe?

—De las Barrancas, de verlo junto a usted. Y de otros lados también.

—Entonces usted nos vigilaba.

—Digamos que sí.

—Y de otros lados, dijo. ¿Qué otros lados?

—Ya son muchas preguntas, Amanda. Y yo también quiero hacer las mías.

—¿Usted? ¿Con qué derecho? Yo no me metí en su casa, ni en su vida. No lo anduve vigilando por ahí. Aquí la única que tiene derecho a exigir explicaciones soy yo.

—En eso estoy de acuerdo. Pero el derecho que yo pretendo para mí es otro.

—¿Cuál?

—El de exigir información.

—¿Sobre qué?

—Sobre Külpe.

Amanda se apartó de la pared y fue a sentarse en un sillón, frente a Mendizábal. Dijo:

—Me reiría si no fuera triste todo esto. Dígame una cosa: ¿de dónde sacó usted que yo tengo que darle informaciones sobre Rodolfo?

—Porque las tiene, Amanda. Porque usted sabe cosas que yo no sé, y necesito saber. Entienda bien: Külpe desapareció y tengo que encontrarlo. Cueste lo que cueste.

—No me amenace.

—No la amenazo. Yo le tengo aprecio, Amanda. A usted y a Sergio. Puede que esté un poco nervioso ahora, porque corro el riesgo de que se me eche a perder un negocio muy importante. Pero no es más que eso.

Ella se puso de pie y comenzó a pasearse por la habitación.

—¿Qué quiere saber de Rodolfo? —preguntó.

—Dónde está, solamente eso. Usted tiene que saberlo, Amanda. Él se lo tiene que haber dicho.

Ella se detuvo y se pasó una mano por la frente.

—Pero esto es una locura —dijo—. Yo no sé nada de eso. Usted viene aquí, me dice que Rodolfo desapareció y empieza a hacer preguntas. ¿Con qué derecho? Y además, ¿de dónde supone usted que yo sé algo?

—Porque usted es la mujer de Külpe, carajo —estalló Mendizábal—. Porque durante toda esta semana se reunió con él en las Barrancas y hablaron durante horas. Por eso.

Ella lo miró con furia.

—Escuche: Sergio duerme. Así que baje la voz y le ruego evitar las groserías.

—Disculpe —dijo Mendizábal. Y luego de un silencio:— ¿Quiere un cigarrillo?

Amanda lo miró.

—No —dijo—. Quiero que se vaya. Y que no aparezca nunca más por aquí.

—No va a ser tan fácil eso —dijo Mendizábal, firme—. Le dije que tengo que averiguar algo y no me voy a ir de aquí sin conseguirlo.

—Yo no sé nada que pueda interesarle. Lo único que quiero es que se vaya y me deje tranquila.

—Está mintiendo. Escuche, Amanda: si usted me obliga, al final voy a tener que amenazarla.

Ella sonrió despectiva.

—Me gustaría saber cómo.

Mendizábal extrajo la Luger y la colocó sobre la mesita.

—Así, por ejemplo.

Ella lo miró con desprecio.

—No sea estúpido —dijo—. Si me pegara un tiro, me haría un favor. Mucho más ahora que, gracias a usted, sé que perdí a Rodolfo para siempre.

Mendizábal vaciló.

—No le creo —dijo después—. No le creo nada de lo que dice. Usted tiene que saber dónde está Külpe. Él le tiene que haber dicho dónde pensaba irse cuando abandonara ese departamento.

Ella permaneció en silencio durante un largo momento. Después dijo:

—Déme un cigarrillo.

Mendizábal obedeció. Ella lanzó el humo con fuerza, hacia arriba.

—¿Quiere que le cuente una historia triste? —preguntó—. Es muy breve, no se va a aburrir. Mire, si Külpe se fue de ese departamento, quiere decir que yo no lo voy a ver nunca más. Fin. ¿Le gustó?

—¿Cómo lo sabe?

—Qué.

—Que no lo va a ver nunca más.

—Porque él me lo dijo. Me lo dijo en las Barrancas, mientras usted se divertía espiándonos. Allí mismo.

Mendizábal guardó la Luger. Dijo:

—Yo también tengo una historia para contarle, Amanda. No sé si es triste, o cruel, o cualquier otra cosa, pero creo que a la policía le puede interesar.

Ella se quitó el cigarrillo de los labios y lo miró.

—¿De qué está hablando?

—Del asesinato del padre de Sergio —dijo Mendizábal—. De cómo usted y

Külpe lo mataron.

—Usted está loco —dijo ella.

Mendizábal negó con un movimiento de cabeza.

—Sé mucho más de lo que supone. Amanda —dijo—. Y no lo sé por loco, sino porque averiguar cosas de los demás es mi trabajo. Vigilé y seguí a Külpe durante toda una semana. Fui testigo de todas las entrevistas que tuvo con usted en las Barrancas. Como imaginaré, recolecté datos y saqué mis conclusiones. Si quiere, se las cuento.

Ella apagó el cigarrillo. Lo miró:

—Guárdese sus historias, no me interesan. —Hizo una pausa. Le brillaban los ojos. Dijo:— Vea, vamos a resolver esto de la mejor manera posible: hagamos de cuenta que usted no vino hoy aquí. O mejor: hagamos de cuenta que nunca nos conocimos. Agarre su impermeable y váyase. Ya mismo. Vamos.

Mendizábal sonrió.

—Su plan tiene algunos inconvenientes. Le digo uno: no podemos simular que no entré a esta casa porque estoy aquí. Y si estoy aquí es porque nos conocimos. Es bastante claro, ¿no le parece?

Ella permaneció en silencio durante un instante. Después, mirándolo fijamente, con mucha firmeza en la voz, dijo:

—Se acabó. Váyase de aquí.

Mendizábal sacó un cigarrillo y lo encendió.

—No pierda el tiempo, Amanda. Primero va a tener que escuchar mi historia.

—No diga disparates —dijo ella con violencia—. Lo que usted imagina no tiene pies ni cabeza.

—No se altere. No va a ganar nada con eso. Escuche: el padre de Sergio no murió hace dos años como usted me dijo, sino hace seis. Es una diferencia, ¿no? Y algo más: tampoco murió en un accidente, sino que usted y Külpe lo asesinaron.

Ella sonrió con ironía.

—¿Puedo saber por qué?

—Es un dato que prefiero guardarme —dijo Mendizábal—. De todos modos, si quiere que le sea sincero, no estoy muy enterado de los motivos del asesinato. Pero sé perfectamente cuándo y cómo lo hicieron. Por otra parte, no necesito más. Con eso me alcanza.

Amanda no respondió en seguida. Observó a Mendizábal. Después dijo:

—Escuche, en serio se lo digo: *usted está loco*.

Mendizábal dio una larga pitada a su cigarrillo.

—Loco o no, le puedo arruinar la vida para siempre, Amanda. Me sobran datos para eso. Fue casi un milagro que usted y Külpe pudiesen haber ocultado tan bien ese asesinato. Pero igual no alcanzó. Hay gente que sabe la verdad. Y entre esos estoy yo.

Ella agarró el impermeable y se lo arrojó con violencia.

—Fuera. Váyase de aquí. No lo aguanto un segundo más.

Mendizábal atajó el impermeable y lo dobló sobre sus rodillas.

—Insisto, Amanda: no se altere. Lo que le propongo es bastante simple. Mi silencio a cambio de una información que yo sé que usted tiene. En serio, terminemos de una vez: ¿dónde está Külpe?

—No pienso decirle una palabra más. —Ella respiraba con agitación, pero había fuerza y certidumbre en sus palabras. Continuó:— Usted está rematadamente loco. Lo único sensato que puede hacer es irse ya mismo de aquí.

—Mire, Amanda...

—Fuera.

Mendizábal apagó su cigarrillo y se puso de pie. Había demasiada firmeza en esa mujer como para seguir insistiendo.

—Está bien —dijo—, me voy. Pero le pido que lo piense. Le conviene.

Ella fue hasta la puerta y la abrió. Continuaba lloviendo. Mendizábal se puso el impermeable.

—Vamos —dijo ella—. Salga de una vez.

—Voy a volver —dijo él—. Esta noche o mañana. Porque usted va a cambiar de idea.

Amanda no respondió. Mendizábal fue hasta la puerta, se subió las solapas del impermeable y se dispuso a salir. Entonces sintió la mano de ella sobre su brazo, deteniéndolo.

—Espere —dijo Amanda—. Hay algo que usted no me contestó y yo necesito saber.

Mendizábal la miró. Durante unos instantes se escuchó solamente el ruido de la lluvia. Finalmente preguntó Amanda:

—¿Para qué lo busca a Rodolfo?

Mendizábal apartó su brazo.

—Para matarlo —dijo, y salió a la calle.

Amanda permaneció inmóvil durante un instante. Después corrió tras Mendizábal. Lo alcanzó junto al Renault.

—¿Por qué? —gritó—. ¿Por qué?

Había tomado a Mendizábal por los brazos y lo sacudía violentamente. Tenía los ojos muy abiertos y el rostro empapado. Mendizábal la apartó de un manotazo. Ella cayó sobre la vereda.

—¿Por qué? —volvió a gritar—. ¿Por qué?

Se incorporó inmediatamente y se arrojó sobre el coche. Mendizábal cerró la puerta.

—¿Quién es usted? —gritó ahora Amanda—. ¿Quién es usted? —Golpeaba la ventanilla del automóvil.— ¿Por qué quiere matar a Rodolfo?

Mendizábal arrancó velozmente. Amanda quedó bajo la lluvia, todavía gritando, sola.

*Usted está loco.* Iba por Cabildo, hacia Las Heras. La lluvia se estrellaba con violencia contra el parabrisas. En todo caso, pensó, algo era cierto: había sido una locura confesarle a Amanda que buscaba a Külpe para matarlo. Ahora sí: era inútil intentar volver a verla. La había perdido para siempre.

¿Cómo era posible que hubiese hecho algo así?

Eran las once de la noche cuando llegó al *Annie Malone*. Estacionó el Renault en la vereda de enfrente, cruzó corriendo la calle y entró al local. Sin demasiada sorpresa, comprobó que le temblaban las manos. Se acercó a la barra y pidió un whisky.

Había bastante gente en el boliche, sobre todo teniendo en cuenta que era lunes. En una de las mesas, desplegando toda su sabiduría ante un grandote seguramente bien forrado, estaba Lupe. El grandote le acariciaba una pierna y sonreía con cara de imbécil. Lupe lo dejaba hacer, aunque conteniéndolo a veces: no tan rápido, pichón.

El barman le sirvió el whisky. Junto a la caja estaba Morales. Tampoco esta vez llevaba los anteojos negros.

Un disco de rock atronaba el local. Mendizábal tomó su whisky. Después, se bajó del taburete, fue hasta la esquina de la barra y pasó al otro lado ubicándose junto a Morales.

Morales lo miró. Mendizábal le clavó la Luger en el estómago. Morales abrió la boca como para gritar pero se contuvo.

—Decís una palabra y te reviento aquí mismo —dijo Mendizábal.

Morales lo miró suplicante.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Vamos a la oficina de atrás.

Morales vaciló. Mendizábal hizo presión con la Luger.

—Vamos —repitió.

Morales apagó el cigarrillo que estaba fumando y comenzó a caminar lentamente hacia la puerta ubicada al costado del escenario. Mendizábal lo siguió. Entraron. Morales encendió la luz. Mendizábal cerró la puerta.

Se miraron en silencio.

—Busco a Külpe —dijo después Mendizábal.

Morales se sentó sobre un escritorio. Parecía levemente más tranquilo. Preguntó:

—¿Puedo fumar?

Mendizábal asintió con un movimiento de cabeza. Morales encendió un cigarrillo.

—Külpe no vino hoy por aquí —dijo—. Y si no vino hasta ahora, es difícil que aparezca. ¿Para qué lo busca?

—Las preguntas las voy a hacer yo —dijo Mendizábal.

—Como quiera.

—¿Qué negocios tiene usted con Külpe?

Morales se encogió de hombros.

—Este, nada más. Somos socios en este boliche.

Mendizábal se paseó por la habitación. Morales seguía fumando. Entonces, repentinamente, Mendizábal lo tomó de las solapas y lo golpeó en la cara con la Luger. Morales cayó al piso. Mendizábal lo pateó en las costillas.

—Levantate —dijo.

Morales se apoyó en el escritorio y se puso de pie. Sangraba por la nariz.

—Por favor —dijo—, no me pegue. Dígame qué necesita de mí, cualquier cosa, pero no me pegue.

Mendizábal lo miró con desprecio. Dijo:

—Hoy Külpe se rajó del departamento donde estaba viviendo. Necesito encontrarlo. Eso es todo.

—¿Y qué quiere de mí?

—No se haga el boludo. Usted tiene que saber dónde está. Cuando un tipo se raja de un lado es para ir a otro, ¿no? Bueno, ¿dónde fue Külpe?

Lejana pero persistente, llegaba a la habitación la música del local. Morales estaba pálido y se secaba con un pañuelo la sangre que le salía de la nariz.

Mendizábal dijo:

—Mire, no quiero meterle un plomo. No vine aquí para eso. Pero si me obliga, lo hago.

Morales sacudió la cabeza con aire derrotado.

—No puedo decirle lo que no sé. Y se lo juro: no sé dónde está Külpe.

Mendizábal sonrió.

—Sos un cerdo mentiroso —dijo—. Pero no te preocupés, yo te voy a hacer hablar.

—Por favor, no me pegue más —imploró Morales—. Sufro del corazón.

Mendizábal largó una carcajada fuerte, feroz.

—No te falta gracia —dijo—. Te avisé que te voy a meter un plomo y me venís con que sufrís del corazón. ¿Qué pasa? ¿No me creés lo del plomo? ¿O te asusta más una paliza que un balazo?

Morales lo miraba aterrorizado.

—Bueno —dijo Mendizábal—, te voy a hacer caso entonces. Te voy a dar una biaba casi tan fuerte como la que le di a Cecilia.

—¿Cecilia? —balbuceó Morales—. ¿Qué le hizo a Cecilia?

—Ya te dije. Le di con esto, ¿ves? —y le mostró la culata de la Luger—. La hubieras visto a esa gran puta. Quedó hecha mierda. Cuando la encuentren, la van a tener por lo menos un mes en el hospital. ¿Querés que te pase lo mismo?

El rostro de Morales estaba bañado en sudor.

—Por favor, en serio se lo digo. No sé nada. No sé nada de Külpe.

Mendizábal lo golpeó en el estómago. Morales se dobló lanzando un quejido.

—Vamos —insistió Mendizábal—, largá. ¿Dónde está Külpe?

Morales se apoyó en el escritorio para no caer.

—No sé —repitió con voz apenas audible—. ¿Cuántas veces quiere que se lo diga? No lo sé.

Mendizábal le colocó en la sien el caño de la Luger.

—Basta de joder —dijo—. Es muy de boludo dejarse reventar por tan poca cosa.

Morales no contestó. Mendizábal apartó la Luger.

—Pero no, mejor no —dijo—. Mejor te reviento la jeta a culatazos. ¿Qué te parece?

—Por favor, basta —rogó Morales, agotado.

Mendizábal continuó:



—Mirá, te voy a confesar algo. Últimamente, en lugar de reventar a la gente con un plomo bien puesto, prefiero arruinarla. Arruinarla, ¿entendés? Así, como a Cecilia. ¿Querés que te diga cómo vas a quedar cuando termine con vos?

—Escuche —dijo Morales—, en la caja fuerte hay plata. Hay bastante. También tengo propiedades.

Mendizábal volvió a golpearlo en el estómago. Morales cayó al piso.

—Callate, infeliz —dijo Mendizábal—. Me importa un carajo a mí todo eso.

Entonces se abrió la puerta.

Mendizábal, sorprendido, giró bruscamente su cuerpo, quedando de espaldas a Morales, y apuntando con la Luger a quienes acababan de entrar.

Eran Lupe y otra mujer.

—Che, Morales —venía diciendo Lupe mientras abría la puerta—, te buscan en...

Se detuvo al ver a Mendizábal. La sorpresa y en seguida el miedo la paralizaron.

—Contra la pared —ordenó Mendizábal—. Las dos, vamos. Y sin hablar.

Las mujeres obedecieron. Mendizábal escuchó un ruido a sus espaldas. Se dio vuelta. Morales acababa de abrir uno de los cajones del escritorio y ahora empuñaba un arma. Mendizábal se arrojó al piso y desde allí disparó. Una mancha roja brotó en la frente de Morales, quien cayó sentado contra el piso y quedó así, sostenido por el escritorio, con los ojos muy abiertos y la sangre corriéndole desde la frente hasta los labios y el mentón.

De las dos mujeres, la primera que gritó fue Lupe. Después la otra. Mendizábal, veloz, salió de la habitación y comenzó a atravesar el local. Había más gente ahora. Bailaban. La música continuaba siendo atronadora, por eso nadie había escuchado el disparo. Mendizábal se fue abriendo paso a codazos. Entonces, a sus espaldas, escuchó los gritos de Lupe y su compañera:

—¡Agarrenló! ¡Mató a Morales! ¡Agarrenló!

Y muchas veces más: *agarrenló*.

Algunos dejaron de bailar, otros no escucharon, o fingieron no escuchar. Mendizábal, a empujones, se fue acercando a la puerta. Estaba por llegar cuando el barman saltó ágilmente por sobre la barra y se le arrojó encima.

—¡No lo soltés! —gritó Lupe mientras se abría paso entre la gente—. ¡Mató a Morales! ¡Agarralo!

Mendizábal se sacudió con violencia y el barman cayó al piso. Mendizábal intentó continuar su carrera hacia la salida. El barman, sin embargo, un tipo joven y ágil, alcanzó a agarrarlo de un pie. Mendizábal se detuvo, giró su cuerpo y le descerrajó dos balazos en la cabeza.

Lupe volvió a gritar. Las otras mujeres también. Ya nadie bailaba. Algunos buscaban refugio detrás de las mesas, de las sillas o de la barra.

Mendizábal abrió la puerta y salió a la calle.

Cerca de Núñez, cuando tuvo la total seguridad de que nadie lo seguía, estacionó el Renault en una calle lateral y descendió. Llovía menos ahora. Lentamente, intentando serenarse, caminó dos cuadras hasta llegar a Cabillo. Entró en un bar. Pidió un café y una ginebra. Miró el reloj que había en una de las paredes: faltaban diez minutos para las doce de la noche.

Poca gente había en el bar. Un par de jubilados, alguna pareja, nada más. Las mesas tenían manteles blancos, no demasiado limpios, y las ventanas no tenían cortinas. Sobre el mostrador había un teléfono. Mendizábal lo contempló durante unos minutos. Un teléfono.

Le sirvieron la ginebra y el café.

Su cabeza era un torbellino de imágenes confusas, distorsionadas: Cecilia, la luz tambaleante del pasaje subterráneo, el estruendo del tren, el muchacho de la agencia de Prode y Lotería, Amanda en la vereda, sacudiéndolo por los brazos, con el rostro empapado por la lluvia, gritándole *por qué, por qué*, Morales mirando aterrorizado, cayendo al piso con un balazo en la frente, Lupe, los gritos, la estrepitosa y sangrienta huida del *Annie Malone*.

Encendió un cigarrillo.

Y ahora este bar, con ese teléfono sobre el mostrador.

Bebió de un par de sorbos la ginebra y pidió otra. Se dedicó a observar la suave, ondulante línea del humo de su cigarrillo. Le trajeron la ginebra.

Se puso de pie y fue hasta el mostrador. Junto a la caja, un hombre delgado y ojeroso leía el diario de la tarde. Mendizábal le pidió autorización para utilizar el teléfono. El hombre lo miró como si no lo hubiese escuchado. Sin embargo, le dijo que sí, que podía.

Mendizábal levantó el auricular y discó un número. Esperó.

—Hable —dijeron por fin del otro lado de la línea.

Preguntó por el hombre importante. Le dijeron que no estaba. Preguntó por Peña. Le dijeron que estaba ocupado. Insistió: necesitaba hablar con él. Hubo un silencio.

—Su nombre —exigieron.

—Mendizábal.

—Un momento.

Pasaron unos minutos. Finalmente:

—Lo escucho, Mendizábal —dijo Peña.

—Tengo que verlo.

—Es tarde. Me estoy por ir. Va a tener que ser mañana.

—Tiene que ser ahora mismo —dijo Mendizábal con firmeza.

Silencio.

—Está bien —aceptó Peña—. Venga ya, lo espero.

Mendizábal colgó el auricular. Pagó la cuenta y salió. Ya no llovía.

Un hombre robusto, de mediana estatura y ligeramente calvo, le abrió la puerta.

—Venga —dijo—. El señor Peña lo está esperando.

Atravesaron el largo pasillo que conducía hasta el privado. El grandote golpeó la puerta y esperó. Transcurrió casi un minuto.

—Adelante —se escuchó entonces la voz de Peña.

Mendizábal entró. Detrás del escritorio, ahora, había una sola silla, la de terciopelo, y en ella estaba sentado Peña. Mendizábal permaneció de pie, otra vez sin saber qué hacer con las manos, incómodo.

—Tengo poco tiempo —dijo Peña, seco y directo—. Así que hablemos rápido. ¿Terminó el trabajo?

—No —contestó Mendizábal.

Peña, con fastidio, chasqueó la lengua.

—Es una lástima —dijo—. Le avisé que estamos apurados. ¿Para qué vino entonces? Pensé que me traía alguna novedad. Si todavía no terminó el trabajo, no es aquí donde tendría que estar usted.

—Hubo novedades —dijo Mendizábal—. Pero no buenas.

Peña inclinó su cuerpo hacia adelante, apoyando los codos sobre el escritorio.

—Acláreme eso, quiere —dijo.

Mendizábal demoró en contestar.

—Külpe se fue del departamento donde estaba viviendo —dijo por fin—. Traté de buscarlo pero no conseguí nada. No sé dónde está.

Peña se recostó contra el respaldo de la silla.

—¿Y ahora? —preguntó.

—Necesito unos días más —dijo Mendizábal—. No va a ser imposible volver a encontrarlo. Y apenas lo encuentre lo liquido.

Peña sacó un cigarro de la caja que había sobre el escritorio y lo encendió. Miró a Mendizábal. Se tomó su tiempo. Por fin dijo:

—Váyase a su casa, Mendizábal. El trabajo ya no es suyo. Y otra cosa: no queremos verlo más por aquí.

Mendizábal no contestó en seguida. Sintió que las manos comenzaban a temblarle nuevamente. Dijo:

—No fue usted quien me dio este trabajo. Y no va a ser usted quien me lo saque. Voy a volver cuando pueda hablar con su patrón.

Peña sonrió, entre divertido y enigmático.

—Si es por eso, no se moleste —dijo—. El patrón se tomó unas vacaciones. Era algo que le venía haciendo falta. Igual que a usted. —Dio una larga, placentera pitada a su cigarro y dijo:— Las cosas cambian. Mendizábal. Y usted está terminado.

—Escuche, Peña —insistió Mendizábal—: unos días más necesito. Solamente. No me va a ser difícil volver a encontrar a ese tipo.

Peña negó con la cabeza.

—Quedesé tranquilo. De eso nos vamos a ocupar nosotros. Usted vaya para su casa y descanse. A partir de hoy, le va a sobrar el tiempo, Mendizábal.

—¿Qué quiere decir?

—Usted sabe qué quiero decir. Mire, no le vamos a pedir que nos devuelva la guita que le adelantamos. Quédese. Es su jubilación. Porque nunca más le vamos a encargar un trabajo. Ni nosotros ni nadie. Yo me voy a ocupar de que sea así. —Hizo una pausa. Después:— ¿Se acuerda de lo que le dije en la pieza de su pensión? Un error suyo necesitaba, nada más. —Sonrió:— Bueno, ahora lo tengo.

Peña hizo sonar un timbre. La puerta del privado se abrió. Apareció el grandote.

—El señor se va —dijo Peña—. Acompáñelo.

Un momento después, Mendizábal salía a la calle. Todo había terminado.

**FINAL**

**KÜLPE**

LLEGÓ al residencial. Apagó el motor del auto, sacó las llaves y las guardó en un bolsillo del impermeable. Pensó en descender pero se detuvo. Permaneció así, estático, observando los reflejos del farol de la esquina sobre el asfalto húmedo, acuoso. Todavía, algún relámpago tardío cruzaba la negrura del cielo.

Descendió.

Entró al residencial y retiró del tablero la llave de su habitación. Con

pesadez, con minuciosa lentitud, subió la escalera. Contó los escalones: eran veintidós. Aunque no estaba seguro. Quizá fueran más o menos, pues en algún momento debió haber perdido la cuenta. De todos modos, no importaba: jamás volvería a contarlos. Mañana abandonaría el residencial. Llegó a su habitación, introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta.

Entró.

Se quitó el impermeable y lo arrojó sobre la cama. Fue hasta el baño, tomó el dentífrico, el cepillo y se lavó los dientes. Miró su rostro en el espejo. Tenía los ojos enrojecidos, ojeras, y un par de profundas arrugas en la frente y a los costados de la boca. No era nada. Estaba cansado. Ahora necesitaba dormir. Solamente. Sobre todo: no pensar en nada. Mañana volvería a su chalecito de la calle Lugones, y allí, sereno, tomando un mate después de una buena siesta, o fumando un cigarrillo mientras escuchaba alguno de sus vales preferidos, podría volver a poner en orden sus pensamientos. Se encogió de hombros. Un trabajo había salido mal, ¿y qué? No se acababa el mundo por eso.

Se quitó la sobaquera con la Luger. Lástima que faltara tanto para el sábado, pensó mientras observaba el arma. Porque las ganas de irse hasta la casa de Florencio Varela las tenía ahora. Ahora: irse hasta allí, practicar con el arma, jugar un rato con *Príncipe* y encontrarse con Ángela, aceptarle el café que seguramente le tendría preparado en la cocina, charlar un buen rato con ella, contarle, ¿por qué no?, que las cosas no habían salido bien esa semana, sin necesidad de aclararle qué cosas, sino simplemente contarle, contarle lo que le pasaba, para que ella entendiera por qué andaba así, medio triste, apagado.

Un trabajo había salido mal, ¿y qué?

Con repentina furia, arrojó la Luger sobre la cama. Se tomó la cara entre las manos y algo semejante a un quejido o quizá a un sollozo le atravesó el pecho. Volvió al baño y se lavó la cara. Consiguió serenarse.

Tomó su valija y la colocó sobre la cama. Sin prisa, mecánicamente casi, empezó a guardar su ropa. Algunas camisas, corbatas, un par de pantalones. Advirtió entonces que la atmósfera de la habitación era sofocante. Fue hasta la ventana y la abrió de par en par. Miró hacia afuera.

Había luz en el departamento de Külpe.

Se colocó nuevamente la funda con la Luger, descendió velozmente las escaleras y salió a la calle. Una luna rojiza asomaba por entre unos nubarrones densos y oscuros.

Caminó hasta Pampa. Llegó a la estación. Observó los rostros cansados, somnolientos de los pasajeros de un tren que arrancaba en ese instante. Descendió por el pasaje subterráneo. Una vez más, escuchó el sonido de sus pasos retumbando contra las paredes. Subió la escalinata y salió al andén. Miró hacia el

departamento. Ninguna sombra se dibujaba contra la ventana.

Sacó la Luger, descendió del andén y continuó su marcha. Caminaba con lentitud ahora. Sin pensar absolutamente en nada. Pero alerta. Comenzó a cruzar la calle. Miró otra vez la ventana del departamento.

*Entonces la luz se apagó.*

Se detuvo. Ya era imposible dudarlo: alguien estaba allí. Cruzó la calle y entró al edificio. Comenzó a subir la escalera. Un piso. Otro. Y el tercero.

La puerta del departamento estaba entreabierta.

¿Por qué? ¿Por qué entreabierta? Vaciló. Empuñó la Luger con mayor firmeza. Estaba tenso, pero lúcido, dispuesto a enfrentar cualquier cosa.

Comenzó a avanzar lentamente. Unos diez pasos, quizá quince, lo separaban de la puerta.

De pronto, escuchó el ruido del ascensor, arrancando desde la planta baja. Esperó. Se escucharon unas voces, algunas risas. Eran un hombre y una mujer. El ascensor se detuvo: *en el tercer piso*. Mendizábal, presuroso, se escondió tras la pared de la escalera. El hombre y la mujer descendieron. Comentaban algo jocoso, o quizá habían cenado con demasiado vino, porque no dejaban de reírse. Fueron hasta el departamento del fondo, abrieron la puerta y desaparecieron tras ella.

Mendizábal esperó. Transcurrieron algunos minutos, no muchos, tres o cuatro, apenas. Ya no se escuchaban las risas de la pareja. Ahora el silencio volvía a ser total.

Subió los dos escalones que había descendido para ocultarse. Empezó, nuevamente, a caminar hacia el departamento. Llegó. Apoyó su mano izquierda contra la puerta y la empujó suavemente. Entró. La oscuridad era absoluta. Encendió la luz.

Lo paralizó el asombro.

La habitación estaba totalmente cubierta por fotografías que mostraban su imagen: Mendizábal saliendo del chalecito de la calle Lugones; Mendizábal en la puerta del residencial; Mendizábal en las Barrancas, sentado en un banco, solo; Mendizábal abriendo la puerta de entrada del edificio de Külpe; Mendizábal saliendo de la casa del hombre importante; Mendizábal en la esquina del *Albor*, esperando a Peña; Mendizábal sentado en el banco de la estación; Mendizábal otra vez en las Barrancas, pero con Amanda ahora, y con Sergio, y el barrilete; Mendizábal entrando al *Strómboli*; Mendizábal frente a la agencia de Prode y Lotería; y, finalmente, el rostro de Mendizábal, y también sus ojos, muchas veces sus ojos.

Oyó, a sus espaldas, el ruido de una puerta al cerrarse.

—Deje el arma sobre la mesa —dijo una voz.

Obedeció. Después se dio vuelta y observó al hombre que, casi apoyado

contra la puerta del living, lo apuntaba con un revólver.

Era Külpe.

Se miraron. Külpe dijo:

—No tengo nada contra usted, Mendizábal. Pero tengo un trabajo que cumplir.

Entonces hizo fuego.

Cuatro días más tarde, la señora Garland se presentó en la seccional de su barrio. Quería —dijo— hacer una denuncia. Uno de sus pensionistas había desaparecido, dejando en la habitación todas sus pertenencias. Se había registrado bajo el nombre de Raúl Mendizábal. No, no conocía otros datos sobre él. Aunque eso sí: era un hombre correcto, de costumbres aparentemente apacibles. Y muy cuidadoso además, pues no había casi ensuciado ni menos aún deteriorado en lo más mínimo su habitación. Su único defecto, quizá, era que fumaba mucho, y seguramente por eso, sin duda involuntariamente, había quemado con alguno de sus cigarrillos la cortina de la ventana. Pero sólo había sido una pequeña quemadura, casi insignificante. Un descuido —concluyó la señora Garland—, algo que le puede pasar a cualquiera.

JOSÉ PABLO FEINMANN nació en Buenos Aires en 1943. Es licenciado en Filosofía y ha sido profesor de esta materia en la Universidad de Buenos Aires. Ha publicado más de veinte libros, entre ensayo y novela, que han sido traducidos a varios idiomas. Entre sus novelas destacan *Últimos días de la víctima* (1979), *Ni el tiro del final* (1981), *El ejército de ceniza* (1986), *La astucia de la razón* (1990), *El cadáver imposible* (1992), *Los crímenes de Van Gogh* (1994), *El mandato* (2000), *La crítica de las armas* (2003) y *La sombra de Heidegger* (2005). Ha escrito también teatro y guiones cinematográficos.